

Criminales

Y

Detectives



José Miguel Vallejo

Registro Propiedad Intelectual

Inscripción Nro. 183.259

ADVERTENCIA:

Por casualidad nada más, me tocó en mi agitada carrera policial, como Detective, ser testigo directo de la vida de uno de los delincuentes más pintorescos que ha producido la historia delictual chilena.

Con los años y conociendo más a fondo la realidad delictual del continente en que vivo, me di cuenta que, a pesar del tiempo transcurrido, el protagonista sigue reuniendo las características más distintivas del antisocial hispano americano moderno y que por eso, esta historia en particular, ¡nunca deja de ser actual!

Pero la lectura ofrece, además, otras dos características inevitables. La primera de ellas dice relación con un estilo *afrancesado* espontáneo y ello se debe a que la Policía de Investigaciones de Chile –PDI-, institución en la cual llegué a ser jefe de Brigada, ha sido desde sus inicios una organización copiada casi de la Sûreté Nationale y que, quienes la integramos y la integran no pueden librarse del *estigma vidocquiano* que tanto los distingue. Es esta de hecho, la Policía de Detectives *más gala* de América, sin lugar a dudas y eso le agrega al libro ese sabor internacional reconocible que sobresale en su relato.

Lo segundo, constituye más bien un inconveniente y habla de la dificultad que acarrea escribir acerca de lo que no se ha inventado y se ha vivido de cerca. O sea, la realidad y su más cruda sensación y la falta absoluta de disimulación. Una dificultad

que bien pueden aminorar o alivianar los que no han sido policías y escriben acerca de lo que no han experimentado. En mi caso, se trata de una carga y pido excusas de antemano para quien lea estas líneas pensando que se trata de algo grato. La realidad pura, en el ámbito policial, nunca lo ha sido y hecha la prevención, quedo más tranquilo.

El juicio final es privilegio de cada lector.

EI AUTOR.

CAPITULO I

No pasó del martes cuando supimos del *Chinchorro*. Una persona nos llamó advirtiéndonos que lo habían detenido en el centro de la ciudad; también nos dijo que lo habían parado en medio de un *lanzazo* (carterista).

Lo buscábamos desde el domingo con gran ahínco por unos robos cometidos en seguidilla por él y otros de su banda en distintos puntos del ala norte de Santiago. De manera que no nos fue difícil pensar que había vuelto a las andadas de siempre. Yo estaba seguro que había dejado atrás hacía tiempo los delitos livianos, para dedicarse a otros más pesados.

Apresurados, con la alarma abriéndonos camino, nos dirigimos al lugar señalado. Antes de acercarnos, no recuerdo en que calles exactamente, desde tres cuadras pudimos distinguir el gran tumulto.

-¡Lo han acorralado!- dijo mi compañero, entusiasmado. El chofer del vehículo policial hizo una mueca, confirmando la observación.

Los automóviles impedían acercarnos demasiado y fue necesario hacer un poco de escándalo para impelerlos a dejar el paso libre. El tumulto de gente se volvió curioso hacia nosotros. Luego, mientras caminábamos entre ellos, todos callaron y quedaron a la expectativa de ver lo que hacíamos.

Al costado de una vereda, sentado junto a un árbol, se encontraba Boris Malebrán, alias *el Chinchorro*. Cabestreaba anormalmente, igual que un animal extenuado y de su boca brotaba un notorio aliento de ebrio. Sin embargo, sus ojos semidormidos se volvieron ágiles hacia nosotros para reconocernos.

-Aquí me tienen, jefe- Nos hablaba a los dos, a mi colega y a mí que nos hincábamos a su lado para escucharlo mejor -; me pasa por tirar los *drilos* (dedos) *amonado* (ebrio) ¡De otra manera estos *huevones* no me agarran!

Entonces la gente comenzó a murmurar. Todos querían explicarnos a un mismo tiempo lo sucedido. Más cerca del muchacho que los demás, una señora gruesa y afligida nos hizo saber que ella había sido la del llamado.

-¡Yo soy la afectada!- nos indicó, con voz muy fuerte, cuidando de que nadie dejara de escucharle. Aunque, por las miradas, noté que ya le habían oído decir lo mismo varias veces -; éste sinvergüenza me asaltó en la librería de la esquina y me quitó mi *chorito*- Se refería a su estuche monedero, un aparato no más grande que su mano y que me mostraba presurosa –Afortunadamente este señor – Señaló a un hombre que permanecía a su lado –corrió detrás de él y lo detuvo.

Lo medular del asunto era eso. La señora, su acompañante y todos cuantos estaban allí intentaban explicarnos lo mismo una y otra vez, seguros de que cualquier elucubración al respecto nos podía ser utilísima. Mi colega me hizo un gesto de visible incomodidad.

Luego, el hombre que había aprehendido al *Chinchorro* nos habló con voz grave. Era bastante fornido y destacaba entre los demás por su apostura de superhéroe y su estatura más allá de lo común. Emergiendo de su cuello toruno, el relato parecía venir de un guerrero espartano. Estaba hinchado de orgullo.

-Bueno..., caminaba yo por ésta misma calle cuando vi venir a este ladronzuelo corriendo. Atrás, la dama - Se refería a la víctima – le seguía con grandes esfuerzos. La escuché gritar y presumí que éste pilluelo le había robado. Entonces me interpuse en su camino. El- Ahora indicaba al abatido-trató de abrirse paso con un cortaplumas enorme, pero yo lo derribé con un golpe en el rostro...

-¿Y el cortaplumas?- lo interrumpí, a propósito.

-Pues..., creo que lo tiró quien sabe donde- respondió el hombrón.

-Bueno, señor, le ruego que concurra a la unidad policial a la brevedad, para tener su relato por escrito- abrevió mi compañero, dando por terminado el asunto –Y usted, señora- añadió -, sírvase acompañarnos para formalizar una denuncia.

El *Chinchorro* prefería no abrir la boca. Aunque ebrio, su seminconsciencia de delincuente avezado le permitía configurar paso a paso lo que debíamos hacer con él. Se puso de pie muy tranquilo, ayudándose prudentemente con mi hombro. Luego, cabizbajo y tambaleándose las enfiló delante de mí y detrás de la denunciante en dirección al patrulla.

-¡Vieja de...!- murmuró muy por lo bajo, resumiendo en la palabrota que seguía todo lo regular que podía parecerle a un antisocial sin remedio una nueva derrota.

-¡Cállate, Boris!

No le dije más. Le hice abrir los brazos y las piernas apoyándolo en el vehículo y después de registrarle, saqué de su pecho una prenda de vestir recién hurtada en algún otro lugar. De entre sus calzoncillos logré también extraerle un diminuto cortaplumas de empuñadura anacarada. Era todo cuanto llevaba encima.

-La camisa me la afané en “La Zurita” hace algunas horas ¿Ve que *achingadito* (ebrio) y todo me la puedo, jefe?

La había hurtado recientemente de la tienda que mencionaba y me quería hacer presente, con orgullo, lo eficiente que podía ser operando aún en estado de ebriedad. La verdad, siempre había visto en el *Chinchorro* al más hábil del sector en su *rubro*, aunque parecía ser igual de diestro en lo que fuera. “Multifacético”, solía decir de él el comisario. *Lanceaba, monrreaba* (robo en casas) y otras cosas más; en todo denotaba su

innegable genio malo. Tenía además una osadía que no dejaba de asombrarnos ¡Poseía un verdadero talento para el delito! ¡Triste conclusión!

Por lo mismo, no había policía que no se preciara de tal que dijese no conocerlo.

-Yo he *volteado* (cazado) al *Chinchorro*- los escuchaba ufanarse, a la hora de dar pruebas de su capacidad profesional -; me lo he traído en *cana* (detenido) dos veces.

-Tres veces...

-¡Cuatro veces! – chillaba alguno, quizás presumiendo.

De cualquier modo, conocía pocas fichas delictuales como la de Boris Malebrán. “Extensa y sórdida, como el gran Santiago”, no me cansaba de repetir. Era un expediente que se iniciaba a los 6 años, salpicado de robos y hurtos del género que se quisiera; algunas fugas de la casa de menores; asaltos; inclusive un intento de violación que le había impedido concretar su incapacidad de menor de edad...

No obstante, todos sabíamos que el *Chinchorro* era un *lanza* por excelencia. Arriba de la locomoción colectiva no había malandrín que le hiciera el peso. Los robos y los asaltos eran para este hábil antisocial una diversión, una suerte de “variación en el menú”, nada más. Las veces que se le pasaba en *cana* no le importaban gran cosa. Entre los muchachos de la casa de menores era considerado un Dios. La mejor banda de chiquillos malos siempre estaba dispuesta para él y para “lo suyo”.

Yo estaba seguro que el director de la casa de menores debía sus dolores de cabeza más grandes a este impetuoso delincuente. Sólo para nosotros constituía un placer agarrarlo. Cada visita suya a nuestros calabozos, antes de marchar al tribunal, implicaba siempre un sinnúmero de robos descifrados, especies recuperadas y víctimas sonrientes. Por eso le teníamos subrayado con líneas rojas en nuestras libretas de encargos, sin olvidar que sempiternamente nos estaban enviando tareas de aprehensión en su contra.

Boris Malebrán era todo un personaje a mediados de los setenta, cuando esta historia comenzaba. Tenía entonces 17 años, una contextura delgada y unos ojos negros y saltones. Aunque su característica más brutal esquinaba en una larga cicatriz que le bajaba por un lado de la cara y que le daba, por su notoriedad y el color de su piel extremadamente pálida, el aspecto de una momia o eso pensaban sus compinches de delito que no por otra razón le habían motejado con el apodo de *Chinchorro*, aludiendo a los hallazgos hechos en Arica.

Por alguna razón siempre lo veía pequeño, pese a que me llegaba sin dificultad a la altura del mentón. Tenía unos cabellos azabaches algo pintorescos, ondulados a veces o tiesos, dependiendo de si estaba con suficiente humor para echarse encima un gel de pésimo olor que a él parecía gustarle.

-¡Quién diría que semejante pergeño nos deja en jaque tantas veces! –comentó el comisario cuando se lo pusimos nuevamente en frente, borracho todavía, añadiendo casi en tono de sorna:-; esperemos que se le *avispe la mona* y luego le piden que hable. No se olviden que el mes pasado se nos hizo el *huevoón* con varios *choreos* (hurtos, robos) ¡Quiero que ahora me los entregue todos! Si no lo vamos a mal acostumbrar.

Había un dejo de rabia en esas palabras. Algo en la mirada del muchacho le hacía intuir, como policía recorrido, un lado diabólico que los más jóvenes no lográbamos advertir.

-¡Muy menor será-decía, deteniendo cualquier intento de polémica-, pero es el delincuente mas dañino que tenemos en el sector! Así que nos cuenta la *papa* y luego humanizamos con él...

Y tenía mucha razón. Para Boris Malebrán pasar preso sin haber contado mucho, equivalía claramente a hacernos tontos. “Vernos las...” A menudo alardeaba delante de nosotros de cómo se *atragantaba* con los carabineros y a ellos debía decirles exactamente lo mismo de nosotros, los detectives. Aunque realmente aquel diablo era capaz de engañar a un zorro. Apenas un mes atrás los uniformados lo habían detenido por dos *lanzazos* y tenía bajo el poncho un asalto a una farmacia y un *cogoteo* a una señora en una parada de buses. Lo vinimos a saber por un amigo suyo que lo envidiaba, cuando el juez ya había ordenado su libertad.

Eternamente, modificaciones más, modificaciones menos, la jurisprudencia chilena era francamente indulgente con los menores de edad y a mi particularmente esto no me cabía en la cabeza. Quizás porque estaba plenamente conciente que arriba del setenta por ciento de los robos y hurtos en el país, provenían de las manos ágiles de estos malandrines de baja estatura.

¡De los *lanzas* ni que hablar! Por aquellos años la cosa rayaba en lo absurdo. Podíamos detener a un ladronzuelo con el *turro* de billetes en las manos y debíamos conformarnos con pasarlo al tribunal con el ridículo acápite de “vagancia”...Cinco días en la cárcel y luego volvían “a la cancha”. La ley era una cosa; la realidad algo muy distinto. Por eso no había quien estuviese dispuesto a atestiguar en contra de un carterista. La chamuchina ciudadana, además, había acomodado para ellos la leyenda de que se trataba de peligrosísimos alacranes siempre dispuestos a rajar un rostro bonito como un pan de navidad con una navaja de afeitar, de modo que podía darse el caso que uno solo de ellos metido en un bus urbano con cuarenta pasajeros, podía operar en la más absoluta impunidad. Eran algo así como dioses todopoderosos que cobraban su tributo cuando se les daba la gana, en un apretón poco disimulado. El premio equivalía siempre a una jugosa billetera y si eventualmente algún afectado se decidía a protestar, ellos sabían montar un escándalo que cotidianamente los dejaba a vista de todos como víctimas de una acusación falsa y prepotente.

No se escapaban los policías de esta verdadera obra de arte del teatro callejero, cuando se decidían a capturar a uno de ellos. Indefectiblemente todos los transeúntes terminaban defendiéndolos a brazo partido:

-¡Abusador!

-¡No ve que es inocente!

-¿No entiende que se trata de un niño?

-¡El no ha hecho nada!

Y cuando alguien requería un testimonio, ni aún el mismísimo afectado del hurto hablaba ¡Era nuestra realidad! Al fin y al cabo, nos parecíamos en eso en toda Latinoamérica: estábamos siempre dispuestos a perdonar y carecíamos de criterio a la hora de castigar.

Boris Malebrán era un conocedor empírico de aquella forma de ser de nuestro pueblo y de la ley que se volcaba sempiternamente en su favor. En el peor de los casos, si se le retenía demasiado tiempo entre rejas, de alguna parte de la manga sacaba su último as: ¡la fuga! No faltaban aquellos que estaban incondicionalmente dispuestos a socorrerlo; además, la vigilancia en la casa de menores parecía un juego de niños, quizás porque estaba destinada a mantener encerrados a demasiados de ellos...De cualquier modo y mas allá de cualquier explicación necia, el *Chinchorro* siempre volvía a la libertad.

Esta vez, sin embargo, era una de esas ocasiones en que lo habíamos entregado mas cargado de fechorías al tribunal. Estábamos en una verdadera carrera contra el tiempo. La ley prescribía claramente en ese entonces, que un delincuente no podía permanecer más de veinticuatro horas en poder de sus captores y cuando se trataba de menores de edad, no podíamos pasarnos de las seis horas. Cualquier investigación que se quisiera hacer en torno al detenido, había que llevarla a cabo dentro de ese plazo. Boris Malebrán tenía confesados esta vez, gracias a la locuacidad imprudente que aportó su borrachera, ocho robos y tres hurtos. El también los había hecho la mayor parte de ellos en su propia carrera contra el tiempo. Los últimos cuatro delitos le ocuparon apenas

media semana, de manera que cuando llegamos al recuento final terminamos llenando con las especies sustraídas casi un tercio de la oficina del jefe y en el entretanto agarramos a otros dos compañeros de correrías del hábil ladrón y a un hermano suyo apodado *el Pulguín*. Los tres le habían servido de ayudantes en la ejecución de sus latrocinios y todos juntos, finalmente, fueron puestos a disposición del juez de turno que ya comenzaba a reclamar su presencia frente al estrado.

Antes de llevarlo allá, el *Chinchorro* me insistió:

-Me pillaron sólo porque andaba mareadito ¡Así cualquiera *encana*! ¿No ha salido usted alguna vez a agarrar un pendejo con la cabeza mala?

-No se me ocurriría...

-Ya ve, pero yo soy capaz de tender las manos a medio filo ¡Más puede la vocación que la prudencia!, ¿no cree usted?

Daba risa verlo con aires de filósofo. Alguien me había dicho que su más grande rareza estribaba en que le gustaba la lectura de los libros, que había aprendido el arte de las letras sin más ayuda que el viejo silabario del *pecho de pato* y que, a diferencia del 99% de sus *colegas* delincuentes, se esforzaba en utilizar un buen castellano ¡No volvería a ver algo igual en su medio! Aunque rara vez se podía entrar en conversaciones serias con él. Apenas notaba que uno se interesaba demasiado, comenzaba a rascarse el cuello y terminaba evadiéndose inteligentemente para no hablar más de lo debido. Todo cuanto concernía a su familia, a su origen o a su mundillo

personal, constituían para nosotros un misterio. Pocos sabían en realidad quien era verdaderamente Boris Malebrán.

Lo más que se podía averiguar de su entorno guardaba relación con algunos de sus amigos.

-¿Qué ha sido del *nego*?; ¿no has visto ahora último al *cangrejo*?; ¿supiste lo del *conejo*?

¡Toda una *fauna* de desadaptados! El conocía largamente a esos compañeros de infortunio; eran sus *colegas*, la *farándula* de todos los días en su torcido ambiente. Sabía en detalle de la vida de cada uno de aquellos y superaba largamente a cualquier detective en el conocimiento del hampa local y es que él mismo era un hijo *natural* de aquel medio y una muestra vivísima de esa clase de basural nauseabundo ¡Nadie hubiese osado competir con él en aquel tipo de acopio de información!

Cuando nos despedimos en presencia de los gendarmes de la cárcel, las palabras de siempre con él me parecieron una sutileza:

-¡Espero no verte de nuevo!

En fin..., era el mejor deseo que se podía tener con un delincuente, aunque no con uno incorregible como él. Por eso quizás me guiñó un ojo. Se había portado bien confesándonos todas sus fechorías recientes y sabía que no tenía sentido guardarnos rencor. El tenía su lugar y nosotros el nuestro.

Luego nos enteramos que el magistrado lo había condenado a siete meses de presidio. Sin embargo, el *pulguín*, su hermano, a quien sorprendimos en la calle antes de cuatro meses, nos informó que el *Chinchorro* ya se había evadido...

CAPITULO II

“¿Qué diablos hacían los hombres en un trabajo tan extraño como éste?” Una docena de veces me lo preguntaba y una docena de veces no sabía que responder. Un detective era un ser humano común y corriente, al fin de cuentas y un delincuente claramente sólo parecía ser lo primero ¡Esa era la *madre del cordero*! Como fuera, estaba claro que se trataba de nuestros *enemigos naturales* y que, por el bien de la sociedad toda, debíamos intentar conocerlos a fondo. El verdadero mérito estaba en que nunca, ¡por ningún motivo!, podía uno de nosotros pasarse al otro lado de la trinchera. En otras palabras, se debía estar dispuesto a meter los pies en el barro -¡dentro del *mierdal*!- y jamás salpicarse más arriba de las rodillas. Teniendo aquello muy claro, se podía alcanzar con los peores delincuentes una relación casi de amistad, a veces como la del sacerdote con el pecador..., sin olvidar el detalle, nada menor, que no se podía dejar de implantar las *esposas* en sus muñecas cada vez que la situación lo ameritaba.

Sumergido en esas cavilaciones estaba durante aquel patrullaje nocturno, en mitad del invierno... Los sábados por la noche para un detective cotidianamente representaban un exceso de trabajo. No obstante, esa noche una arrulladora calma parecía envolver nuestra jurisdicción. Mi compañero dormitaba como una comadreja en el primer asiento

del vehículo policial, embutido en su gabardina color calipso. Ocasionalmente abría un ojo y ordenaba al chofer doblar aquí y mas allá, por alguna calle poco iluminada. El piloto, por su parte, bostezaba porfiadamente. Eran las tres y media de la madrugada y el vidrio entreabierto al lado de mi asiento dejaba penetrar una corriente de aire fría que me congelaba sin piedad los huesos. Todos sabíamos que ese era el único modo de impedir que se empañasen las ventanillas. La noche se extendía como una tela suave delante de nuestros ojos adormecidos pero inquisidores. De día habían caído torrentes de lluvia y aún se podía ver algunos hilillos de agua corriendo a esconderse en las alcantarillas. La helada brisa nocturna había logrado el milagro que ansiábamos inconscientemente: que la mayor parte de la gente se refugiara en sus casas, donde era fácil imaginárselos cubiertos hasta las narices en sus camas.

-¡Ni los pingüinos tendrían ánimo de *jarana* esta noche!-observó alegremente el chofer.

-Ni los pingüinos...-repitió mi compañero, como un sonámbulo.

La radio había dejado de emitir sus voces con sonsonete de metal hacía bastante rato. Nadie llamaba a la central y la central no llamaba a nadie; hasta podíamos pensar maliciosamente que allá en el cuartito de los micrófonos los operadores dormían a pierna suelta. De manera que nuestra sorpresa fue mayúscula cuando escuchamos al radio parlante decir:

-Central a *jota* 30..., central a *jota* 30.

Era nuestro carro. La voz retumbó inarmoniosamente dentro de la cabina del automóvil y nos arrebató de la modorra en cosa de segundos.

-¿Qué diablos será?- pregunté, intrigado.

-¡Algún *atado*!-chilló mi compañero. A esas horas nadie llamaba una patrullera para algo bueno. La última vez que la central nos había solicitado a las tres de la madrugada en un turno, acabamos cerca del mediodía siguiente intentando resolver un escabroso asunto de homosexuales. Hubo un muerto y fue necesario, incluso, pedirle colaboración a los muchachos de *la roja* (Homicidios).

De modo que parecía justificado el mal humor con que mi colega recibía el llamado. ¡Pero así era el deber!

-Si..., *jota* 30...Atento *jota* 30- masculló, apretando rabioso el micrófono con una de sus manazas.

-Diríjase en clave 173 a población La Legua. Se trata de un 129...

Nos querían decir que concurriéramos aprisa y con alarmas a ver un aparente suicidio.

-¿Y por qué no pedirían a *la roja*?-inquirí, a sabiendas de que era asunto de ellos.

-Lo ignoro. Tal vez están ocupados con otro *fiambre* (muerto)-me respondió mi compañero.

-La sirena y los chirridos de los neumáticos al acelerar debieron despertar a más de un parroquiano. En menos de dos minutos ya habíamos salvado las veinte cuadras solitarias que nos apartaban del lugar del suceso.

Carabineros ya había llegado. Al vernos bajar de la patrullera un teniente y un cabo se nos acercaron para ponernos al tanto...A unos metros sus colegas intentaban disuadir a los moradores del barrio para que retornaran a sus camas.

-Es un suicidio-nos dijo el teniente-; un vecino nos llamó al sentir demasiado olor a gas...Es un hombre. Al parecer se hallaba sólo.

Mi compañero y yo hicimos un gesto de asentimiento. Era nuestro modo de anunciar que ahora nos correspondía a nosotros intervenir. La ley especificaba claramente las funciones de las dos policías, la civil y la uniformada. Cuando se trataba de un sitio de suceso y de los inicios de una investigación criminal, era la policía investigadora la encargada; de lo contrario, como había ocurrido una y mil veces, manos menos expertas destruirían muy pronto toda evidencia o rastro de delito.

“¿Quién asegura que se trata de un suicidio?”, me pregunté malhumorado. Detestaba a quienes vertían sentencias apresuradas en materias tan delicadas como la muerte de una persona y, sobretodo, sin mayor conocimiento de los hechos. “¿Quién me asegura que no es un homicidio!”

-Perfecto, perfecto-replicó mi colega, desentendiéndose de cualquier otro comentario inútil-; ahora nos hacemos cargo...

Nadie ignoraba lo conflictiva que era aquella población. De todos los delitos cometidos en la comuna, la mitad de ellos emanaba o tenía relación con ese barrio. Sus casas corrían una al lado de la otra, pegadas como en una acuarela caribeña, igual que verdaderas ratoneras. Sus cimientos parecían estar por debajo de la línea del pavimento callejero o lo estaban francamente, como metidas en un socavón. Eso permitía que uno alcanzara a tocar sus techos con las manos sin mayores dificultades.

Para nuestros ojos conocedores una de cada diez de estas casitas infrahumanas, características de un país que nunca reconocía sus miserias, escondía a un delincuente. En un allanamiento en que intentábamos aprehender a un peligroso criminal, acabamos por agarrarlo en el patio de la quinta casa y en la búsqueda encontramos a tres antisociales más en dos de las viviendas que fue necesario registrar. No tenía nada de extraño, en suma, que allí se repitieran incesantemente riñas, violaciones y homicidios y toda clase de latrocinios. Inclusive las calles se hallaban atestadas de porquerías, porque los camiones recogedores de basura no se aventuraban muy adentro.

De una de aquellas viviendas emanaba un pesado olor a gas licuado. Fue necesario entrar con un pañuelo en la nariz. En medio del único cuartucho que comprendía casi la totalidad de la construcción, se hallaba el cadáver de un hombre de corta estatura, con su cabeza semiembutida en un horno de cocina. Tenía cabellos canos, rostro agrietado, la mirada perdida en un punto insospechado del rectángulo de metal y una de sus manos

porfiadamente empuñada cerca del pecho. A su alrededor resaltaban algunos signos todavía visibles de la violencia que había acompañado su agonía: dos sillas caídas, una tetera rodada y una mesa patas arriba. Los cajones de la única cómoda estaban en su lugar y sus ropas se mantenían en orden, colgadas en una percha enmohecida. Sobre la cocina a gas aún se podían ver un par de vasijas sucias y un plato partido en dos, con restos de comida.

-Porotos-observé, con desgano.

-Y medio crudos-añadió mi compañero, presionando uno de ellos con su lápiz. El alimento apenas se deshizo.

El teniente contemplaba con curiosidad desde la puerta. La iluminación no era buena; una sola ampolleta emitía débilmente su luz y los colores opacos de la habitación contribuían decididamente a hacerla mucho mas lúgubre.

Lo que mas llamaba la atención a mi colega era el puño cerrado. Me arrodillé a su lado y dedo a dedo comenzamos a aflojar la diestra del occiso. Luego de no poco trabajo conseguimos vencer su rigidez cadavérica. Podía haber estado bastante mas duro, porque aún conservaba tonos de color rosado en el cuello y en las venas de sus brazos.

-Las piernas y las manos ya se han enfriado-murmuré.

-Sin embargo...-el comentario de mi colega no fue más allá. Era un investigador prudente y aborrecía adelantar juicios, aunque estaba claro que acababa de verificar lo mismo que yo: el minuto de muerte de aquel sujeto era demasiado reciente.

Al ver los dedos de la mano completamente estirados, nos quedamos estupefactos. En el canal de las uñas se veían claramente rastros de sangre y eso desencajaba completamente con la exhibición del cuerpo, libre de magulladuras o de cualquier otro signo violento que no correspondiera a las contorsiones naturales del que muere por envenenamiento atmosférico ¡Únicamente aquel diminuto rastrojo de sangre derribaba la hipótesis del suicidio!

Afanosamente hurgamos en los dedos para extraer muestras suficientes. Las llevaríamos al laboratorio y así sabríamos con certeza a que clase de espécimen correspondían. Lo que estaba claro, a simple vista, era que no pertenecían al occiso. Nadie se arranca un trozo de piel sin dejar rastros inexorables de ello.

-¡Homicidio!-exclamé, sin lograr contener mi entusiasmo juvenil.

El teniente, en la puerta, le cedió su lugar al cabo, un tanto sonrojado.

Nos retiramos de aquel lugar pasadas las ocho de la mañana. Había amanecido una vez mas sin que nos diéramos cuenta, aunque el frío continuaba afuera tan acuchillante como en las horas de la noche, pero estábamos demasiado absortos como para preocuparnos de eso. Teníamos tantas cosas que hacer presente en nuestro informe que

si no hubiese sido por el chofer que encontramos casi dormido sobre el volante, difícilmente habríamos podido retomar el camino de regreso a la Unidad.

Acabábamos de avanzar dos cuadras, cuando mi compañero me dijo:

-¿Te fijaste en eso?

-¿En qué, inspector?

-¡En que era la casa de los Malebrán!

-¡El *Chinchorro*!-exclamé, paralogizado. En seguida pregunté:- Entonces, el muerto ¿quién era?

-Su padre.

-¡Claro que sí! ¡Si hasta se parecían!

Hasta ese momento daba por hecho que Boris vivía en la comuna de La Granja. Pero el inspector era un incorregible memorión y estaba seguro de lo que decía.

-Hace varios años se fue de La legua y desde entonces su padre vivía solo. Con el *Chinchorro* se fueron todos sus hijos.

-¿Y por qué?

-Creo que no era el *padre del año*, precisamente-me explicó mi colega con un tono casi irónico.

CAPITULO III

Muy pronto el tribunal de la jurisdicción ordenó que se abriese una investigación por la muerte del padre del *Chinchorro*. Se llamaba Guido Malebrán y lo apodaban *el Laucha*. Hubo que colaborar con los colegas de Homicidios y todo lo observado en el sitio de suceso vino a ser de valiosísima utilidad, como sospechábamos.

El jefe del Laboratorio de Criminalística no tardó en informar a los policías lo medular de su indagación. El estudio de las muestras recogidas tenían el sabor de lo inmoderado y es que la ciencia para un detective siempre tenía el valor de un impreso en oro. Sin lugar a dudas, el grupo sanguíneo –en años en que todavía no se hablaba del ADN- y los pigmentos de piel arrancados de las uñas del occiso, no correspondían a él ¡Eran del presunto homicida!, aunque poco y nada se podía adelantar todavía de este nuevo jugador de aquella noche fatídica de la Legua....

De cualquier modo, yo no estaba oficialmente embarcado en aquella pesquisa e ignoraba que dirección tomarían mis diestros colegas de *la roja* en el asunto. Pero la

cuestión me fascinaba; era tan poco lo que sabíamos de la familia del *Chinchorro* y de su vida íntima que toparnos con algo tan escabroso nos embelezaba.

Igual que el hijo, Guido Malebrán contaba con un pasado salpicado de vicisitudes al margen de la ley. Su *ficha* policial lo definía largamente como un ciudadano nada confiable: *monrrero*, *cuentero* (estafador callejero), *tendero* (ladrón de tiendas)...Su corta estatura escondía un pasado sazonado de altibajos. Más de bajos que de altos. A su vez, él era hijo de otro viejo guerrero del hampa, muerto en una trifulca callejera a los 60 años en el barrio del Mapocho. Lo apodaban el *Siete machos*. Ese era el abuelo del *Chinchorro*.

No se trataba de una familia saludable, exactamente. Abuelo, hijo y nieto pertenecían a una estirpe con sabor a lodazal, más cerca de la cebolla que del coqueto y limpio trigo...

Una docena de conjeturas comenzarían a apilarse, una arriba de la otra. No obstante, era imposible abrir los ojos en medio de la densa niebla de aquel barrio mortificante; preguntar en La Legua equivalía a enfrentarse con una veintena de hombres de mármol. Mucho más si quien preguntaba era un sabueso y los *dateros*, viejas serpientes que se enroscaban para traernos noticias del ambiente siempre a cambio de algo, tampoco esta vez parecían dar resultado. Un nudo Giordano había enmudecido todas las bocas a las que se podía acudir. Peor aún, durante varias noches no voló un murciélago en las calles de la población y el silencio fue parte de un luto infranqueable, en honor a un muerto del cual nadie decía saber nada.

Misteriosamente, aparte del *Chinchorro* y del *Pulguín*, no fue posible saber de otra parentela del fallecido; mucho menos de algún amigo Ni siquiera de un gato doméstico. Sin embargo, estaba claro que Boris Malebrán contaba con cinco hermanos ¿Y la madre, donde estaba?

Y si del *Chinchorro* y del *Pulguín* se trataba, también se habían esfumado. Yo no dejaba de preguntar por ellos a los delincuentes que mas los conocían y que caían una y otra vez en *cana*. Pero la respuesta siempre era la misma:

-¡Pa qué tanta pregunta, jefe, si no se han visto!

-Pa mi que se *avivaron pal sur*.

-¿No se habrán ido al extranjero?

Supe por un colega de Extranjería, no obstante, que no había registros de la salida de alguno de ellos y escapar por la cordillera en pleno invierno resultaba imposible..., aunque por el norte siempre había posibilidades, como hacían los narcotraficantes que entraban y salían regularmente desde y hacia Bolivia, por ejemplo. Así las cosas, con tanto hilo suelto, igual que los de Homicidios, me fui olvidando del asunto. Después de todo, la muerte de un *choro* (delincuente) para nadie terminaba siendo signo de inquietud. Era como la muerte de un pescador en noche de mar tempestuosa; algo que pasaba y ya está. Gajes del oficio, simplemente.

Tratándose de antisociales: “el que a hierro mata, a hierro muere”. Había otros *monrreros*, *lanzas* y *cogotos* (asaltantes callejeros) vivos y coleando de los cuales ocuparse, para bien de la ciudadanía decente.

CAPITULO IV

El trabajo lo hace caminar a uno mucho y por demasiados lugares, todos los días. Los patrullajes tres o cuatro veces por semana, además, terminan siendo un tercio de la labor más movida que un detective enamorado de su profesión ejecuta cada semana ¡Nunca se acaba de conocer y de aprender!...El arte de la profesión, de cualquier modo, es estar dentro de la masa poblacional; sumergirse en lo profundo de los *palacios de barro*, entre las techumbres sujetas con piedras o en el interior de los bares con inconfundible hedor a vino de mala muerte y a orina.

No se puede esperar que lo que uno busca venga sólo ¡Hay que ir a la montaña!; buscar los puntos de encuentro, la calle, donde el delincuente tiende sus insaciables manos. Es *la selva*, formada de concreto, de fierro enmohecido, de vidrios sucios y de miradas que se cruzan y que pueden significar, en el chasquido de un segundo, el inicio de una escandalosa cacería o bien de un manso acatamiento a la ley..., aunque lo último siempre es lo menos usual.

Pero no faltan las ocasiones en que sólo basta una señal, un gesto conocido, imperativo, para que el *flaite* (delincuente) decaiga en su empeño y camine sumiso

como un perro *acholado* (avergonzado) hacia uno. “¡Mejor un *patillazo* (cárcel) que *irse en collera* con los *ratis* (detectives)!”; una *cana* corta no hace verano, una *collera* (resistencia), en tanto, puede tener un final desafortunado.

El que nunca ha sido sorprendido viene siempre manso. Pero el que está *cargado* (varios delitos) o el que ha sido pillado *infraganti*, se revuelca como un cancerbero rabioso. Sabe, en la suma y resta rápida, que una prueba indesmentible puede dejarlo pegado en la cárcel por mas tiempo del deseable. Así que no acatará la voz de mando y se la jugará a concho, como un demente. Un antisocial de estos, sorprendido con las *manos en la masa*, es capaz de armar un escándalo de proporciones increíbles para anular su captura. A eso, los detectives lo llaman *cuática*.

Un buen *lanza* sorprendido con la *burra* (cartera) en la diestra, es capaz de dar vuelta en segundos a un público numeroso en su favor, como el mejor de los actores. Terminará haciendo creer a la totalidad de sus espectadores que el verdadero delincuente es el policía que intenta aprehenderlo...

-¡Abusador!-protestarán.

-¡Pobre niño!-dirán del canalla.

Y este último cogerá el guante una vez más sonriendo en su interior, chillando como un becerro herido, hasta volver imposible su detención. Pero el buen policía optará por llevárselo contra viento y marea, a empellones si es necesario, callado y estoico, haciendo caso omiso de todas las agresiones..., porque también aquí habrá de todo,

rasguños, gritos histéricos de madres solidarias, ciudadanos decentes que verán en el representante de la ley únicamente a un déspota...De pronto se han tragado el cuento completo y son los mismos que, individualmente, irán llorosos a exigir las penas del infierno a los cuarteles cuando otro delincuente como ese los acaba de *afanar* (robar) dentro de un bus urbano ¡Quién entiende a nuestra sociedad!

En medio de todo ese ajeteo del día a día, el invierno había dado paso a la primavera y nuestra tarea, con la llegada del mejor clima, sin que nos diéramos cuenta había aumentado el doble. Tampoco resultaba algo extraño en este país que parece estar cayendo del planeta, donde la pereza de algunos, incluyendo la de nuestros delincuentes, se despabila con la presencia del sol. No se trataba de un aumento de antisociales, sino más bien del ejercicio de su execrable *oficio*.

El *ambiente* en primavera, se transformaba en una especie de lirio abierto. La noche citadina bullía con el dialecto siempre cambiante del *coa* (lenguaje delictual) y el destello de afiladas navajas se fundían en los rostros de las nocturnas *panteras*. La ciudad poco a poco, doquiera uno mirase, ofrecía el triste espectáculo de víctimas rodando hacia el abismo...Los suburbios sonoros, los prostíbulos disimulados y los bares de mala muerte eran ahora el mullido refugio de los *matadores* (lacra); lugares de parada obligada a la hora de malgastar las ganancias sustraídas del bolsillo ajeno.

Allí se hacen cita a la misma hora los ojos expertos de los detectives fogueados de la policía civil criolla. Los *dateros* (informantes) son moscas que revolotean alrededor, cada uno con su ademán característico cuando se trata de conversar en un apartado, aunque nadie pasa por alto otro tipo de periódico informal que sirve siempre de lectura

obligada: ¡las *niñas*!, una suerte de plato exquisito donde vienen a degustar todas las bocas de los golosos ganadores. Una *chiquilla* tiene siempre dos caras sonrientes, una para atender al detective cuando ansía un poco de seguridad y otra para dulcificar la vida de la docena de malandrines que en noche de juerga vienen a postrarse a sus pies con el producto nada despreciable de una fechoría exitosa.

Una *niña* (prostituta) astuta es una especie de zorra que sabe guardar para sí la mejor parte de un tesoro y un buen tesoro siempre es una buena *noticia* para el policía que busca. Con el jinete de oro que la ha montado, basta con la guita que queda en la almohada. Toda deslealtad es posible, excepto cuando se trata del *cafiche*, el conviviente, el explotador, ¡el *querido*! Ahí la cosa cambia ciento ochenta grados; entonces la boca de la *niña* -¡de empecinada *rota* chilena!- la sella un candado que no puede abrir ni el hierro mas firme. Es la hembra fiel, incapaz de toda traición; aunque muy a su pesar porque el *cafiche*, como siempre, le arrebatará hasta la última moneda de sus paupérrimas ganancias, la golpeará a su antojo y la humillará de todas las formas posibles. Por eso quizás, este viejo lobo descendiente del hampa de las *chinganas* de La Chimba (ramadas fiesteras de principios de la República, ubicadas al costado norte del Mapocho), pareciera estar en franca retirada. Aún así, los que quedan se hacen notar y son los que se batirán a pecho desnudo para proteger a su benefactora cuando se trata de una ofensa difícil de perdonar, como por ejemplo, que “ya está vieja”, que “no calienta a nadie”, que te “ha *choreado* algo”.Cualquier palabra mal vista o poco afortunada, en definitiva, mas ofensiva en realidad para el que protege que para su protegida. Será la hora y el minuto precisos para que un *querido* se destripe a puñalada limpia con el *gallito* (bravo) de la ofensa, por una prenda que es mas para él un objeto que una persona. Aunque ese gesto de hombría es el que despierta al fin y al cabo las

pasiones de la *maraca* (prostituta) y nadie le hará soltar una palabra si de hablar se trata, cuando el resultado de esta pelea es un homicidio. Mientras tanto seguirá dándolo todo al *cafiche*, hasta la ropa elegante que viste, “para que todos vean” y le abrirá sus piernas trabajadas también, gratis y sin lloriqueos, cuando el canalla la requiera ¡Así son las cosas en esta Babilonia barata del tercer mundo!

Cuando un *querido* es muy buscado (“*está parque*”), no será extraño que la *niña* desaparezca por algún tiempo también. Un buen sabueso los busca a ambos, porque la *niña* después de todo, nunca sabe poco; es la confidente segura de todas las maldades del perro jactancioso, con las que la deslumbra como a una quinceañera...

Noche tras noche los *ratis* (reverso de *tira*, viejo apodo que daban los habitantes penquistas a los primeros detectives cuando estos, a falta de *esposas* debían amarrar los dedos anulares de ambas manos a los delincuentes que capturaban en las calles, “tirándolos” con la cuerda que usaban hasta los cuarteles policiales) mas expertos se dejaban caer en los barrios y en las casas mas sospechosas. Los más jóvenes nos nutríamos siempre de la experiencia de los más avezados. Aprender a darse vueltas en el *ambiente* termina siendo el mejor regalo para un detective novato que ansía sobrevivir y conocer a fondo su profesión. Ya había quedado atrás la etapa febril de los estudios en la escuela para oficiales ¡Ahora había que vérselas en la *cancha*!, esa que se camina a tientas al principio, donde nunca es malavenido el consejo de los mas viejos. Los que yo solía acompañar tenían la virtud de ser insuperables en este tipo de enseñanza de gestos y palabras cortas, de deducciones rápidas, simples, lógicas y a veces brutales. El inspector Lara, por ejemplo, era el tipo de comadreja capaz de desenroscar la lengua de víbora del mas obstinado hampón. Su carácter sencillo, su sentido humanitario y su

empatía indiscutible, le habían aportado más amigos en la vida que los que cualquier mortal pudiera desear. Acompañarlo equivalía a permanecer asombrado permanentemente; nunca vi a nadie saludar a más y a tan distintas personas en el tramo de una calle, ora un sucio *cartonero* (recopilador de cartones), una *patín* (prostituta callejera) desdentada, un rico mercader en un lujoso automóvil, un sacerdote de barrio o un vendedor de dulces ¡Como para volverse loco!

Recuerdo la forma en que lo festejamos la vez en que recibió una invitación a la inauguración de un importante centro cultural capitalino. Raras autoridades de la institución habían sido agasajadas con semejante distinción.

-Por allá me verán fumando mis cigarros-nos dijo graciosamente, negándose a comentar más el asunto.

-Tendrás que comprarte un *ternito* mas elegante-lo escamoteó otro colega con sus años.

En el fondo, nada de aquello nos parecía extraño. No nos hubiera llamado demasiado la atención que el mismísimo Jefe de Estado hubiese cruzado algún saludo con él. ¡*Larita* era un zorro querido por todos!; con todo el mundo se tuteaba y todo el mundo parecía hacerlo con él. Con dificultad algunos guardábamos la distancia jerárquica que merecían sus años y su rango y no faltaba incluso el chofer de patrullas que por dárseles de aguerrido, lo trataba como la mayoría de sus amigos. Pero a él parecía no importarle porque en la *cancha* era, además, el mejor de los *gallitos* y las diligencias más difíciles siempre pasaban por su sedal, para el toque preciso de la

experiencia; algunas las resolvía en cuestión de días, incluso en un par de horas. Después de todo, la mitad de los teléfonos de la unidad policial sonaban para él.

Otro portento en las pesquisas era el inspector Montes. Su talento y su gracia amenazaban con igualar las del primero; de hecho, solían trabajar juntos, “como calzón y *poto*”, decían algunos. Aunque, Montes era enteramente irascible y también más temerario. En una ocasión se batió con un trío de *choros* al *arma blanca* (cuchillos); trataron de darle una encerrona y él, triunfante, no sólo no salió ileso, sino que consiguió traerlos a los tres a punta de empujones hasta los calabozos de la unidad cruzando quince calles con ellos, sin que ninguno osara escapársele. Al fin y al cabo, era un gigantón extraordinario, completamente indiferente con el dolor propio y demasiado intolerante con las ofensas ajenas.

Yo me apegaba a ellos como el minero al lado de una veta de oro. Nunca hice por lo demás, tan criteriosa elección. De cualquier modo, para Montes y para Lara, la compañía de un *polluelo* (principiante) nunca parecía ser una molestia.

-¡Ya que quieres romper la cáscara, *cabrito*!...-bromeaba Lara con cariño.

-¡Uno mas que busca *descartucharse*!-añadía socarrón su socio de aventuras, colgando siempre un par de palabras de grueso calibre a las que era muy adicto.

Yo tan sólo buscaba aprender. Lo queríamos todos los detectives novatos que llegábamos a nuestra unidad *cuna*. Las primeras experiencias, al fin de cuentas, eran la base que trazaba la frondosidad del árbol futuro; ese que debía algún día darnos como

frutos las mejores diligencias policiales y un aporte real al problema de la delincuencia en Chile.

En ese juego el contacto codo a codo con el *ambiente* y con cada uno de sus raros componentes, era casi una necesidad del día a día. Ahí se comenzaba a pulir verdaderamente la placa de plata del oficial. El profesionalismo principiaba con no hacerle el quite a nada escalofriante y de eso había de sobra. Tanto que el escalofrío se apoderaba de uno durante semanas, pasado el primer encuentro chocante.

-¡No ha sido nada, *cabrito*! Aquí la miel es amarga, pero tiene que parecernos miel al fin y al cabo... ¡Para meternos en la *mierda* estamos!-era el oportuno y eterno consejo de Larita que nunca dejaba de estar al lado de uno cuando las cosas se ponían *peludas* (difíciles). Montes, en cambio, tenía un rezo más pintoresco:

-Dentro del lodo, el chapoteo de los cerditos no se nota...

No me quedaba muy claro que exactamente quería decir con aquello, pero le escuché repetir lo mismo en el asunto del muerto de La Legua, tal vez porque lamentablemente veía en esa sufrida población capitalina una especie de lodazal...

El comisario había ordenado revisar los distintos locales de hospedaje de parejas que se ubicaban en las cercanías de aquel sector, aunque no eran muchas las casas de mala muerte que se dedicaban a esto y sabíamos sobradamente cuales de ellas servían de *caleta* (escondite) a los hampones de la comuna. El paradero 18, de la Gran Avenida, aportaba la cuota más alta. No eran más que unos *sucuruchos* (casas decadentes), a

mediados de los setenta, levantados con adobes y tablas podridas; sin embargo, extendían su sombra protectora sobre toda clase de energúmenos que anhelaban pasar una noche de intimidad en algún lado sin el requisito del carné (cédula de identidad). Los dueños de estos boliches discretos sabían muy bien que la regla de oro para tener clientes era no interesarse en saber de quienes se trataba; generalmente todos los aposentos se llenaban noche tras noche con los seguidores de las *patines* del sector. Los *patos malos* (delincuentes) se dejaban caer a veces con su propia *paloma* o chiquilla de sus amores. Para salvar este problema los propietarios se las ingeniaban salpicando con su letra casi analfabeta los registros del “libro de pasajeros” que la legislación les obligaba a mantener a la vista. Un nombre y un número de carné falso o procedente de alguna cédula antigua extraviada, era la eterna solución. Cuando alguno de estos nombres se repetía demasiado o cuando la tinta reflejaba un pulso tembloroso, había que sospechar...

Pero esa noche ocurrió algo distinto cuando ingresamos a una de esas casonas en aquel viernes furibundo. Nos llamó la atención que la mismísima propietaria nos detuviera, con una señal de silencio, en la entrada.

-Les tengo un *pastelito* (algo interesante)-nos cuchicheó con una media sonrisa. Montes, con su mejor cara de ogro, le hizo oler su desconfianza. La mujer dobló sus esfuerzos para mostrarse digna de mejor crédito-; es algo que va a ser de su interés, inspector. Pensaba llamarlo por teléfono en este minuto..., pero ya que tuve la suerte de que llegara...

Saltaba a la vista que escondía algo que valía la pena en su piojera.

-¿De qué se trata?-preguntó Montes-; ¿algún *malandro* (delincuente) importante, doña Berta?

Ella se rascó la cabeza.

-Algo parecido, señor ¡Pero algo bueno, al fin y al cabo!-exclamó, agregando enseguida: - Hoy vino a pasar la noche por aquí la *Juaninga*...

Estaba claro que en ese momento Montes no se recordaba de quien se trataba; como buen sabueso, no obstante, asintió con la cabeza, incitando a la mujer a contar algo más.

-¡La *Juaninga*!...- repitió, insistente-; la madre del *Chinchorro*.

Se nos abrieron los ojos como dos huevos. A decir verdad, muy pocas personas sabían de la progenitora de Boris Malebrán; sin embargo aquella mujer nos caía encima con aquel valioso dato. Indudablemente, era esa clase de veta que una vez abierta no se podía dejar cerrar sin explotarla como era debido ¡Finalmente sabríamos que había sido del *Chinchorro* y de su hermano el *Pulguín*! Todo eso, presumiendo que la *Juaninga* estuviese al tanto...

-¿Y no se ha ido todavía?-inquirí yo, presuroso.

-¿Se le ocurre que iba a dejarla partir, sin avisarle a mis *jefes*?

¡Al diablo con esa zalamera! ¿En qué cuartucho estaba?; ¿con quién? Como si leyera nuestro pensamiento, se apuró:

-Se halla en el 3; creo que ha traído para acostarse al *Pintao* ¡Esta puta vieja siempre llega con lo más vomitado!

El *Pintao*, un *lanza* de mala muerte que no sobrepasaba los 25. Ella debía parecer su madre.

Nos abalanzamos sobre la habitación que se nos señalaba y de un empujón Montes hizo estallar la puerta delante de él. El cuarto quedó a la vista.

-¡A vestirse *cabritos*!-gritó con su voz de trueno-; ¡llegó la policía!

Se escucharon algunos refunfuños mientras la luz se encendía. Era uno más de aquellos rincones sucios de la casa, con un catre desvencijado y un velador maloliente; sábanas amarillentas y una bacinica carcomida por el óxido. El *Pintao* nos miraba encima del colchón asustado como una rata, mientras la pobre mujer se tapaba el rostro desdentado con la almohada.

-¿Qué es eso, *Juaninga*?- chilló Montes- ¡deja verte esa cara!

Ella tiró a un lado las piltrafas y nos espió con su rostro sonrojado, sin decir palabra.

-¿Dónde están los carnés?

-No lo traigo.

-Ni yo tampoco- se excusaron uno después del otro.

-Pero si llevas el de *sanidad*, ¿cierto *Juaninga*?- contraatacó enseguida el inspector, sabiendo que ese no podía fallar.

-Éste no falta-accedió sumisa la mujer, alargando su diestra hasta un abrigo desteñado que colgaba a un lado del catre. Desde uno de los bolsillos sustrajo un arrugado cartón que extendió a mi colega.

-Juana Salas...-leyó este, posando a medias sus ojos sobre el documento.

-La *Juaninga*, como usted dice, señor-reconoció ella, largando el resto:- Soy la *patín* de calle Santa Rosa con Santa Isabel...Es que me gustan las santas.

-¿Y qué haces tan lejos de tu sector?- le pregunté yo, desentendiéndome de su broma de mal gusto.

-Vine siguiendo al *Pintao*. A él le gusta este lugar. No andamos en nada malo, jefecito; apenas unos *polvitos* (sexo).

-Así no mas, patrón-corroboró el muchacho, cubriéndose con sus ropas de a poco.

-“Así no mas, patrón”-repitió Montes, con ese tono socarrón con sabor a recado completo que los hampones sabían reconocer muy bien: ¡algo escondían aquellos dos! Lo de los *polvitos* era sólo parte del cuento-¡Qué diantres!-añadió el gigantón, chasqueando a manera de orden irrefutable los dedos de una mano- Los quiero vestiditos, ¡de inmediato! Luego nos acompañan y sin chistar... ¡Uno, dos...!

Eso bastó para que la pareja saltara de la cama, como dos resortes, terminando de instalarse sus ropas en cosa de segundos. No hubo un solo quejido. La solicitud de Montes no se prestaba para equívocos ni súplicas y ellos lo sabían muy bien. Eran los ojos, la forma de hablar de policía, su desplante, los que ordenaban un acatamiento inmediato ¡Nunca vi a delincuente alguno desobedecerlo!

Efectuamos una revisión menuda del lugar y enseguida nos retiramos con el *Pintao* y la *Juaninga*. No era una mujer completamente acabada, aunque se notaban claramente en ella sus largos años de *pellejerías*; la mala vida le comenzaba ya a pasar la cuenta como a la mayoría de las prostitutas que remontaban los 40, borrando de su rostro ajado, incluso, la sonrisa picaresca tan característica en otras mujeres de su clase. Ni aún sus chistes sin sentido conseguían disimular la amargura que le corroía hasta los huesos.

Una vez en la unidad, sentada frente a nosotros, con sus cabellos desgredados y sus ojuelos de enferma mirándonos, pude rescatar de sus facciones una belleza remota. Debió ser un día una mujer muy buena moza. “Una vez tuve también cintura de avispa”, me hubiera dicho de buena gana, si se lo hubiese preguntado. Pero todo eso ahora estaba en el pasado.

-Usted ha vivido cien años-le dije en un tono amigable, alargándole un tazón de café.

-Mucho mas que eso, jefecito-comentó ella, entendiendo claramente el alcance de mis palabras-; ¡han sido cien vidas en cien años!

Nos habíamos quedado solos en la pequeña sala de interrogatorios. El cuartel policial esa noche parecía bañado en silencio.

-¿Y cuando se casó usted con el padre de Boris?-la inquirí, pensando en la manera mas correcta de abordar el tema, aunque indudablemente saltaba a la vista que lo mas recomendable era darme por sabido de ciertas cosas, para equilibrar un poco mi visible inexperiencia profesional y hablarle lo mas directamente posible.

Afortunadamente ella no intentó eludir ninguna pregunta ni esconderme lo que yo daba ya por sentado. Sabía que era la esposa de un hombre asesinado recientemente y que era la madre de dos delincuentes incorregibles.

-Me casé con él a los 20 años y tuvimos seis hijos-me contestó- ; Boris es el del medio. Un día mi marido me tiró a la calle, luego de botarme toda la dentadura-Me mostró con una mueca grotesca su boca despoblada. Enseguida prosiguió:- Me fui a vivir a la casa del *Cara de ajo* y en castigo le dejé los *cabros* a mi esposo.

-¿Y no te buscó?, tu esposo...

-Una vez sí, pero el *Cara de ajo* le dio una paliza tan grande que no le quedaron ganas de volverme a molestar.

-¿Y tus hijos?

-Ellos fueron a verme varias veces. Luego, cuando me metí al trabajo nocturno poco a poco terminaron distanciándose. Sólo a Boris me lo encontré algunas noches sumergido como yo en la mierda. Una vez me sacó a bailar en un *tugurio* (bar) de calle San Camilo. Me visitó tres o cuatro veces y después...

-Después, ¿que?

-Desapareció. Un 25 de diciembre, no recuerdo de que año, se dejó caer en el prostíbulo en el que estaba con un beso y unas flores y no volvió nunca más.

-¿No has sabido de él, recientemente?

Prefirió guardar silencio. No quería mentirme. Le caía bien. Finalmente reconoció:

-Para serle sincera, no se de él desde el invierno pasado.

-¿Antes o después de la muerte de tu esposo?

-¿La muerte de quien?-exclamó, poniéndose de pie, al parecer francamente sorprendida. Verdaderamente no era una actitud fingida; por increíble que fuera, estaba

claro que desconocía aquel asunto por completo. Sus ojos se llenaron de asombro y luego lentamente se dejó embargar por una rara emoción, pero sin ninguna lágrima, tal vez para no mostrarse débil.

-La muerte de tu esposo-repetí la frase, innecesaria ya.

-Eso creí haberle oído-comentó ella, sentándose de nuevo y retomando mas calmada el tazón de café. Luego me miró fijamente, deseosa de saber algo más del asunto-¿Y cómo pasó? ¿Cómo falleció?

-Bueno...-titubeé-, apareció tendido al lado de la cocina de gas, asfixiado..., aparentemente.

-¿Lo habían golpeado?-volvió a la carga.

-No estamos seguros...

Ella ya sacaba sus propias conclusiones. Así es que terminó dictaminando:

-Lo asesinaron ¡Sin duda alguna!

-¿Quién?-pregunté yo, dejando ver una vez más mi inexperiencia.

Sin abrir la boca, se remitió a encoger los hombros. Aún así pude ver desfilar en el tinte de sus pupilas un mensaje dubitativo; una sospecha talvez, algún tipo de

presunción. Pero comprendí en el mismo segundo que hubiera estado demás intentar desentrañar de su mente semejante misterio.

-No se más de lo que sabe usted, jefecito- me dijo a manera de punto final, redondeando: -Guido tenía malos amigos...y peores enemigos. Era un hombre terrible y egoísta ¡Un pobre bruto que la sabía montar a una! ¡Nada más! Una de sus incontables víctimas debe haberlo matado.

-Pero, ¿de sus hijos, qué?- insistí en una ultima tratativa-¿Dónde estaban Boris y los demás?

Infranqueable ahora, contestó:

-¡No se!

-Usted me dijo que se habían quedado viviendo con su padre...

-No por muchos años. El muy bellaco terminó por lanzarlos a patadas a todos a la calle. Antes de eso, supe, violó a la Rosa y a la Estela, nuestras dos hijas mayores. ¡Boris nunca se lo perdonó!

-¿Violó a sus hijas?

-Ya le dije que se trataba de un animal. Una de ellas lo amenazó con denunciarlo y entonces él las golpeó y luego las botó a la calle.

-¿Y cómo reaccionó Boris?

-Chillando *pa* dentro, como hace mi gente. Era demasiado niño, a lo mejor, para hacer otra cosa; yo misma, ¡de haber sido hombre, le habría rebanado el cuello a ese canalla!

Parecía una rabia sincera. No lo suficiente sin embargo, para convertirla en una probable homicida del sujeto del cual hablábamos. Como fuese que hubiera ocurrido, la respuesta para ese crimen debía permanecer oculta todavía por bastante tiempo más. De momento y con la llegada de septiembre, los oleajes de la delincuencia amenazaban con arrastrarnos a puertos llenos de sorpresas en lo que restaba del año. Seis baleos, cuatro crímenes más y violaciones en *patota* (grupos) a cinco liceanas sólo en nuestra jurisdicción, en el lado sur de la capital. Poco mas abajo la población San Gregorio se vestía de luto una vez más, con asaltos y *cogoteos* a diestra y siniestra. Nos reuníamos a menudo los detectives de las distintas unidades del área metropolitana “para hacer fuerza” y poder allanar en conjunto las poblaciones donde se escondían los autores de semejantes tropelías. Eran operativos que en ocasiones ocupaban toda una noche y que seguían infatigablemente hasta fines del siguiente día con el procesamiento de los detenidos que pasaban al tribunal ¡Una tarea capaz de echar a tierra a un toro!

CAPITULO V

Un domingo, cerca de las seis de la mañana acompañé a Montes y a otro colega a un allanamiento de morada en las proximidades del Cementerio Metropolitano, a un costado de la panamericana sur. Un soplón nos había informado sobre un *monrrero* importante que se alojaba por allí en una casita de cuatro tablas, junto a su conviviente. Suponíamos fundadamente que el *Peneca* era el cabecilla de un robo perpetrado a la ferretería “Acacio” y también del asalto a una panadería. Nos habían advertido, además, que andaba *acanutado* (con arma de fuego) y que en el entretecho de su cuchitril ocultaba una buena parte de sus últimos botines.

-El *flaco*-dictaminó Montes refiriéndose a mí, dentro del patrulla-saltará la reja del antejardín y Pedro-aludiendo al otro colega algunos meses mas antiguo que yo en la policía-cubrirá el patio trasero. Yo entraré por el muro norte, el que da al sitio eriazo y el *flaco* me secundará cuando bote la puerta. Si hay mucha *cuática*, Pedro nos ayuda...

¡Así eran las cosas antes de los ochenta!: bastaban tres detectives a pecho descubierto, armados con sus revólveres viejos y un par de *esposas* y los allanamientos

se llevaban a cabo sin importar quien estuviera dentro de la guarida de lobo ni de que clase de lobo se tratara. Para Montes era como estar a cargo de un pequeño ejército y parecía todo un mariscal de campo gruñón y experimentado. A veces nos alargaba antes de bajarnos de la patrulla un papel garabateado, donde nos dibujaba lo que parecía ser un plano de acción. De cualquier modo, su astucia era innegable. Tampoco se molestaba por nuestras risitas indiscretas; le gustaba “reírse frente al peligro”, decía como el mejor de los *filósofos* policiales.

-Un *chistecito* antes de los balazos-recomendaba-, es como un abanico en un desierto.

De manera que toleraba nuestras impertinencias; todo, con tal de que obedeciésemos sus instrucciones *al cayo* (exactas).

-El chofer-prosiguió esta vez-nos esperará con la *piola* (vehículo policial) en la esquina. Si hay tiroteo avisará por el radio a la central. Ellos verán...

No constituía un misterio para nadie que la ayuda no siempre llegaba. Estaban esos *Chevy* negros comprados por el Presidente Allende durante su gobierno para sustituir la vieja flota de patrullas y sabíamos que a veces uno sólo de ellos debía atender en una noche las llamadas de emergencias de cinco comunas. Como fuera, el conductor asintió con la cabeza, sin discutir.

Yo había estado allí antes, a pie, vestido como un menesteroso, *poroteando* (auscultando) el lugar y la idea de saltar la reja delantera no me dejaba contento. Eran fierros altos terminados en punta y me sobrepasaban por dos cabezas.

-Otra cosa-ordenó el inspector, como si acabara de leer mi pensamiento-; no quiero que el *flaco* se demore en alcanzar la puerta interior. Antes de medio minuto la estaremos derribando ¿Entendido?

Moví la cabeza de arriba abajo. Pero todavía faltaba otro inconveniente:

-Ojo con el perro-chilló Montes, dando por superada esa parte de la instrucción.

Se trataba de un animalejo enorme, con unos colmillos horribles, capaz de partirle a uno los huesos con un sencillo mordisco. Pero todo detective sabía muy bien que un perro como ese era parte del juego. La mayor parte de ellos, inclusive los grandes, frente a la osadía de los allanadores terminaban haciéndose a un lado, pero otros...

-Habrá que usar el *churro*-dije, en voz baja, tomando antes de bajar del *Chevy* una especie de bastón forrado en caucho que usábamos frente a ese tipo de dificultades. A mi me desagradaba profundamente tener que arremeterlas contra un animal con ese aparato; pero no había que olvidar que la pobre bestia no reconocía entre buenos y malos y sólo cuidaba su casa. Por esa razón, precisamente, los delincuentes los utilizaban. Una semana atrás, nada mas, había visto a un colega hacer uso de su arma de fuego, acorralado por una jauría en otro allanamiento; obligado a disparar, terminó quitándole de la vida a dos de los infortunados atacantes.

Tomé el duro bastón y lo colgué firmemente de una de mis muñecas. Los primeros tintes de la madrugada comenzaban a iluminar temerosos los sepulcros blancos del cementerio vecino. Dentro de las casitas que se amontonaban a un costado del campo mortuario, sus habitantes todavía dormían el pesado sueño de una noche de jarana. Era el mejor momento para esa clase de allanamiento. Una hora antes y habríamos encontrado, todavía, a una buena parte de ellos despiertos.

Descendimos sigilosamente del automóvil y avanzamos hasta la morada del *Peneca*. Dejamos adelantarse a Pedro, para darle tiempo de hacer un rodeo y cubrir el patio trasero. Luego Montes contó en voz baja hasta veinte y dándome la señal de partida se abalanzó sobre el muro que colindaba con el sitio eriazo, mientras yo me lanzaba contra la reja. Pareció por un instante que podría escalarla sin grandes dificultades, pero ¡ay, que horrible dolor! Un retorcijón insufrible me avisó que algo muy malo acababa de sucederle a mi pierna derecha. Una de las astas de fierro se había incrustado sin piedad en la carne a la altura del fémur, rasgando de paso el pantalón. Intentando escabullirme, caí sobre una piedra al interior del antejardín, sintiendo claramente como se desencajaba una de mis rodillas ¡Era inaguantable! Contuve a duras penas el quejido que amenazaba con escaparse de mi garganta. Tampoco tuve tiempo de recuperarme; a duras penas alcancé a distinguir las fauces gigantescas que se prendaban de uno de mis brazos ¡Era el cancerbero del *Peneca* que acababa de clavarme sus colmillos en una de mis muñecas! No, afortunadamente, aquella en que colgaba el *churro*, porque instintivamente lo dejé caer enloquecido sobre el rabioso animal impidiendo que siguiera mordiendo más arriba...

Finalmente sentí que Montes me lo arrancaba de encima con un feroz puntapié en plena barriga. El animal cayó rodando dos metros mas allá y fue a refugiarse, intimidado, lejos de nuestro camino, contentándose con ladrarnos fuera de sí. Era un ruido infernal, pero nada podíamos hacer al respecto. Me quedé tendido sin poder moverme, viendo como el inspector por su cuenta proseguía solitario con su cometido inicial. La puerta dio un palmo hacia atrás, reventada por uno de sus hombros; enseguida se escurrió hacia el interior, perdiéndose como un topo en una madriguera. Salió al cabo de unos minutos empujando al *Peneca* con su diestra, mientras arrastraba a ras del suelo a una figura femenina que parecía apernada a una de sus piernas. Era la conviviente del hampón que chillaba destempladamente. En ese momento apareció Pedro que logró controlar a la mujer, ínterin que el sabueso cerraba las esposas sobre las muñecas de su prisionero ¡Asunto terminado!

Pedro me ayudó a ponerme de pie bajo la mirada satisfecha del *Peneca*, complacido en extremo con mi accidente. Aún así salimos con él rumbo a la unidad policial y enseguida conmigo en dirección al hospital, donde me quedé pegado durante una semana, perdiéndome toda la acción que siguió a la captura del *monrrero* que a postre confesó siete robos y dos asaltos a mano armada; suficiente como para mandarlo a prisión durante varios años. Aunque eso último era cuestión de los jueces y yo no pude estar allí para saber del desenlace de aquella pesquisa. Era lo que mas dolía y también la larga licencia médica que me impusieron para mi recuperación integral.

CAPITULO VI

Algo novedoso tenía que hacer con aquel inesperado tiempo libre. Un amigo de la infancia me había estado invitando reiteradas veces a su casa, en el sur del país. Era una hermosa casona de campo en los faldeos cordilleranos, cerca de un pueblecito adorable llamado Lumaco. Mi anfitrión se dedicaba a la agricultura y una inmejorable camaradería nos unía desde los días escolares. Se había casado con la chica más hermosa del pueblo y yo esperaba una ocasión como aquella para poder visitarlos. Me deshice, por reglamento, de la placa policial, de mi gastado revólver, de los grilletes y le pedí a un familiar que me fuera a dejar a la estación de trenes. El yeso en la pierna me incomodaba sobremanera, pero estaba seguro de que no me impediría disfrutar de aquel paseo. Llevaba conmigo una maleta de mediano tamaño y me había puesto, a manera de disimulo, un par de *bluyines* anchos que ocultaban lo mejor que se podía la pierna tiesa.

Me habían hecho una singular operación, dejándome otra vez en su lugar la rodilla dislocada y el fémur en su sitio, unido con una especie de torniquete de metal que no parecía molestarme.

El tren nocturno estaba en su línea de largada, listo para salir. Poca gente viajaba a comienzos de aquella primavera y el andén se encontraba casi desierto. Subí despacio hasta uno de los vagones que, por algunas razones de economía tal vez, se iluminaba apenas con un par de faroles tenues que impedían distinguir con claridad al resto de los pasajeros. A las diez de la noche en punto, el tren comenzó a moverse lentamente enfilando al sur. Santiago, en poco tiempo quedó convertido en un fantasma tenebroso perdido en un horizonte lejano. Al pasar por la estación de San Bernardo, la última del área metropolitana, subieron dos o tres personas y una de ellas vino a instalarse justo a mi lado. Lo miré con cierto desinterés y todo lo que percibí de él, en ese momento, fue la curiosa forma del gran gorro de lana que le cubría hasta las orejas. Mas tarde le observé casualmente otras veces y reparé en su vestimenta y en el perfil achatado de su rostro oculto en la sombra. Iba prácticamente embutido en una casaca abultada de *cuerita* negra; había tendido las piernas sobre el asiento vacío, dejando ver un par de botas vaqueras verdosas pasadas de moda. Eran de caña subida y con un par de tacos demasiado pronunciados.

“¡Un *tacuaco* (hombre de baja estatura)!”, pensé, burlonamente. Los individuos bajos solían buscar alguna artimaña para ganar algunos centímetros “¡Pura vanidad masculina!”, me dije a mi mismo, echándole el lazo a cavilaciones más extravagantes: “los bajos buscan parecer mas altos, los flacos queremos vernos mas gordos y los obesos añoran verse delgados ¡Quien entiende a quién!”...

El tren seguía su marcha y su vaivén me adormecía cada vez mas, como a un gato frente a la chimenea. Los campos en la penumbra, las estrellas en el cielo, el cuarto de luna, formaban un espectáculo increíble al otro lado del vidrio de la ventana ¡Cuantos

años hacía que no contemplaba aquella maravilla desde al asiento de un tren! Eran recuerdos perdidos en la niñez, casi. La juventud me había poblado la mente con fantasmas nuevos ¡Los fantasmas de un detective! ¡Como si el mundo girase en torno a una sola profesión! Podía estar en cualquier cosa y siempre era lo mismo; aquellos habitantes siniestros que arrojaba cada investigación de un delito, ocupaban el total de mi cerebro. Aunque, a decir verdad, le ocurría a todos los que estábamos en eso por vocación y yo llevaba esa profesión en la sangre desde la más remota infancia, atraído quizás por las lecturas de Conan Doyle...Ahora debía aceptar lo bueno y lo malo de aquel trabajo absorbente. Tal vez a un médico o a un arquitecto les ocurría algo parecido, ¿o no? Porque esto era como estar arrastrando constantemente un poco de fango; el rostro destrozado de un asesinado, la mirada desquiciada de una mujer violada, la rabia incontenible de un hombre asaltado. “La diferencia siempre ha estado-me dijo una vez un colega mas viejo- en que no dejas de pensar en todo aquello ni un solo segundo; ni siquiera cuando abrazas a tus hijos o le das un beso a tu esposa ¡Es una maldición!”. Otro, con suficiente bagaje, lo había resumido así: “¡Un policía siempre es un policía, sin importar con quien se encuentre ni donde esté! Nadie mirando ponerse el sol en el horizonte verá en el tibio ocaso la presencia de un espectro de barro surgido de una noche criminal...” Sonaba ridículo, incluso, pero los que detentábamos aquella profesión sabíamos que se trataba de una verdad incuestionable.

Cadenciosamente el golpeteo rítmico de las ruedas del tren sobre los rieles me seguía adormeciendo. Los párpados caían sobre mis ojos como dos pesados cortinajes; pero algo me intranquilizaba sobremanera y me impedía entregarme en los brazos de Morfeo. Sentía una mirada extraña que se posaba en mí, distraídamente en un principio, luego cada vez mas inquisidoramente. Eran unos ojos negros que me recorrían a cuerpo

entero, posándose curiosos en la pierna enyesada, volviendo enseguida a mi rostro con insistencia. Se parecía de alguna manera al remolino difuso de un sueño y una parte de mi me impedía darle la importancia debida, hasta que de pronto una voz ronca me despertó de súbito. Me llamó por mi nombre dos veces. Era un tono familiar; alguien conocido...

-¡Gusto de verlo, jefe!

Era el del gorro de lana y las botas vaqueras. Se había sentado frente mío y me saludaba con una amable sonrisa. Su rostro, sus ojos, sus ademanes..., estaba seguro que en alguna parte los había visto. Lo que me desconcertaba, en definitiva, era la extremada palidez de su rostro, extraído casi de un libro de Tolstoi.

-¿No se acuerda de mí, acaso?-insistió.

No quise parecer un maleducado y decidí fingir que le había reconocido.

-Si, ¡por supuesto!-aventuré-; es la modorra, que me vuelve lento... ¿Qué haces por aquí?

-Lo mismo que usted, viaje al sur.

Evidentemente, no me tuteaba por alguna razón prefijada de respeto. Tenía que ver con mi trabajo, inequívocamente. “Jefe”, me había dicho. No podía descuidarme.

-Voy a Concepción...,¿y usted?

No podía confesarle, de buenas a primera hacia donde me dirigía.

-Un poco más allá-le contesté, haciendo ahora esfuerzos sobrehumanos para acordarme de quien era.

-Ya entiendo, jefe. No quiere decirme.

-¡No!, no es eso, disculpa...

-No importa. Yo le hablo como a un amigo.

“¿Un amigo?”. Seguía en ascuas.

-La última vez que nos topamos-continuó-, usted me trató muy bien y le estoy agradecido. Quisiera creer que no ha sido de mal gusto para usted encontrarse de nuevo conmigo.

Noté que me abría una brecha, como si quisiera ayudarme a salir de aquella ridícula situación.

-Esa vez-contraatacó-, cuando me pillaron borracho... ¡y yo haciéndola de *jil* (torpe), estirando los *drilos*!

¡Claro que si! ¡Era el mismísimo *Chinchorro*! ¡Quién podía haberlo reconocido! Estaba convertido en todo un adulto, como si en el período de un año hubiese madurado y crecido tres...Ahora debía tener 18.

-¡Diantre de chiquillo!-exclamé, sin poder contener mi asombro-¡Si eres Boris...!

-¡Cómo!-chilló él, con un sonsonete burlón-¡No me dirá que recién ahora...!

Enseguida soltó una larga risotada. Poco después protestó:

-¡Y yo que pensaba que me tenía bien *funado* (reconocido)!

-A medias no más, muchacho, a medias-comenté, algo avergonzado-; es que con ese gorro chilote confundes al más pillo.

Ahora nos reímos de buena gana los dos. Terminado aquel juego, decidí preguntarle mas serio:

-¿Y qué ha sido de tu vida? Te desapareciste del mapa de un día a otro.

-Es que anduve paseando en la tierra gaucha-me respondió, sin tapujos, queriendo decirme que había estado en Argentina- Pero ya he vuelto.

-¿Y por qué no estás en Santiago?

-Voy y vengo, jefe. Me gusta viajar. Es parte de mi *trabajo*, usted ya sabe...

-¿El de *siempre*?-lo inquirí de frente. El no se molestó en contestarme. Estaba demás. Fuera como fuera, seguía siendo un delincuente empedernido y yo un detective. Podría haberme dicho que estaba *chantado* (sin delinquir), como hacía la mayoría de los de su clase cuando uno los encontraba en la calle después algunos meses; pero él no quería mentirme, simplemente. Al fin de cuentas, sabía que no podía ponerme de pie y salir corriendo detrás suyo esta vez y fácilmente sus ojos expertos le habían informado que no andaba *acanutado*. Ni siquiera llevaba un par de *esposas*. Debió sopesar claramente aquellas desventajas mías antes de decidirse a despertarme. Sólo buscaba entablar conmigo una conversación amistosa y lo había conseguido.

-¿Y dónde le hicieron ese yeso?-preguntó astutamente, fijando su mirada en la pierna tesa.

Esta vez el que no respondió fui yo; apenas esboqué una mueca. No podía agrandar todavía más mis debilidades del momento.

-¡Bien que te habías dado cuenta!-exclamé de mala gana, añadiendo otra estupidez:-Ya sabes que no puedo hacerte nada.

-Es bueno saberlo-comentó él, sin querer humillarme demasiado- No siempre el perro y gato van a estar peleando, ¿cierto, jefe?

-Pero otra vez que nos veamos será distinto-le aseguré, intentando mejorar las cosas y mi orgullo herido.

-Como quiera, jefe. Siempre hay otra vez. Como sea, yo le deseo ahora que se alivie. A nadie le gusta ver a un detective convaleciente..., ni siquiera a gente como yo.

Siguiendo su extraña costumbre, saltaba a la vista que se esforzaba en hablar correctamente, manoseando palabras que no se utilizaban definitivamente entre los de su clase. Se sentía bien haciéndolo, como queriéndome demostrar que, pese a *lo que era*, poseía cierto grado de cultura “¡Un caso raro!”, insistía para mi adentro.

-¿Y donde está tu hermano, el *Pulguín*?-le pregunté, cambiando radicalmente de tema.

-No lo veo hace años. Estuvo un tiempo conmigo en Argentina y mas tarde siguió al Paraguay...No andábamos muy bien, desde...

Un brote de rabia se hizo visible en su rostro; había estado a punto de cometer una indiscreción y eso lo incomodaba. Cambió su actitud bruscamente, guardó silencio y escabulló mis ojos groseramente, volviendo su mirada hacia la ventana.

Pero yo no estaba dispuesto a soltar la hebra que se tendía delante de mí, así es que volví a la carga de inmediato:

-...Desde la muerte de tu padre, ¿cierto?

Noté un corto relámpago de odio en sus pupilas, al escuchar la alusión que hacía de su progenitor. Era algo que no podía disimular frente a nadie. Pero su instinto delictual, la serenidad que le caracterizaba y el deseo de salir triunfador en esta especie de juego en que se había engarzado conmigo, lo hizo sobreponerse en pocos segundos. El cinismo de las palabras que pronunció enseguida quedó a la vista:

-¿Sabe más que yo de eso, jefe?

-Bueno, algunas cosas...

-¿Cómo qué?-inquirió de nuevo, viendo que me acorralaba. Sin embargo, yo seguía creyendo en que esta era una estupenda ocasión para tirar de su lengua. Así es que intenté parecer todavía más torpe, para darle confianza. Sabía que ese método no fallaba con ningún tipo de antisocial.

-Como por ejemplo, que el *Laucha* no murió precisamente friendo huevos...

-¿Qué quiere decir, exactamente?

-Pues..., ¡que lo asesinaron, hombre, que otra cosa!

-Gran descubrimiento el suyo-comentó con visible sarcasmo, agregando de inmediato:-¡Pero yo no se nada de eso!

-Sin embargo, sabías que estaba muerto.

-No lo niego.

-¿No era tu padre, acaso? ¿Por qué no te vimos más luego de su muerte?

-Ya se lo dije, jefe; estuve de viaje en Argentina.

Ya no debía parecerle tan torpe. Ahora yo comenzaba a acorralarlo.

-Hablas como si no te importara lo que le ocurrió a *tu viejo*-Sabía que esas dos últimas palabras eran un acicate en su lengua. Me escupió enseguida lo que quería oír, sin controlarse:

-¡A quien le podía importar ese *conch*...! ¡Nunca fue *mi viejo* y bien muerto está si lo han matado! Quien lo haya hecho *se echó* (mató) a un demonio y sus razones debió tener para hacerlo.

-Pero es un asesino.

-Dura palabra, jefe-me rebatió, algo mas calmado, viendo que el lazo lo había cazado y que ya no tenía asunto seguir escabulléndose-; a veces el que mata a un canalla es un libertador. Hay hombres que no merecen vivir..., por todo lo que han hecho a los suyos y a cuantos le rodean...A otros no les queda más que cumplir con un deber

sagrado, ¿entiende? Asesino es el que mata a quien no merece morir y ese canalla ¡merecía la muerte cien veces!

En pocas ocasiones el odio enfermizo de un hijo hacia el hombre que le había dado la vida me pareció más evidente y sólo podía imaginarme ligeramente la clase de veneno que había alimentado por largos años semejante resentimiento. Conocía otros casos parecidos, aunque, para ser sincero, ninguno donde el abismo entre padre e hijo fuese más profundo ni más borrascoso. La sombra que poblaba la mente de aquel delincuente declarado era mucho más grande que aquella otra que se avizoraba en la noche tenebrosa a través de la ventana del tren.

-Nunca tuve padre-intentó explicarme, recobrada por completo su serenidad-; mi verdadero padre fueron las calles de la ciudad y mi madre una *puta* irresponsable que sólo he visto tres o cinco veces en mi vida, desde que el canalla del *Laucha* nos echó a puntapiés desde su casa con todos mis hermanos.

-Tal vez la *Juaninga* se ha arrepentido profundamente de todo eso...

-¿La conoce?

Asentí con la cabeza, sin entrar en más explicaciones.

-Entonces sabe perfectamente de que hablo: lo mío, lo de mis hermanas, lo de los abusos...-Volví a asentir y él prosiguió:-Ya ve que no es una historia agradable. La de

un chacal que se come a sus cachorros hubiera sido más entendible ¿Por qué le extraña que hayan asesinado a ese hombre?

-Aún así-respondí-, sigue siendo un crimen.

-¡Un crimen! Puede llamarlo como desee, pero si usted hubiese pasado por lo que yo y mis hermanos tuvimos que pasar, gustoso habría apretado sus manos sobre el cuello de ese demonio...

Noté que otros pasajeros comenzaban a mirarnos con alguna curiosidad. Pero a mi interlocutor no parecía importarle.

CAPITULO VII

Las luces de San Fernando habían pasado por el vagón y por el rostro entristecido de mi compañero de viaje con una prisa fuera de lo común, mientras le veía seguir adelante con su increíble historia decidido como estaba a contarme absolutamente todo, como si quisiera soltar a propósito una marejada de sentimientos que no lo dejaban respirar. Una especie de espina clavada en el estómago o algo así.

Pero “un policía no es un prelado”, me repetía hasta el cansancio y sin embargo las confesiones inesperadas de un delincuente se hallaban a la vuelta de una esquina, como un suceso in calculado y no se le podía hacer el quite...o no se debía. Con frecuencia había escuchado a algunos colegas más viejos hablarme sobre aquellas ocasiones en que se veían obligados a servir como paño de lágrimas; no eran confesiones ajustadas a un patrón determinado. Simplemente surgían, como el agua de un manantial desde una quebrada borrasca cualquiera en el momento más inesperado, como parte de una circunstancia curiosa. Entonces se dejaba de ser un detective, más aún un censor ético o moral y había que echar mano del ser humano capaz de comprender la miseria ajena; nada más, ni menos tampoco.

Cuando uno de aquellos seres aporreados por la vida decidía desabrochar su alma frente a uno, tan sólo cabía prestar el máximo de atención, con todo el respeto posible. A mi no me disgustaba hacerlo.

De vez en cuando le preguntaba algo, para ayudarlo a salir de su congoja:

-¿Qué edad tenías cuando el *Laucha* te hacía trabajar en la calle?

-Seis años. Tenía que salir todos los días con mis hermanos a buscar las monedas de los bolsillos de los boquiabiertos, porque si no llegábamos en la noche con lo suficiente, nos molía a palos. Nos golpeaba uno detrás de otro con una *luma* que le había robado a un *paco*; con ella le rompió un día una clavícula al *Pulguín* y temeroso de que se muriera en la casa, no le permitió regresar hasta pasadas dos semanas, “cuando estuviera mejorado”. Tuvimos que esconderlo en las noches en el gallinero dentro del patio. Allí casi lo agarra una pulmonía. Mi madre ya nos había abandonado.

-Porque tu padre la golpeaba-lo interrumpí.

-Y porque tampoco le importábamos-rebatió él, continuando con su historia:-¿Sabe algo? Todos los seres humanos nacen con algún tipo de talento; el suyo tal vez sea dedicarse a policía; el mío a malandrín. En alguno es positivo y en otro negativo ¡El talento de mi padre era ser cruel! Porque en él la maldad y las ganas de hacer sufrir a los que le rodeaban, era refinada. Lo hacía con perfección, calculadamente, como el más malo de los seres humanos, ¿comprende?

Para ser sincero, no podía entender como un padre podía experimentar placer haciendo sufrir a sus propios hijos o a la mujer que había elegido como su compañera. Sin embargo, mi país estaba preñado de casos como ese y abarcaban todas las clases sociales, algunas veces con más disimulo, en otras descarnadamente como le había ocurrido a la familia del *Chinchorro*. Sentía de esa manera que su relato se adentraba en mi sangre y corría por mis venas como una desgracia común del género humano decadente. De pronto, aquel rostro de delincuente avezado comenzó a quebrarse como una hoja de papel reseco delante de mí; hubiera querido evitarlo para no verlo llorar, pero las lágrimas ya estaban ahí como las gotas de un vaso que empezaba a rebalsarse.

“Todo tiene su origen”, me repetía interiormente y “nadie llega a ser quien es porque si nada más”. Eran las dos máximas elementales que había aprendido en mis primeros días de profesión, decidido a no mirar desdeñosamente absolutamente a nadie. Parecía tener sentido ahora, como el paradigma célebre de aquel filósofo sobre la “tabla rasa”... No nacíamos malos ni intrínsecamente buenos, eso estaba claro y aquel ser humano que tenía sentado frente mío no era la excepción.

Luego de un silencio prolongado, prosiguió con su relato:

-A los 8 años me obligó-se refería a su progenitor, nuevamente-a acompañarlo en mi primer *choreo*. Quería meterme por la pequeña ventana de baño de una casa aprovechando mi tamaño y le resultó. Yo parecía un *piulle* (referencia a un ácaro o a algo muy pequeño), por lo poco que comía y pasé como un jabón. Le abrí la puerta y lo ayudé enseguida a cargar dos televisores y algunas cosas más. Era una casa enorme y nos fuimos de allí sin que sus dueños alcanzaran a despertar de su sueño nocturno. El

Laucha vendió a buen precio las *prendas* (especies) y yo me habría alegrado si nos hubiese dado de comer con eso, pero ni yo ni mis hermanos recibimos una *chaucha* para comprarnos algo ¡El muy cerdo gastó toda la guita en un barril de vino! Anduvo *tomado* (borracho) una semana completa. Después, cuando vio sus bolsillos pelados nuevamente, nos lanzó a todos a la calle “a hacerle empeño”. De ahí en adelante, robar fue nuestra obligación..., ¡nuestro *trabajo*! Aunque teníamos que traerle las ganancias a él. Con ellas, el *Laucha* festejaba con sus queridas, con toda la droga y el alcohol que alcanzaba a comprar. Por supuesto, delante nuestro. Le gustaba especialmente que mis hermanas lo vieran copulando con sus invitadas; a los varones nos tiraba al patio, “a dormir con las gallinas”, nos decía, “para que no viéramos cosas de grandes”.

Extravió su mirada por unos segundos en la ventana, viendo reflejados en ella tal vez sus tenebrosos recuerdos. Luego de eso, continuó:

-Así pasó nuestra niñez y crecimos muertos de hambre, raquíticos, con frío y con odio; pero crecimos al fin de cuentas, sumidos hasta el cuello en el tonel de *mierda* que nuestro querido padre había preparado para nosotros. Un tonel gigante, hecho de la maldad más negra, sin misericordia, donde no se permitían días felices....Como el de aquella Navidad en que decidió llevarme a un nuevo robo que había estado planeando con unos amigotes suyos. Se trataba de una casona solariega en la comuna de Providencia. Me lanzaron adentro igual que siempre por la ventana de un baño, para que les abriera la puerta ¡Grande fue mi sorpresa cuando se me vino encima un *ropero de tres cuerpos* (hombre grande) desde la oscuridad y me tapó la boca con una mano para que no gritase! Era el guardián de la casa y llamó delante de mí a los carabineros. Cuando estos llegaron agarraron *chanchitos* (*infraganti*) a mi padre y a sus amigos en

el patio interior, esperándome. Demasiado tarde entendieron que la casona pertenecía a un diplomático, que tenía un ex luchador como cuidador y que los *pacos* (carabineros) pasaban a echarle un vistazo cada quince minutos- Una leve sonrisa pobló su rostro. Pero no tardó mucho en desdibujarla, para proseguir con su relato:-Metieron al *Laucha* entre rejas por un año a causa de eso y de otras *travesuras* que soltó a los *de verde* (carabineros) cuando lo apremiaron. Yo quedé en libertad; ¡al fin y al cabo era un menor de edad! Lo mejor, sin embargo, vino enseguida cuando descubrí con mis hermanos lo linda que podía ser la vida sin aquel tirano en casa. La humilde chocita de La Legua nos parecía un palacio sin la presencia de ese malparido. De día salíamos a la calle a *conseguir* dinero de la única manera que sabíamos hacer y volvíamos por la tarde cargados de golosinas y de comida. Nadie nos molestaba, excepto por aquella vez en que un vecino *avisado* (propasado), viendo que no habían adultos que nos acompañaran, quiso *pescarse* (violar) a mi hermana mayor, la Rosa y tuvimos que rescatarla. El muy ladino la había arrastrado ya hasta una cancha de futbol de la población y cuando se disponía a lo mejor, nos tiramos encima de él los cinco *peques* (niños) y entre pedradas y palos lo hicimos salir *cascando* de la monta que se había elegido. “¡Ya verán, chiquillos *culiados*!”, nos gritó desde un poste de alumbrado. Pero nosotros no le dimos la importancia que había que darle. Esa noche, el muy desgraciado se descolgó por la muralla del patio y se nos apareció a todos en la puerta del dormitorio con un garrote. Afortunadamente, doña Laura, la vecina de la casa del otro lado, al sentir la gritadera amenazó desde la calle con llamar a los *pacos* y así nos salvamos...

-¡Trabajo les costaba proteger a la Rosa!-intervine, demostrándole lo atento que estaba de su historia.

-Demasiado-siguió él-; ¡por lo buena moza y pícara que era también! Si había una docena de *ganchos* que la buscaban *pa* engatusarla. Pero nosotros la cuidábamos como *hueso santo* y cuando algún *patudo* la miraba más de la cuenta, luego la emprendíamos a pedradas con él. Pero eso eran problemas menores. Vivíamos en una *taza de leche*..., hasta que volvió el *Laucha*. En la cárcel, un compañero de celda le había partido en dos la mandíbula y tenía seis puntadas de *estoque* (cuchillo largo) en el estómago. Dentro del cerebro, sin embargo, traía la más fea de sus heridas y la más grande: era una *yaga* sangrante, ancha y honda como un pozo de excremento, mucho más visible que aquellas otras que exhibía por fuera. La rabia lo consumía igual que a un drogadicto su vicio. Llegó a medianoche pateando las puertas y golpeando las murallas. Se tragó de una sentada toda la comida que nos quedaba en la cocina y finalmente nos clavó su mirada de lobo furioso. Tenía “muchos planes”, nos dijo, “para cada uno de nosotros”; para que produjéramos más dinero. Y era cierto, había pensado en cada uno; a mi por ejemplo, me seguiría utilizando en sus *choreos*, también al *Pulguín* y para mis hermanas, tenía pensado algo muy diferente...-Su rostro se volvió algo siniestro, movido nuevamente por la cólera que le producía recordar todo aquello. Pero no interrumpió el relato:- La Rosa y La Estela sobrepasaban los catorce y los trece, pero María, la más pequeña, apenas contaba con ocho años de edad. A las dos mayores tenía planeado meterlas a la prostitución ese año, con una amiga *regenta* (dueña de prostíbulo) de calle Hurtado de Mendoza, donde las mocosas valían su peso en oro. El recibiría las ganancias, por supuesto. “La chica”, nos dijo, “se quedaría con él, para entretenerlo”. Un domingo por la tarde nos mandó a la calle, como tantas veces y se quedó sólo con mis dos hermanas mayores, “para que le cocinaran un guiso”, nos explicó...Al regresar por la noche nos encontramos con el *entuerto*: las había amarrado, el muy bellaco, a las dos a un catre y las había violado una después de la otra pasado

incluso su cochino intervalo de tiempo... ¡El chacal asqueroso!-Las manos se le habían crispado formando dos puños amenazantes y la voz empezó a sonar desquiciada:- Creo que esa noche estuve a punto de *echármelo*, pero eso él también lo tenía previsto. Había sacado de la cocina todos los cuchillos de la casa y hasta el hacha para la leña se la había llevado a su dormitorio consigo. Sin embargo, nada le dije. “¡Desátenlas!”, ordenó él en tono burlón y luego, como un chacal después de un festín, se fue a tender a su camastro haciendo oídos sordos a los sollozos de mis hermanas. Todos tuvimos un solo pensamiento esa noche: ¡matarlo!..., arrastrar, si era posible, su cabeza de hiena por alguna cloaca, pisotearlo, maldecirlo. Estábamos seguros de que si le abríamos el pecho, allí no encontraríamos un corazón humano. Por otra parte, hacía mucho tiempo que la vida se venía empeñando en madurarnos a la fuerza y creo que de pronto todos nos convertimos en veteranos... ¡Yo tenía apenas 12 años y el *Pulguín* uno menos! Pensamos en irnos, definitivamente, de esa casa; pero a la Rosa se le escapó en voz alta que planeaba ir a denunciarlo a carabineros. El se levantó de la cama como un resorte y arremetió de golpes contra ella. Yo abrí la puerta para que escucharan los vecinos y otra vez vino a salvarnos doña Laura ¡Si no es por ella, la mata!; se la quitó de las manos como quien le quita un hueso a un perro rabioso. Luego yo la tuve que llevar hasta la *posta*, donde el carabinero de turno nos preguntó que había pasado y no nos atrevimos a hablar. El resto de mis hermanos aguardaban afuera y cuando salimos nos dijeron que no volverían a la casa, que “¡era mejor arrumbarse en el umbral de una iglesia, antes que regresar a verle la cara a ese degenerado!”. Estuvimos lloriqueando una hora frente al Barros Luco y finalmente decidimos separarnos, para que el *Laucha* no nos pillara a todos juntos si decidía salir a buscarnos. No me imaginaba que podían hacer la Rosa y la Estela, pero tampoco podía ayudarlas; pensaba que alguien iba socorrerlas, por tratarse de dos niñas cercanas a la adolescencia... ¡Incauto yo! Como sea, me fui con

mis tres hermanos menores a dormir bajo los puentes del Mapocho; ahí llegaban después de todo, la mitad de los mocosos desamparados del gran Santiago. Siempre había algún rinconcito para acurrucarse y no faltó el nuestro...Pero el *Laucha* estaba *acuellado* (rabioso); sus *yutas* (compañeros de delito) lo habían dejado sólo, por flojo y por mañoso. Hasta las *queridas* le hacían el quite y se reían de él cuando las invitaba sin tener un peso para los vicios y es que el único sustento se lo dábamos nosotros. El no sabía otra cosa que arrebatar las monedas que ganábamos. Así que empezó a pasar hambre. Lo supimos pasado dos meses, cuando se nos ocurrió la mala idea de ir a buscar las *pilchas* que nos quedaban en la casa, creyendo que no estaba allí. Pero nos aguardaba detrás de la entrada. “¡Así los quería pillar!”, nos gritó, cerrando la puerta con pestillo y enseguida se lanzó encima nuestro como un loco, con una cadena en las manos. El primero en la fila era yo, el machito más grande y... ¡grande fue su sorpresa también cuando me vio ponerme en guardia para enfrentarlo!

Había comenzado inconcientemente a manotear en su asiento, simulando de alguna manera la postura de un boxeador. Yo lo miraba expectante, sin ánimo alguno de querer interrumpirlo. Así es que seguí escuchándolo atentamente:

-¡Imágínese los ojos que abrió la bestia cuando me vio *encacharme* frente a él, como un cachorro rebelde! El *Pulguín* me pasó desde atrás un tenedor que encontró cerca y yo lo esgrimí como una espada, sin estar seguro de lo que haría con el. Nunca antes alguno de nosotros había osado levantar una mano en su contra ¡Habíamos aguantado el peso del tirano sin sacudirnos! ¡Ahora se las vería conmigo! Se abalanzó sobre mí como una locomotora, con la cadena en alto y si no lo esquivo a tiempo no le estoy contando esta maldita historia. El metal pasó a un centímetro de una de mis orejas, pero yo supe

plantarle en el camino una buena zancadilla y él cayó rodando varios metros, hasta estrellarse con la cocina. Lo vi levantarse sediento de sangre, con la mirada desorbitada. Mis hermanos, abriendo la puerta, se apiñaron allí con los vecinos que habían llegado a ver la escena, pero esta vez nadie, ni siquiera la señora Laura, se atrevió a intervenir. Yo por mi parte, estaba dispuesto a rebanarle las tripas con el tenedor y las intenciones del *Laucha* saltaban a la vista. “Al lobo chico le han crecido los colmillos”, le escuché comentar a nuestra vecina, “¡no se podía esperar otra cosa!”. Enseguida vieron todos como se lanzó nuevamente encima de mí chasqueando la cadena para no fallar el golpe y una vez más logré esquivarlo. Lo malo fue que esta vez caímos juntos y no pude evitar que me arrebatará el tenedor de las manos. Yo había quedado tendido debajo de él y vi claramente como levantaba el metal y lo hundía sin piedad sobre mi cara, ¡rajándomela de lado a lado! La sangre, escapando a borbotones, me inundó la vista, pero no dejaba de gritarle: “¡perro!”, “¡asesino!”...-Noté que ahogaba un sollozo, como si aquella parte de la historia le robara el aliento. No obstante, se sobrepuso:-Después de eso me soltó y mis hermanos acudieron a mi lado para levantarme. “¡Hay que llevarlo a la *posta* de inmediato!”, decía doña Laura, intentando ayudar pese a todo, aunque sin atreverse esta vez a adelantar un paso mas allá de la puerta. “¡Saquen de aquí a ese hijo de *puta*!”, chillaba el *Laucha*, sin la mas leve muestra de compasión; “¡que se vaya a morir a otro chiquero!”. Nadie hizo un comentario; todos los vecinos sabían que tenía fama de puerco desde antes de su nacimiento y lo que me había hecho no era novedad para nadie. No es que todos allí fueran unos santos; ahí estaban el *Lima negra*, el *Care combo*, el *Quemao*...; todos sabían lo que era deslizar un *filo* (cuchillo) por la piel de un rostro humano. Pocos sin embargo, eran capaces de hacerlo con un hijo a sangre fría, como acababan de

presenciar ¡Y ya sabían lo que aquel bellaco le había hecho a dos de mis hermanas! Aún dentro del mismísimo infierno hay ciertos límites que nadie cruza, ni siquiera Satanás...

Parecía haber llegado a su fin, como la jarra de vino que termina de vaciarse. Su mirada seguía clavada en la ventana del tren y no nos habíamos percatado que un temporal de lluvia caía sobre los vagones mientras avanzábamos. Incluso los relámpagos que iluminaban el cielo habían pasado inadvertidos, tal vez porque otro temporal mucho más voraz habitaba en el relato terrible de aquel muchacho. Extraño personaje. Parecía a veces que hablaba desde el mismísimo infierno y otras desde la ternura inefable de un corazón sufrido. Definitivamente, no tenía nada en común con el resto de los delincuentes que había conocido. Había algo en su léxico que lo delataba casi como un prosista innato, como una especie de poeta del horror; alguien que sin ser culto, atraía hasta su lengua palabras imperecederas para reflejar en ellas el drama de su vida. Nunca antes había conocido a un *lanza* y a un *monrrero* eximio como era él, con semejantes cualidades. No obstante, su camino venía marcado con un sello fatídico y poco y nada podía hacerse, aparentemente, en ese tramo de su vida. No porque uno no quisiera ayudarlo, sino porque él no lo hubiera permitido. Sólo había pretendido esa noche casi casualmente, llevado por un encuentro inesperado, contar su horrible historia y yo le había escuchado respetuosamente, ceremoniosamente. Él parecía agradecerlo, aunque la emoción finalmente amenazaba quebrar su cáscara de acero templado y no podía ahora contener las lágrimas que comenzaban a caer desde sus ojos, como le ocurriría a un niño obligado a llorar en un rincón...El lloraba desde el rincón más profundo de su alma. Puse conmovido una mano sobre su hombro derecho y con afán de consolarle, le dije:

-Ya, chico, cálmate. Un recuerdo no te puede seguir haciendo tanto mal.

-Eso es lo que usted cree-me rebatió de inmediato, como si mi tonta frase hubiera presionado una tecla invisible dentro de él, añadiendo:-Recordar, para algunos seres humanos puede ser el peor de los castigos. Para mi es como sentir un cuchillo metiéndose todos los días en mi cerebro, ¿entiende?

Lo quedé mirando con cierto asombro mientras se ponía de pie y su vista, de nuevo, comenzaba a recorrerme de cuerpo entero desafiante. Mecánicamente extendió una de sus manos para sujetarse y no perder el equilibrio con el movimiento del tren. Sus ojos desencajados revelaban que iba a decirme algo de suma importancia, un secreto que sólo el dolor, la rabia y la ocasión inverosímil en que nos hallábamos, lograría arrancar desde el cofre sellado del territorio más oculto de su vida.

-¡Cómo podría entender usted!-exclamó, escupiéndome ahora las palabras-¡Usted sólo es un detective! El dedo que pulsa el gatillo de su arma no lo quema por dentro cuando ha matado a alguien...-Intentó contenerse, pero la ira que lo embargaba era más fuerte:-En cambio, lo que uno hace siempre está mal; uno roba porque es un ladrón, ¡nunca un muerto de hambre o un bruto ignorante! Si uno mata es simplemente un perro asesino, ¡no importa porque se haya hecho!

-¡La ley es la ley!-grité, obstinadamente.

-¿La ley?-preguntó él-¡La ley de unos y para unos! La ley no es ciega, como dicen; mira, escucha y huele, antes de caer como guillotina sobre el cuello de los más débiles.

¡Pero usted no comprende nada! Es un policía más al que le han estampado una placa en la frente. Su cintura se siente liviana sin un par de *esposas* y un revólver....

Era su manera de advertirme que sabía perfectamente de mi situación en aquel momento y que podía decirme lo que se le diera en gana. Un mechón de sus cabellos le caía irregularmente sobre la cara, sobresaliendo del gorro, sin lograr esconder la larga cicatriz que le caracterizaba y cuyo origen hasta esa noche yo desconocía. Por alguna razón antes no me había llamado tanto la atención como ahora. Notó que lo observaba.

-Mírela bien-me dijo, mostrándome el pómulo por el cual bajaba la herida-; ya sabe como ocurrió. No fue en la calle ni en la cárcel; no me la hizo una *yuta* enojada, ni fue por accidente ¡La marcó allí el peor de los gusanos!- La marcha del tren había disminuido y nos acercábamos a Curicó. Las luces de la estación y de la ciudad parecían aproximarse hacia nosotros al galope. De improviso el pito de la máquina recorrió los vagones como un lobo aullando desde un bosque-Pues bien, señor detective-reinició la conversación el *Chinchorro*, dejando en evidencia que iba a confesarme algo:-¡Sepa usted que yo maté a ese perro sucio! Y sentí mucho placer al hacerlo ¡Yo le hendí su hocico de bestia con mis propias manos en el gas, mientras me arrancaba con sus uñas un pedazo de piel! ¡Yo le sujeté la cabeza hasta el último respiro y lo vi asfixiarse como a una trucha fuera del agua! Pude haberme ahogado con él, pero las ganas de verlo revolver su nariz en el horno de esa cocina, me dieron la fuerza y el aguante que necesitaba ¡Disfruté cada uno de esos segundos!, hasta que su cuerpo de chacal dejó de moverse. No suplicó ni pidió perdones y no me importó. Cuando sus pulmones dejaron de funcionar, sentí una profunda alegría. La misma que siento ahora, al ver su cara de

tira enjaulado..., sin poder hacer nada al respecto ¡Pero aquí tiene a su asesino! ¿No me buscaba, acaso?

Dejé inmediatamente de sentir lástima por él. Alguna razón había tenido aquella vecina, doña Laura, con su comentario. “Al lobo chico le habían crecido los colmillos”, realmente.

El tren se acababa de detener en la estación y era un hecho que Boris Malebrán no se quedaría en el vagón; no después de aquella confesión. “Se había ido de lengua”, sin pedírselo yo y sin tener plena conciencia de ello, a lo mejor. Ahora me miraba consternado, olfateando su grave error. No lo podía aprehender en ese instante, pero bien sabía que se había echado encima la sentencia de una persecución policial inevitable por un cargo criminal que él mismo acababa de reconocer delante de un representante de la ley. Clavó sus ojos una vez mas en mi pierna enyesada.

-Estamos en desventaja-me dijo, con marcada ironía-, pero en otra ocasión, quizás, no lo estaremos...

Miré a mí alrededor. El vagón se encontraba ahora casi completamente vacío; nadie subió en la estación de Curicó, tampoco. Podía desgañitarme gritando y no vendrían en mi ayuda. El muchacho comenzó a retroceder, lentamente, sin borrar de su rostro la ironía enorme que le producía ver mi situación. “Un policía lisiado”, debió pensar, “era como un cuento al revés”. Bajó del vagón ágilmente y desde abajo, vino a espiarme por última vez a través de la ventana, mientras el tren recobraba pausadamente su marcha. El *Chinchorro* había recuperado integralmente la calma que le caracterizaba.

-Hasta pronto, señor-pude leer en sus labios que decía, con el gesto de un caballero. Sin embargo para mí, de cualquier manera, era el autor confeso de un asesinato que se escapaba de las manos. A ningún policía le gusta esa sensación y yo no era la excepción.

Entendía cabalmente las razones que habían suscitado aquel terrible parricidio y que la víctima era, verdaderamente, una lacra social de la peor especie, pero la ley no permitía interpretaciones; no para un detective. Habíamos jurado hacerla cumplir y punto y yo, personalmente, creía necesario ese tipo de dogma en una institución destinada a combatir radicalmente la transgresión de un delito. Sabía, por eso mismo, que este no sería el último encuentro con el *Chinchorro* y que la próxima vez no tendría excusas para abalanzarme sobre él.

CAPITULO VIII

El descanso en casa de mi amigo me hizo muy bien. Antes de cumplido un mes, me sentí completamente repuesto. La pierna recuperó su vigor natural con una prontitud alarmante y apenas me deshice del yeso que la cubría comencé a tranquear igual que un potrillo, como esos que me habían acompañado en el campo de mi anfitrión que se esforzó cuanto pudo en otorgarme todo tipo de comodidades y, por supuesto, una clase de alimento que no volvería a encontrar en Santiago. De regreso a esta ciudad, el médico fue el más asombrado. Sin necesidad de ponerlo sobre aviso, sentenció:

-Usted anduvo de paseo por el sur. Nada mejor que la leche al pie de la vaca, ¿verdad?

-Verdad-repetí, viendo como clausuraba las últimas curaciones en mi pierna.

-No hará falta citarlo de nuevo-me dijo, seguro de si mismo-; ¡feliz regreso al trabajo!

Nadie, sin embargo, pareció alegrarse con mi retorno a la unidad policial o no había tiempo para eso. Un ajeteo de los mil demonios se pintaba en el rostro de todos; estaban imbuidos en una diligencia de mucha importancia, me advirtieron pasajeramente y se notaba en el ir y venir de los pasillos.

-¡Ya estaba bueno de flojeras!-exclamó el comisario al toparse conmigo, a manera de saludo, agregando:-¡Bienvenido y a ponerse las pilas!

Enseguida me ordenó integrarme al equipo B, que al parecer era el más atareado en ese instante. De cualquier modo, allí estaba mi buen amigo Montes que, de cualquier modo, tampoco se molestó en saludarme. No parecía de muy buen ánimo esa mañana y todo lo que hizo fue largarme una pregunta estúpida:

-¿De vuelta ya?

“¡Y qué esperabas, grandullón imbécil!”, me hubiera gustado gritarle, pero me contuve, mientras me pegaba a sus espaldas en una de sus carreras por uno de los pasillos. Portaba en una de las manos su ridículo cuadernillo de notas y en la otra un cigarrillo de marca barata que solía pitear cada vez que se sumergía en una pesquisa de magnitud.

-El comisario me ordenó que me integrara a su equipo-le hice saber, con voz chillona. El, sin detenerse, repuso:

-Prepárate entonces a no pegar pestañas en una semana ¡Sígueme!

Se detuvo frente a la entrada de una de las salas de interrogatorios que quedaba a la derecha. Abrió la puerta sin molestarse en golpear y pasamos. Dos colegas en mangas de camisa voltearon el rostro para vernos. Al centro, en una silla destartada, se aposentaba el trasero de un malandrín de poca monta apodado el *Pato Lucas* que, algo sudoroso, contempló a Montes como quien ve llegar a un elefante. Su temor aumentó visiblemente cuando escuchó su vozarrón preguntando:

-Bueno...,¿y?- Estaba claro que el delincuente no se encontraba allí, precisamente, por propia voluntad. Saltaba a la vista que se trataba de algo embarazoso-¿Y?-repitió el inspector, con su voz de trueno-¿Conversamos o no?

-¡Ya le dije, jefe!-chilló el *Pato Lucas*, temblando como un pajarillo-¡Yo no se nada!

-¿Nada?, cuando el *pescao* ya se te sale por la boca ¿*Vomitái* o no?

-Pero, jefecito...

-¡No *sigai* con esa! Suelta la *papita* y asunto terminado...La paciencia se me está acabando.

Hasta ahí parecía un diálogo normal entre un sabueso avezado y un hampón en aprietos. Lo raro sin embargo, estaba en la porfía del interrogado. El *Pato Lucas* era esa clase de antisocial que se largaba como la *piorrilla* (hedor). Era capaz de entregar a su propia madre y a veces hasta venía solito cuando quería desembarazarse de un *flaite*, a

contarnos lo que necesitábamos saber. Le gustaba “andar bien con los *polis*” y repartía frecuentemente una y otra información entre nosotros y los carabineros, con la mejor de sus risitas al estilo Judas...Pero ahora, obstinadamente, ocultaba algo y no le hacía gracia que estuviésemos preguntando. Había ocurrido un asunto grave en mi ausencia y al parecer, yo era el único *colgado* (desinformado).

-Lo siento, jefe-chilló lastimosamente el antisocial-, pero esta vez *no hay línea* (comunicación). Yo quisiera, pero no hay, jefe.

-¡Que no hay!-gruñó Montes como un ogro, en una pose más amenazadora-Matan a un colega a la vuelta de una esquina y me *decís* que *no hay línea*. O sea que *hablái* cuando se te da la gana, no cuando necesitamos que nos *contí* lo que *tení* que saber por fuerza ¡Me *hací* la *línea* ahora mismo o te cobro los dos *choreos* que te mandaste la semana *pasá* en Lo Valledor!

Eran dos robos de poca monta, como el mismísimo interrogado, pero para él significaba reabrir ante el juez un viejo prontuario que lo podía enredar algunos meses en la *peni* (penitenciaría).

Yo sin embargo, había desviado mi atención hacia otro punto. La noticia me acababa de golpear el rostro sin anestesia de ninguna clase. La verdad, no me informaba de las noticias desde hacía días y a nadie se le había ocurrido ponerme al tanto, al llegar a la unidad policial, sobre lo del colega muerto ¿Cómo había ocurrido?

Tres días atrás un detective de apellido Escobar, al pasar por una callejuela de la población La Palmilla, había sido ultimado por un desconocido. Las fuentes *informales* decían que se trataba de un delincuente conocido y que el asesinato se había producido cuando el policía intentó capturarlo. En el instante en que ya lo alcanzaba después de una loca carrera, el hampón extrajo de su cinto un Colt calibre treinta y ocho y le descerrajó tres tiros y un cuarto sobre la frente, para rematarlo sobre el pavimento, ocasionando en cortos segundos el deceso del oficial.

El suceso y las exequias del malogrado sabueso no habían pasado inadvertidos por la gente, ¡excepto por un estúpido como yo! Ahora todas las unidades policiales del gran Santiago estaban abocadas a identificar y ubicar al homicida, en abierta competencia con los de la *roja*, a los que les correspondía oficialmente hacerse cargo de la investigación. Ellos contaban con los antecedentes extraídos del sitio de suceso, pero los demás policías, sobre todo los más fogueados como Montes, tenían bajo su manga a los *dateros* de su confianza y es que en definitiva, esos eran los ojos y oídos que se revolcaban en medio del *chiquero* y los que podían ayudar con una vuelta de mano a resolver el misterio. Nosotros teníamos a este bocón tembloroso que sentaba su trasero en la silla de interrogatorios; su *especialidad* eran los *soplos* que emanaban de la población en que se había producido el homicidio ¡Pero esta vez los palmillanos, incluyendo a sus malandrines de medio pelo, parecían comidos por el bichito del silencio! Algo extremadamente cruel había en eso; era la sentencia post-mortem que caracterizaba, como muda venganza, al hampa capitalino: ¡El asesino de un *rati* no se canjeaba! Eran de alguna manera, en el mundo de los *choros*, una especie de “antihéroes idolatrados”. Para nosotros, desde el punto de vista de ellos, la pérdida de un hombre sólo debían ser “gajes del oficio”; como lo era dentro del hampa la muerte de un *flaite*

en un enfrentamiento con los representantes de la ley. “¡En la *legal!*”, decían ellos, poniéndole punto final. Se trataba de algo que pasaba y había que dar vuelta la página... ¡y ya!

Nosotros no obstante, veíamos las cosas de manera muy distinta ¡Nada exaltaba más el corazón de un detective que saber del deceso alevoso de un compañero de armas! Y nada parecía unirnos más en torno a un objetivo común que el deseo inmodificable de dar a la brevedad con el autor de tamaña canallada. No porque si nada mas cuando esas cosas pasaban, los delincuentes se escondían como ratones en sus alcantarillas, evitando salir a la calle y hasta la ocurrencia de fechorías disminuía en la jurisdicción donde se había perpetrado el asesinato. Cada *araña* se quedaba pegada en su rincón, “esperando que la marea bajase” y que los detectives ahogaran su minuto de rabia. Pero esto tampoco era fácil; el crimen de un colega se quedaba en la retina de los sabuesos durante días, meses, años a veces, agudizando los oídos frente a cualquier antecedente capaz de llevar al homicida y los delincuentes no ignoraban todo eso.

Esta vez incluso, por medios internos el director de la institución había ofrecido un succulento premio, “en contante”, para el *informante* que abriera la senda ¡Pero todo parecía inútil! Nadie quería revolver la lengua en torno a ese secreto guardado bajo siete sellos en el fondo del pantano. Montes, de cualquier modo, no se conformaba; sabía que el *Pato Lucas* escondía en sus entrañas aquel antecedente trascendental y que podía *darlo vuelta*, como tantas veces antes, para que se *deschavetara* (confesara).

-No seas tonto, muchacho-tronó, hablándole al oído-; si te mando *adentro* (cárcel) ahora...-Saltaba a la vista que su paciencia acaba de colmarse y que se disponía a lanzar

la más sucia de las jugadas. “¡Pero valía la pena!”, debió haber pensado-, no sales vivo- continuó-, porque le haré llegar un secretillo antes al *Penacho* y al *Negro Lalo*...

Se refería a dos *cogoteros* peso pesado que pagaban condena dentro de la *peni*, gracias a las informaciones del *Pato Lucas*. Había pasado drásticamente la demarcación de una frontera insalvable. Los tres detectives que estábamos ahí y el propio interrogado lo sabíamos muy bien. Pero también sabíamos que se trataba de una circunstancia fuera de lo común. Montes, verdaderamente, faltaría a la única palabra que un policía no podía transgredir con un informante: ¡delatarlo como un soplón! Era una regla de oro entre detectives e *informantes*, desde los tiempos más ancestrales en los juegos de policía y ladrón. Pesaba tanto como la mismísima ley. Pero el grandullón no estaba dispuesto a dar pie atrás y el *Pato Lucas* comprendió que no alardeaba. Adentro de la cárcel los dos asaltantes lo *cocinarían* (asesinarían) a estocadas antes de dos días.

-Nunca pensé que me amenazaría con algo así, jefe. Usted entiende que eso está mal. Si lo saben los de mi lado-otros *informantes* como él, quería decir-, no le llegará en lo que resta de su carrera un sólo *soplo* (delación) más...

-Nadie lo sabrá-dijo el inspector, de un modo casi siniestro ahora-, porque haré llegar el *recado* a esos dos, cuando todavía no hayas pisado tu primera *carreta* (celda común) y te cortarán el cuello antes de que recibas tu primera visita...

¡Era un hecho! Sonaba, definitivamente, como la amenaza de un delincuente a otro delincuente y olía a podredumbre humana. Pero estaba claro que nada de lo que dijéramos iba a cambiar el camino elegido por Montes. Quise, por un instante, dar

media vuelta y salir de aquella sala para no ser parte de aquello; no obstante, otra parte de mí ansiaba no perderse el final de esa historia. Noté un raro corcoveo en la espalda del interrogado, como si tratara de contener una *tocesita*. Iba a *vomit*ar (hablar) y lo sabía.

-¡Está bien!-exclamó, clavando los ojos en el piso mientras hablaba, avergonzado quizás de su debilidad-, se lo diré a mi manera y deberá respetar por lo menos eso...

-¡Que sea a tu manera, entonces!-chilló Montes, añadiendo *sin arrugarse*:-¡Tienes mi palabra!

El *Pato Lucas* esbozó un gesto de visible desagrado y enseguida se largó:

-Tiene cinco hermanos-Se refería al homicida de Escobar-, una *puta* como madre y un padre muerto dentro del horno de una cocina..., en La Legua.

-¡El *Chinchorro*!-gritamos todos, casi al unísono. No podía haber sido más claro.

-¡No he dicho nada!-rebatí el *Pato Lucas*, intentando a toda costa lavarse las manos. Pero ya no importaba como hubiera sido; ni siquiera el método increíble utilizado por Montes. La noticia nos tenía boquiabiertos a todos..., menos a mí.

Uno de mis colegas asió al delincuente para sacarlo de la sala, tras una seña del inspector. Iba de vuelta a la calle libre nuevamente, pero llevaba esta vez una mochila invisible en su espalda; no se molestó en volverse hacia el policía que le había

arrancado de su boca aquel secreto intransable. Lo detestaba ahora con toda su alma y haría lo posible, a partir de aquel momento, por desacreditarlo lo más que podía entre los *informantes* del hampa....; eso, hasta que uno de sus secuaces lo hubiera reconvenido: ¡El *Penacho* y el *Negro Lalo* cumplían condena en la cárcel de Valparaíso y no en la *peni* de Santiago! ¡Tan sólo se había tratado de una artimaña más del astuto sabueso! ¡Si hasta a nosotros nos había engañado!

Lo que teníamos en las manos, ahora, no obstante parecía ser mucho más importante. Sólo que, subsistía en los ojos de mis colegas cierto grado de incredulidad.

-¡No puede ser!-gruñó Montes, pateando la silla donde había estado el interrogado.

-¿Por qué?-le preguntó uno de mis colegas que, igual que yo, no llevaba demasiado tiempo en la profesión.

-Porque el *Chinchorro* es un *liviano* (delincuente menor)-comentó el inspector, paseándose de manos en la espalda por la sala-¡Ni siquiera anda armado! No mataría ni una mosca...

-Eso creíamos-lo interrumpí, sintiendo que una papa caliente me quemaba la boca.

-¿A qué te refieres, muchacho?-me interrogó el gigantón, como si recién se percatara de mi presencia.

Le contesté, seguro del impacto que iba ocasionar con mis palabras:

-A que no es la primera vez que asesina a alguien.

-¿Qué dices?

-¡Que ha matado a otra persona, antes! ¡Ni más ni menos que a su propio padre!

-¡Qué demonios! ¿Cómo puedes saber eso tú?

-Pues...-comencé a responder, haciendo uso de un tono autosuficiente que no me conocía-, porque él mismo me lo confesó. Es una larga historia...

Los ojos de sapo del inspector estaban a punto de saltarle de sus órbitas. Se veía que no le faltaban ganas de agarrarme de las solapas y ponerme cabeza abajo, para hacerme escupir en el más breve tiempo todo lo que sabía.

-¡Lara!-gritó finalmente, con voz de trueno, asomando media mandíbula hacia el pasillo-¡Ven a escuchar a este muchacho loco! ¡Rápido!

Siguió un galope inusual, no sólo de Lara, sino de muchos detectives que se hallaban en los alrededores, hasta que atestaron la sala. Entre todos, se abrió paso un minuto después el comisario y sin quererlo me fueron empujando hasta la silla donde había estado el *Pato Lucas*. Experimenté por un momento la sensación de un individuo interrogado. Casi era una situación graciosa y no estaba nada mal para ser mi primer día de trabajo. Estuve hablando y respondiendo preguntas durante varias horas. El

almuerzo, como tantas otras veces pasó de largo. A las cinco de la tarde todos los jefes de las distintas unidades del área metropolitana se habían puesto de acuerdo y hasta el último de los detectives tenía en su cabeza algún grado de instrucción para ubicar y detener a Boris Malebrán.

Para aquellos que lo conocíamos de cerca, sin embargo, la cosa parecía un asunto más fácil, aunque no ignorábamos que desde su última desaparición había pasado casi un año antes de volverlo a ver y el que se lo había encontrado en su camino era yo. Pero entendíamos esta vez que no podíamos descuidarnos con los pasos fronterizos y que debíamos extender los encargos policiales a las ciudades del sur y del norte del país. Tuve, además, que ir a informar a los de Homicidios, aunque les costó creer lo de la autoría del muchacho en el parricidio de La Legua. Lo hicieron, finalmente, no sin antes desmenuzarme como a un pollo con sus incómodas preguntas. Entendí que era el estilo de ellos; tenían, al fin de cuentas, toda una tradición de investigadores minuciosos desde los días del famoso comisario René Vergara y de otros próceres que habían convertido a ese cuerpo de pesquisas en la joya más preciada de la policía civil chilena.

Repasaron delante de mí el sitio de suceso de La Legua, valiéndose de planos y fotografías que acumulaban en una abultada carpeta como en cada uno de los casos que investigaban, integrándome sin recelo en el “análisis de comprobación”, para ver si la confesión del *Chinchorro* calzaba con un “homicidio realizable”. A decir verdad, yo mismo tenía algunas dudas al respecto; por ejemplo, como no se había asfixiado el victimario con la víctima, al momento de aprisionar la cabeza de esta última dentro del horno. Ellos me explicaron con “dibujos de proyección” muy detallados como los hombros y el tórax del *Laucha* habían hecho las veces de tapón, para impedir que el gas

se escapara hacia fuera del horno de cocina, librando al asesino de una aspiración excesiva del venenoso compuesto.

-Cinco minutos debieron bastarle-comentó uno de ellos, refiriéndose al *Chinchorro*-
¿Tenía la fuerza suficiente para eso?

-La tenía-aseveré de inmediato, sin ningún asomo de duda. Aunque no era muy alto ni fornido Boris Malebrán parecía estar hecho de pura fibra y el *Laucha*, a su vez, ya se encontraba francamente en período de decadencia física.

Mientras conversaba con aquellos colegas sentí que desde su tumba el colega Escobar clamaba todavía más por nuestro celo policial y no lo desoíamos. Los días de libertad de su asesino, podíamos anticiparlo, estaban contados...

CAPITULO IX

Las noches detectivescas dentro del gran Santiago, equivalían a corredores inabarcables para nuestras patrulleras. Demasiadas calles, demasiados recovecos sospechosos, para un personal siempre escaso. Los turnos se habían doblado y los allanamientos en las poblaciones más conflictivas seguían en aumento. A diferencia de las calmadas noches de invierno, con la llegada de la primavera la comunicación radial en los vehículos no dejaba de sonar, enviándonos a uno y otro lado como si tuviéramos siete manos. Cualquier delincuente sospechoso, peligroso o conocido, era motivo de una concurrencia inmediata. Un jefe preocupado de nuestra seguridad había ordenado subir obligadamente a los automóviles una metralleta y una cantidad atendible de municiones para salir bien parados en cualquier enfrentamiento. Personalmente, yo detestaba aquellas armas de grueso calibre; las creía propias, más bien, de los militares que regentaban el país por aquellos años o de carabineros, institución amiga de armar operativos gigantescos en toda clase de situaciones. A mi me gustaba el viejo estilo; ese que había caracterizado a los detectives desde su creación: “¡Pocos, pero buenos!”, como decían los viejos sabuesos, sintiendo tontamente a lo mejor que el orgullo nos invadía.

En lo que decía relación con la captura del *Chinchorro* la mayoría de nosotros, de cualquier modo, estábamos seguros de que no afloraría de un allanamiento casual. Era un delincuente demasiado vivaz para dejarse acorralar como un botarate. No obstante, tampoco era la clase de hampón que pudiera refugiarse fuera del círculo protector del submundo al que pertenecía y ese bajo mundo tenía características que cada uno de los detectives habíamos aprendido a conocer de cerca ¡Era donde teníamos que meter nuestras narices! Revolcarnos en su barro sin despertar sospechas, como hacíamos cientos de veces y estar atentos al *salto de la liebre*.

Después de todo, por mucho que cambiara el país, las costumbres ancestrales del submundo del hampa en Chile por los menos no cambiaban y no lo harían, probablemente, en cien años. De alguna manera eran también las viejas costumbres del *roto* chileno -sobrenombre que se había originado paradójicamente en Lima, aludiendo a los escasos capitanes que habían sobrevivido a Diego de Almagro y que asesinarían finalmente a Francisco Pizarro, por la extremada miseria en que habían quedado, cargados de harapos y hambrientos: “los rotos que venían de Chile”-; ese que debía su *prestigio*, entre otras cosas, a su afición incondicional por la parranda, al derroche de lo poco que tenía y a su apego inalterable por el alcohol, costumbre que sus antepasados indígenas le habían sabido transmitir a partir de sus borracheras de ocho días-quien lo dudara podía recurrir a la lectura del “Cautiverio feliz”- y también, desde una perspectiva más positiva, por su incapacidad de romper lazos con sus seres queridos. El delincuente chileno volvía una y otra vez al seno del hogar, como la abeja al panal y al hacerlo a veces lo aventuraba todo, incluso su amor irrestricto por la libertad; el mismo que le hacía enfrentarse como un guerrero moderno con los que tenían el encargo de detenerlo. Sin embargo, esto podía ser mucho más esporádico que su apego infaltable a

querer lucir entre los amigos, cada fin de semana, el dinero mal habido y a echárselo todo si era posible, por el gaznate o en el pago de queridas ocasionales que sabían arrancarle hasta la última moneda con las argucias de una Mesalina.

Era *de hombres*, además, acuchillarse con cualquiera por una *puta sin nombre* y mucho más si se trataba de alguien conocida y en eso los hampones no eran muy distintos de los mineros que bajaban de sus escondrijos una vez al año, en el norte, dispuestos a tirarlo todo en el bolsillo roto de un prostíbulo de mala muerte. Cada una de estas mañan equivalía a un lugar de encuentro, donde los buenos policías -¡nunca los cobardes!- debían “dejarse caer” lo más anónimamente posible y de la manera más sorpresiva. A todos se nos “avivaba la cueca”, para que aprendiéramos “de chiquititos” (policías noveles) a ejercitarnos en este tipo de incursiones “solitos” o acompañado de un colega a todo reventar. Nada que fuese capaz de “espantar los gorriones”; esa era la idea y la llevábamos a cabo recurridamente, escogiendo cada uno el lugar más propicio...Yo, en el corto tiempo que llevaba en la profesión, ya creía haber recorrido una buena parte de ellos. Esta vez, sin embargo, buscaba un lupanar especial; uno que recibía prostitutas “viejas” y que arrastraba hasta sus cuartuchos a lo más alicaído del ambiente nocturno. Sabía que ahí podía encontrar a la única trabajadora sexual de todo Santiago, con la que deseaba en ese momento conversar.

Me adentré un viernes a medianoche mal vestido y con el revólver en una *tobillera*, para no ser detectado como policía y me metí en los boliches de la añosa calle Maipú, donde todavía a mediados de los setenta se amontonaban las “casas de juerga” preferidas por los capitalinos. Algunos de aquellos antros databan de hacía un siglo y otros, incluso, en su época de esplendor habían reunido más de una vez a lo más

granado de la aristocracia bohemia de la ciudad fundada por Pedro de Valdivia. Pasado el golpe militar de 1973, sin embargo, habían sufrido el único embate del cual no era posible reponerse: los horarios de “toque de queda” y las barridas de los soldados. Cuando eso pasó, después de algunos meses los prostíbulos que habían logrado subsistir con los clientes diurnos, habían adquirido una nueva modalidad: el que llegaba antes de medianoche, no salía de allí hasta la madrugada siguiente. Eso obligaba a las mujeres de la casa a atender a sus huéspedes durante toda la noche, con más de beber y precios más bajos. Para ellas equivalía, sin lugar a dudas, a un sacrificio dictaminado por el quinto infierno, porque muy pocos de sus invitados o ninguno tenía modales de caballero y solían antes de llegada la mañana aburrirse de sus anfitrionas. Entonces arremetían contra ellas a puñetazo limpio y no era extraño que en una noche aquellas pobres mujeres perdieran uno o dos de sus dientes, lo que las hacía verse todavía más feas.

Entre los lupanares más decadentes estaba el de un legendario sodomita apodado el *Carlöncho*. Como muchos de los de su género, cuando se trataba de explotar a sus rivales femeninas era un verdadero chacal y su especialidad parecía ser el ver sufrir lo más posible a las prostitutas viejas. Sabía además que únicamente podía llegar a su tugurio de mala muerte, lo más vomitado de la sociedad y aquellos otros de apariencia normal, como yo, que seguramente escondían en su cerebro podrido alguna tara psicopática deseosa de verse satisfecha. La regla de oro para el marica, era encontrarle siempre la razón al cliente, sin importar lo que hiciera y si alguna de las pobres mujeres resultaba herida, producto de su *trabajo*, solía tirarlas a la calle para que algún alma piadosa llamara una ambulancia. Más de una amanecía de vez en cuando boca al cielo, yerta en los empedrados que, en época más gloriosa habían visto pasearse por aquella calle a los mismísimos próceres de la independencia.

Reconocí de inmediato en el miserable salón de recepción, entre otras *flores* del local, la que yo buscaba: ¡La *Juaninga*!, la madre del *Chinchorro*. Algo cabizbaja me envió una sonrisa destentada desde su deteriorado rostro y yo le respondí presto, simulando ser un cliente.

-¿Cuánto cobra?-le pregunté, siguiendo con la farsa, contento porque todavía no me reconocía. Pero no fue ella la que me respondió, sino el propio *Carltoncho* que espiaba desde un taburete en sombras como una foca al sol, vestido con una larga bata rosada con borlas color oro. Hablaba con un sonsonete ridículo:

-Lo que quieras, chico. Aquí tenemos para todos los precios y nadie se va descontento. Eso sí, por adelantado-añadió, alargando femeninamente una mano regordeta, mientras con la otra me señalaba el número de billetes que debía traspasarle.

Era verdaderamente una cantidad muy baja. El desengaño no obstante, lo seguía a uno de inmediato como un silbido de serpiente, mientras la anfitriona comenzaba a guiarme hacia una de las habitaciones interiores:

-Cuatro billetitos más por una de ron y dos por un *jote*..., ¡cuando guste!

Le hice una seña hipócrita, haciéndole creer que estaba dispuesto a consumir todo eso y mucho más, mientras me perdía en un pasillo sin fin, maloliente y despintado donde confluían repentinamente borrachos y prostitutas que salían y entraban de distintas habitaciones, algunos a medio vestir y otros totalmente desnudos.

La habitación de la *Juaninga* quedaba casi al fondo, muy cerca del patio interior de la propiedad. Me hizo pasar con una cortesía falsa que adornaba su cara como una máscara veneciana. Cerró la puerta y me señaló torpemente una cama desvencijada y sucia que hacía las veces de único mueble junto a una cómoda, mientras ella comenzaba a despojarse de la única prenda de vestir que llevaba encima, queriendo satisfacer lo más aprisa posible las excentricidades sexuales que traía yo seguramente como cliente. Tan joven, a su lado, “no podía ser de otro modo”, debió pensar en su cabecita llena de inenarrables experiencias.

Se quedó algo desconcertada cuando me vio prender un cigarrillo, sentado en una esquina del catre.

-¡Sssshhh!...-le susurré-, no vengo a eso.

-¿A qué, entonces?-preguntó ella, sin sospechar todavía mi identidad.

-Más bien a preguntarle por su trabajo; ¿cómo la tratan aquí?

-¿Quién es usted?-inquirió, adquiriendo un tono defensivo.

-Alguien que usted no recuerda en este momento y que pasaba, simplemente, a saludarla.

Me miró entonces de cuerpo entero, haciendo esfuerzos sobrehumanos por encontrar en su memoria una respuesta. Finalmente, una luz pareció iluminarla:

-¡Ya está! Usted es el detective joven, el que acompañaba al inspector...

-...Montes-finalicé la frase.

-¡No haberme dicho antes! No hubiera tenido que pagar para hablar conmigo.

-Prefiero que me reciba como a un amigo.

-Un amigo que quiere saber, una vez más, de Boris-me aclaró ella fríamente, agregando enseguida:-En ese caso pierde su tiempo, porque ya debe saber que no lo he vuelto a ver y que la única que me visita en este chiquero de segunda es....

No terminó la frase nuevamente, viendo que se había dejado llevar por un tipo de confesión que no tenía porque entregarme. Pero, lamentablemente, su vista se perdió al momento de cerrar sus labios en el único retrato fotográfico que adornaba la pieza a un lado de la cama, sobre la cómoda. Antes que me detuviera, me puse de pie y avancé hasta el mueble. Tomé la fotografía en silencio, notando de inmediato el parecido de la persona retratada ahí con la mujer vieja que me miraba. Era casi una versión joven y bonita de ella misma.

-Una de sus hijas-le dije, haciéndole entender que no tenía nada del otro mundo hablar sobre eso-¿Cuál de ellas?

-La Estela-reconoció ella, abriéndose a duras penas.

Tenía la sensación de estar viendo la fotografía de una mujer distinguida.

-No parece irle mal-comenté, sin segunda intención. Ella me respondió con algún dejo de orgullo:

-¡No se puede quejar! Es la única que ha salido de la letrina...

-¿Por qué, entonces, no la ha sacado de aquí?-le pregunté impertinentemente.

-No podría-contestó ella, retomando su expresión habitual-, porque no se lo permitiría ¡Esta es la vida que me he buscado y la que me merezco!

-¿Quiere decir que ha tratado?

-Tal vez. Por lo menos se ha comunicado conmigo; es la única...

-...De sus hijos que lo hace-terminé otra vez más una de sus frases, dándome cuenta que era el momento exacto para hablarle de Boris. Le narré, sin rodeos, todo lo relativo a nuestro encuentro en el vagón de tren. Ella escuchó paralogizada, entendiendo claramente la gravedad de lo que escuchaba. No hizo gesto ni comentario alguno cuando le hablé del asesinato del *Laucha*, aunque deduje lo que debía estar pensando: “¡Se lo tenía ganado!”. Mucho más asustada se mostró cuando le hice entender que su

hijo estaba involucrado en un segundo crimen y que, por su propia seguridad, lo que más le convenía era entregarse a la brevedad. Quiso rebatirme en este punto, negándose a creer probablemente, pero prefirió no salir de su obcecado silencio. De cualquier manera comprendía perfectamente porque le contaba todo esto y también que yo, íntimamente y sólo por razones humanitarias, deseaba que la captura se produjera sin altibajos. Un enfrentamiento en la calle era lo peor y yo tendía mi mano para una entrega voluntaria. Pero parecía que hubiera estado hablando con una pared. Así es que me dispuse a irme; antes de hacerlo, no obstante, le deslicé un comentario final desde el pasillo:

-Ella-refiriéndome otra vez a la muchacha elegante de la fotografía-debiera entonces socorrer al hermano que más necesita de su ayuda-, ¡ahora!..., antes de que el chico termine sus días en un cruce de balazos.

Sonaba extremadamente duro, pensé, pero era la única manera de ponerle cable a tierra. Me despidió callada, apretando contra su pecho la fotografía, mientras yo cerraba la puerta detrás de mí.

Salí del lupanar con una sensación triste. Aquella pobre mujer podía ser mi madre por su edad y me dolía el alma saber de la obcecación con que se había autoimpuesto su castigo. De cualquier modo, estaba claro que no resistiría en esa condición muchos años más. Como tantas otras prostitutas viejas terminaría sus días con una neumonía fulminante o con el cuello roto por la navaja de un cliente borracho ¡Pero existían destinos humanos que nadie, aparentemente, podía revertir!

CAPITULO X

Tres días después de aquella visita nocturna, por la tarde cuando me disponía a retirarme de la unidad policial, apareció en la sala de guardia una mujer joven, esbelta, elegantemente vestida, que pidió hablar conmigo. Los colegas de mi edad entre chanzas y algo extrañados, me alertaron de la visita.

-¡Quién lo hubiera dicho de ti!-bromeó uno de ellos-¡Tan feo y flacuchento y con ese tremendo churro aguardándote en la puerta! y ni hablar del *autazo* que trae, ¡hasta con mocito de uniforme y librea!..., como en las películas.

¿Cómo en las películas? No cabía duda que se trataba de un chiste. Pero no, allí afuera estaba ella con unos ojos negros esplendorosos, contemplando con desdén a los detectives que la espiaban boquiabiertos desde las ventanas del cuartel. Parecía una criatura extraída más bien del cine mudo, dueña de una silueta espectacular y de un rostro moreno que nada tenía que envidiar a las diosas más afamadas del celuloide. La adornaba una cantidad considerable de joyas y en efecto, un hombrecito pequeño de

gorra y librea la aguardaba junto a un Mercedes del último año, con esponjosos asientos.

Pensé por un momento que se trataba de algún personaje relacionado a las investigaciones judiciales que me correspondía llevar a cabo. Pero me esperaba una sorpresa mucho mayor, cuando la escuché decir:

-Mi nombre es Estela. Usted sabe quien soy y porque he venido.

Mi asombro debió parecerle gracioso, pero no podía disimularlo. Debía estar acostumbrada a que los hombres la contemplasen boquiabiertos; de seguro le ocurría donde iba. Lo que estaba claro de cualquier forma, era que parecía imposible que pasara inadvertida; no por el mundo masculino por lo menos y yo no me sentía excluido en absoluto de aquella suerte de exaltación.

-Lo único que le pido- me dijo, con una sencillez encantadora-, es que me conceda algunos minutos de su tiempo para conversar...

Mis colegas seguían pegados a las ventanas y no faltaban aquellos que intentaban descaradamente escuchar el tenor de nuestra conversación. Ella lo entendía y yo también. Para ambos resultaba una situación incómoda, así es que decidí responderle con la mayor cortesía posible:

-Donde usted guste.

-Suba a mi auto-replicó ella sin titubear, dando una voltereta con un paso de reina, segura de que la seguiría. Caminaba con un ritmo fascinante y con una elegancia natural que hacía pensar a cualquiera en un origen aristocrático que, como bien sabía yo, estaba muy lejos de poseer.

El chofer nos abrió cordialmente una de las puertas y retomando su sitio frente al manubrio enfiló de inmediato, sin que su patrona se lo dijera, en dirección a la carretera sur. Era evidente que había recibido instrucción previa, porque se detuvo nuevamente sin mediar palabra frente a un conocido restaurante, pasada la última comuna que marcaba el límite de la gran ciudad.

-Baje conmigo a servirse algo-me señaló, con un suspiro de sirena que hacía imposible rechazarla. No obstante eso, me negué:

-Prefiero la tranquilidad de estos asientos-le dije, sin caer en la descortesía, aludiendo a la cómoda poltrona del vehículo. Ella entonces, con una mirada le dio una orden al de la librea y este, de un salto abandonó su puesto saliendo fuera del automóvil para dejarnos solos. Se quedó a unos metros de distancia fumando un cigarrillo, en espera de una nueva orden de su jefa; pero esta se hallaba más interesada en mi persona. Le interesaba sobremanera dialogar conmigo, como si de ello dependiesen demasiadas cosas.

-He sabido que usted ha tenido una relación más directa con mi hermano Boris-me dijo, delatando de inmediato que estaba al tanto de aquel encuentro del tren. Se lo debía

haber contado la *Juaninga*, pensé, y sentí algún regocijo por eso, al darme cuenta que mi primer objetivo se hallaba cumplido.

-Puede decirse que nos encontramos en una circunstancia muy especial-le comenté- ; veo que se lo ha dicho su madre.

Impremeditadamente surgió con esa última aseveración un punto de fricción que no esperaba. Hablar de la *Juaninga* o reconocer cualquier contacto con ella, parecía remover en su hija un tipo de animosidad extraña. Aunque sonaba absurdo, porque de hecho era la única de sus cachorros que la visitaba. Estaba claro que no iba a decir nada al respecto y a mí me parecía necesario meter más dedos en esa herida:

-¿No piensa hacer algo para ayudarla?

Mi pregunta debió sonar como un bofetón en pleno rostro. Dos destellos rabiosos se escaparon inmediatamente de sus lindos ojos y un rubor incontenible pobló sus mejillas, cambiando su aspecto hermoso por el de una fiera acorralada.

-¿Hacer algo?-exclamó finalmente, sacando desde lo profundo de la garganta un tono que no sospechaba en ella-¿Acaso esa mujer hizo un día algo por mis hermanos y por mí?

¡Eso era!; ya lo había intuido. Se trataba de un trauma humano que sólo ella podía entender y contra el cual sólo ella, también, podía luchar. Pero me asaltaba otra duda y no estaba dispuesto a callarme nada:

-Entonces dígame, con tanto resentimiento, ¿cómo es que se ve con ella?

-Sólo han sido dos veces y las dos únicamente para hablar de Boris ¡El es quien me importa! La vida de la *Juaninga* es algo que no me incumbe; usted debe saber que ella dejó de acompañarnos cuando éramos unos mocosos, abandonándonos en las garras de un canalla....

Sabía, ciertamente, de aquella amarga historia y tampoco podía entender el comportamiento de aquella madre en el momento más crucial de la vida de sus hijos. Otro destino les hubiera aguardado a todos a la vuelta de la esquina, de seguro, si los hubiera protegido como la gallina hace con sus polluelos en pleno temporal ¡Mal podía criticar a esa muchacha, ahora! ¡Quién era yo, para erguirme en dios!

-Cierto-le dije, con una voz más conciliadora-; distinta hubiese sido su vida si las hubiera estado esperando, por lo menos, a usted y a su hermana en la puerta de aquel hospital..., cuando ese bellaco...

Se quedó estupefacta.

-¿Tanto sabe de mi familia?-inquirió, clavándome otra de sus inquietantes miradas.

-Mucho más de lo que usted pudiera creer-le respondí, seguro-; se tanto de usted, de sus hermanos, de su padre y de su madre, que podría comenzar un libro. Pero tengo vacíos...

-¿Vacíos?

-¡Sí!, vacíos-me atreví, sintiendo que no debía dejar pasar aquella oportunidad- Como por ejemplo, ¿que ocurrió con usted y con Rosa después de aquella noche del Barros Luco?...

Era como ir armando de a poco un rompecabezas y ella intuyó claramente esa intención en mí. Su paradoja estribaba en responderme o no, aunque de alguna forma sentía que debía confiar y que el intruso que tenía a su lado ya estaba involucrado a fondo en la historia de cada uno de sus hermanos y particularmente en la de Boris, por quien ella más se preocupaba. Así es que lentamente comenzó a cambiar su actitud, primero con una sonrisa majestuosa que dejó entrever un lunar encantador en la comisura de sus labios y luego con un gesto amigable, pasando un brazo suyo por debajo de uno de los míos.

-De la Rosa no puedo decirle demasiado-comenzó, decidida-, porque se marchó del país apenas a unos días de haber quedado desamparadas en la calle. Un peruano que se prendó de ella la puso al otro lado de la frontera, ignoro con que intención. Sentí entonces que no había tenido agallas para seguir conmigo, en Santiago...

-¿Y qué hizo usted? ¡Tenía apenas trece años!

-Me mantuve durmiendo sola en los arrabales de Renca, siempre cerca del Mapocho.

-Como sus hermanos-la interrumpí.

-Pero lejos de ellos. No quería que me vieran el rostro..., ¡de pura vergüenza! ¡Por lo que me había hecho ese perverso del *Laucha*! Imagínese lo que ocurrió poco después. No me quedaba otro camino, excepto seguir los pasos de mi madre; así es que me inicié temprano...

...En la prostitución-completé, transmitiéndole una palmada comprensiva en su brazo.

-No sienta usted tanta lástima-objetó ella, añadiendo:-, que a la vuelta de ese infierno me esperaba una sorpresa.

-¿Cuál?

-Antes de medio año, un industrial que pasaba todas las noches en su auto, se convirtió en un cliente asiduo. Era otro perverso, como mi padre, pero no me golpeaba y terminó por querer *exclusividad*. Así es que me metió en una *casa de niñas* elegantes de calle General Jofré; la *amparaba* un amigo suyo que tenía cargos en las Cortes de Justicia o algo por el estilo. Allí permanecí por cinco años como la favorita del industrial que pagaba por mi estadía en el lugar y como regalona de la *regenta* que me enseñó, paso a paso, el negocio atender a los clientes de buen nivel.

-Prostitutas elegantes, ¿eso quiere decir?

-Eso mismo-aseveró ella, sin asomo de vergüenza. Luego continuó:- A los 18 me presentaron a un hombre poderoso, Juan Araneda...

-¿Juan Araneda?-la interrumpí, creyendo haber escuchado mal.

-El mismo. ¿Lo conoce?

¡Y quien no! De nombre, perfectamente. Era el mafioso más ladino que tenía Chile desde los años cincuenta y probablemente también, como había dicho ella, el más poderoso. No pocos detectives que se habían atrevido a investigarlo habían terminado en la calle, despojados de sus placas sin explicación alguna ¡Era un bellaco de siete suelas! Toda su inmensa fortuna se debía al culto del delito; aunque sabía disimular muy bien con locales del alto rango destinados a la entretención y que le habían allegado el tropical apodo de *el rey de la noche*. En la cúspide de su carrera había adquirido un método todavía mejor para esconder tras una gran mascarada el origen turbio de sus capitales: ¡la filantropía! Por lo menos en esto evidenciaba un gesto de gratitud hacia la ciudad sureña que le había servido de cuna y a la cual donaba, periódicamente, considerables sumas de dinero para una multiplicidad de acciones de beneficencia. De paso se iba relacionando con la gente importante del país. Lo había hecho exitosamente durante tres gobiernos y ahora lo seguía haciendo con el de los militares y es que en todos los ámbitos, bien lo sabía él, siempre habían autoridades podridas dispuestas a “pasarle bien” viciosamente, a costa de las invitaciones de un *experto*.

-¡*Don Juan!*-gruñí de mal humor, aludiendo a uno de los apodos más selectos del mafioso, sin ánimo alguno de esconderle a mi interlocutora el profundo desagrado que me ocasionaba saber que estaba involucrada con semejante canalla de cuello y corbata- Ya veo-deduje enseguida-, el industrial tuvo que hacerse a un lado...Usted pasó a ser una de las *conejitas del rey de la noche*.

-Parece molestarle demasiado-señaló ella.

-No lo niego. No hay nada que me agrade de cuanto se relaciona con ese personaje.

-¿Qué hubiera hecho cualquier chica, en mi lugar?

Eso lo podía entender. Tampoco podía erguirme en juez para sentenciar sobre aquella situación. Estaba siendo estúpido y terminé haciéndoselo saber:

-Está bien. Mi aversión tiene que ver con el hombre que me menciona, no con usted. Es sólo que, por un momento pensé que al final del túnel su historia terminaba mejor.

-¿Mejor que esto?-inquirió ella, recorriendo significativamente su mirada por el automóvil.

-Ya que me pregunta-le respondí de inmediato-, me habría hecho más feliz haberla encontrado detrás de un quiosco como vendedora o limpiando la basura en una plaza.

-Es fácil formular un comentario como ese, cuando no se ha dormido debajo de los puentes del Mapocho y su padre no lo ha violado.

Nuevamente me dejaba en silencio. Estuvimos allí callados más de un minuto, hasta que ella retomó la conversación:

-No es tan malo como cree. No debe ser muy diferente con las preferidas del harem de un petrolero; porque soy la regalona de *mi hombre*, ¿sabe?

-Por lo menos, ya no tiene trece años.

-Cierto. Soy una mujer adulta, no estoy en las manos de un depravado, como el industrial y hago lo que hago voluntariamente ¿Hay algo malo en eso?

-Lo que usted crea es lo que vale, al fin de cuentas-tercié, intentando poner término a esa parte de nuestra interlocución. Pero ella estaba sumida dentro de las turbulencias de la vanidad más estúpida.

-¡Y esto no es nada!-concluyó hinchando el pecho, como si fuese la vencedora de una gran batalla-; me tienen además, un departamento en el barrio alto y otro en Reñaca. A *Don Juan* no le gusta que me falte nada y creo que me atiende mejor que a su esposa...

¡Pobre inocente! No entendía que en unos años más el magnate la cambiaría por otra más joven y probablemente, la mandaría de “patitas a la calle” con lo puesto. Era su estilo y muy pocas de sus queridas lo ignoraban. La mayor parte de ellas se encontraba

ahora de vuelta en los prostíbulos, llenas de rabia y de resentimiento por el tiempo perdido.

Podía ver, sin ser un oráculo, el destino final que aguardaba en el camino de aquella linda morena. Era muy parecido al de su madre y lo lamentaba profundamente. Hubiera deseado aconsejarla, pero era como arar en tierra desierta. Más importante en ese momento, me parecía hablar sobre su hermano.

-Es cierto-le dije, saliendo bruscamente del tema anterior-, estuve con su hermano arriba de un tren, en dirección al sur. Eso, antes de que se metiera en más problemas...

-Lo se-indicó ella, poniéndose extremadamente seria- y es por eso que deseo ayudarlo.

-¿Cómo piensa hacerlo?

-No se..., me conseguiré con *Don Juan* lo que haga falta, un buen abogado, autoridades bien dispuestas, ¡que se yo!

Hablaba desde una nube y no lo sabía.

-Hay delitos que no se esquivan con el dinero de los poderosos-le hice ver fríamente. Enseguida, le insistí en el punto que más me interesaba:-¡Lo más importante ahora es conseguir que Boris se entregue! Cada día que pasa libre se acerca a otro crimen.

-¿Qué quiere decir?-inquirió, asustada.

-Que su hermano ha pasado la *frontera*. Ahora, apunta y dispara. Le ha tomado el gusto a la sangre y cuando eso ocurre, todo lo que se puede hacer es intentar ponerlo entre rejas lo más pronto posible.

-¿Para que se seque en la cárcel?-objetó ella.

-A menos que prefiera verlo tendido en una cuneta, con un balazo en la cabeza...

-¡El no es un perro!

-Pero es un criminal, dispuesto a seguir matando al que se cruce en su camino ¿No entiende? La respuesta a todos sus sufrimientos se resuelve en la punta de una bala; ¡así lo ve él! No es el único chico pisoteado de nuestras calles que termina de esta manera, ni será el último. La única ayuda posible es tratar de convencerlo para que se detenga ahora en su carrera de homicida y se entregue voluntariamente para enfrentar la ley. ¡Eso puede hacerlo usted! ¡Tiene que escucharla!

-Antes, tengo que encontrarlo.

-¡Cómo!, ¿no sabe donde está?

-Si lo supiera, tal vez ya lo habría puesto en sus manos-me respondió, apretando mi brazo para demostrarme la confianza que despertaba en ella. Se lo agradecí a mi manera:

-Sólo puedo garantizarle que si llega a mi poder, nadie le tocará un pelo.

Sabía que podía hacerlo; que podía contener la rabia de mis colegas, aún de los más viejos, recordándoles que ante todo nos debíamos a la justicia. No olvidaba aquella vez en que había visto a un detective llorar de impotencia frente a los calabozos donde tenían al violador de una hermana suya. Era el mejor ejemplo de que, llegada la hora, ¡la ley y el derecho ciudadano se respetaban!

No me asistía la misma seguridad, no obstante, respecto a lo que haría el *Chinchorro*. Me costaba creer que se doblegaría ante las súplicas de la Estela y menos que tendería sus muñecas para que yo pusiese en ellas un par de grilletes...

CAPITULO XI

No volví a verme con Estela. Muchos años después me enteré casi por casualidad de cual había sido el fin de su historia, cuando me tocó comandar como jefe policial una batida sorpresiva en un prostíbulo de tercera categoría en calle Hurtado de Mendoza, donde se ocultaba una partida de drogas. Allí estaba la hija de la *Juaninga*, muy parecida a como había visto a su madre en nuestro encuentro del lupanar del *Carltoncho*, desdentada también, arrugada y mal vestida. Era la “puta de los borrachos” y de su belleza despampanante, del Mercedes y de los departamentos, no quedaba nada. Todo se había esfumado tal como yo había presentado, pero era algo que ella se había buscado por si misma, a conciencia; no como los dramas que le habían asaltado en su niñez.

No me reconoció cuando la miré a los ojos, ni entendió porque ordenaba a mis detectives que la trataran con especial condescendencia. De cualquier modo, el horizonte de su vida ya estaba en el ocaso.

En los días que siguieron a la “cita del Mercedes”, me olvidé prontamente de aquella chica para involucrarme de lleno en las pesquisas que se llevaban a cabo en torno a la cacería de su hermano. La primera sorpresa fue saber que no tenía la menor intención esta vez de abandonar el país. Un *monrrero* de la población Nueva Matucana, al que había salvajemente acuchillado por discusiones intrascendentes, nos dio tres noticias categóricas sobre su agresor: que estaba dentro del gran Santiago, que se había vuelto el hampón más temido de la capital en esos días y que sostenía un apasionado romance con una muchacha del ambiente apodada la *Loca chica*.

Desafortunadamente no se conservaban demasiados antecedentes de la joven; no en un principio cuando menos, hasta que se disparó su búsqueda en cinco comunas del área metropolitana y se comenzaron a recabar, lentamente, los datos que hacían falta. Como fuera, debía ser una muchacha muy necia o muy enamorada para haber ligado su vida en aquel momento, con el delincuente más buscado del país. Pero así se daban las cosas en el ambiente delictual chileno; las *chinas (rotas)* solían pegarse *como chicle* a los matones más peligrosos, para demostrar también que ellas eran capaces de ser parte de una historia de muerte y de sangre. De esa manera suscitaban la admiración del resto del hampa capitalina que a lo postre veía en estos individuos a sus ídolos más destacados.

Pronto supimos su nombre: Lola González; era hija única de una *tendera o mechera* (ladrona de tiendas) de la Nueva Matucana, viuda, apodada la *Lola grande*. Ambas, madre e hija sobresalían por la cabellera aleonada que lucían, teñidas de amarillo resplandeciente y por la vida alegre que llevaban en una población donde sus farras privadas derivaban siempre en escándalos nocturnos de consideración. Aunque esto,

para ser sinceros, se enmarcaba perfectamente dentro del *modus vivendi* de una buena parte de los antisociales chilenos que gustaban de la ostentación y del despilfarramiento excesivo, cada vez que el dinero mal habido les permitía comprar algunas garrafas de vino y media ternera para compartirla, si era posible, con todo el vecindario.

La *Lolas* sabían hacer su *trabajo*. Entraban y salían de las tiendas comerciales capitalinas “como Pedro por su casa” llevándose a menudo consigo, entre sus ropas, todas las prendas que lograban acomodarse en los vestidores, burlando el ojo adormecido o cómplice de no pocos vigilantes que recibían de ellas una buena tajada y a veces alguna invitación para sus parrandas poblacionales.

Como quiera, nadie podía negar que las *Lolas* fueran las mejores *profesionales* en esta clase de fechoría que databa en Chile, decían los sabuesos viejos, desde antes de la fundación de Falabella. La “gran maestra” era la *Lola grande* y ella se había esforzado en traspasarle a su hija desde su más remota infancia, todas las artimañas que las convertían, ahora, en el dúo de *mecheras* más temible de las calles céntricas.

Sólo habían pasado, increíblemente, a disposición de los jueces en cinco oportunidades y sin cumplimiento de condena. La causa, aparentemente, tenía que ver con que los delitos nunca lograban comprobarse bien por la falta de interés evidente de los establecimientos comerciales a la hora de perseguirlas judicialmente y con los bajos avalúos de las prendas que hurtaban. Eran, en su tiempo, las creadoras del *robo hormiga*, porque a diferencia de las otras *tenderas* que operaban en el territorio céntrico, ellas preferían entrar y salir una docena veces de los distintos locales, para no ser sorprendidas nunca con un *cargamento* mayor. Podía decirse, desde algún punto de

vista, que eran más *trabajadoras* que las otras delinquentes de su competencia, aunque para la *Lola grande* esto tenía una trascendental explicación: quería a toda costa evitarle una *cana* prolongada a su hija, cuidado que a decir verdad no estaba entre las características habituales de la delincuencia chilena.

Se trataba en realidad de dos mujeres muy unidas. La *Lola grande* creía haber sido una buena madre y su hija, claramente, se veía agradecida de ella y de la *educación* que le había brindado. Nada que tuviese relación con escuelas ni colegios, en todo caso porque los estudios, como le ocurría a la inmensa mayoría de los antisociales, representaban un *lastre* completamente inútil para ellos.

De cualquier manera parecían felices y nada hacía presagiar que algo pudiera separarlas. No obstante, fue exactamente lo que ocurrió y el culpable resultó ser el *Chinchorro*. No estaba claro como ni cuando se había conocido este con la *Lola chica*; no fue en una de las fiestas bulliciosas que ellas ofrecían en la Matucana, ni durante los hurtos en las tiendas. Algunos testigos casuales, si embargo, contaban que Boris Malebrán había intervenido en una suerte de entrevero callejero que la joven *mechera* había tenido a dos cuadras de su casa, cuando un vigilante de una de las tiendas que robaban, descontento con el último soborno recibido, fue hasta su barrio y se acercó a ella de mal modo para pedirle un *aumento*. El asunto habría derivado en una discusión de feo aspecto donde el solicitante intentó golpearla o hizo algún tipo de gesto prepotente que fue presenciado por el *Chinchorro* mientras pasaba por el lugar. *Justiciero* espontáneo en su ambiente, donde no permitía que un extraño levantara una mano a uno de los suyos, habría intervenido violentamente, barriendo de un puñetazo la

dentadura del vigilante de tiendas que, de todos modos, se libró jabonado de no ser acuchillado.

Cierta o no esta historia, lo que estaba claro era que después de conocerse la pareja había iniciado un tórrido romance que al cabo de una semana habría derivado en el ausentamiento voluntario de la chica de casa de su madre. Peor que eso, había partido sin dar demasiadas explicaciones casi con lo puesto, para irse a vivir a los escondites inciertos de su nuevo enamorado.

-Si hubiera sido una simple *calentura*, estaría tranquila-nos comentó la *Lola grande*, cuando conseguimos por fin entrevistarla en su vivienda de la Matucana. Sabía perfectamente todo lo atingente al *Chinchorro*, porque se le buscaba y sobretodo lo peligroso que era el que su hija permaneciese a su lado. Así es que siguió explayándose:-¡Nunca la vi abandonar esta casa por más de dos días, para irse con un *lacho* (enamorado)! Y ya ve, han pasado tres semanas desde que se fue y no ha sido capaz de mandarme un recado.

-¿Ninguno solo, doña *Lola*?-le pregunté incrédulo.

-Bueno, uno pequeñito que me llegó hace cinco días, traído por una *colega* amiga a la que llamó a su casa para decirle que estaba bien y feliz junto a ese desgraciado.

-¿Le dijo donde estaban?

-¡Claro que no!-respondió ella, sin ánimo de mentirnos. Deseaba con toda su alma que arrebatáramos a su hija de las manos del hampón más buscado del país-Se lo contaría *altiro* ¿Cree acaso, que no me doy cuenta del peligro que corre? ¡Habiendo tanto *lacho* disponible, irse a enganchar con el más perseguido! ¡La muy *huevo*...!

Ahí se quedó echando al viento sus improperios, tratando de alguna manera de desahogar la pena que la asfixiaba ¡Si hasta había dejado de *laborar*!, como reconocía ella misma, “¡de tanta rabia!”, chistaba. Lo que más la desesperaba, no obstante, era no saber en que terminaría aquella historia porque, a su juicio, su hija era demasiado testaruda y si se había pegado “como lapa” al hombre equivocado era “¡porque se había enamorado hasta las *patas*!”, según sus propias palabras.

Nos prometió avisarnos si sabía algo, no sin antes hacernos jurar y *rejurar* que nos cuidaríamos “hasta los *retuéstanos*” de no herir a su tesoro durante la captura del *Chinchorro*.

CAPITULO XII

Pocos días me parecieron tan movidos como aquel 6 de febrero. Jornada calurosa como ninguna. Eran las doce y no me cansaba de caminar por calle Franklin, esperando toparme con un ratero. Habíamos agarrado a dos el día anterior, en la misma arteria y de alguna manera anhelábamos corresponder con suficiente efectividad frente a los constantes reclamos de los transeúntes del sector que creían, con razón o sin ella, que aquella jurisdicción comercial era tierra de nadie. Para mi gusto, se congregaban allí demasiados carteristas y además, hablando francamente, parecían contar con el refugio seguro que le otorgaban no pocos vendedores del lugar que repartían abiertamente las ganancias de los “príncipes de la calle”, cuando no reducían ahí mismo las especies que estos hurtaban a cuanto caminante descuidado lograban esquilmar. A mi, personalmente, el asunto me molestaba demasiado y había convencido a otros detectives noveles como yo que era necesario darle una “pasadita” al lugar por lo menos una vez al

día, aunque eso significaba distraernos algún par de horas de las investigaciones cotidianas que abultaban en nuestras carpetas.

Esa mañana me acompañaba el *Santo*, un colega de mi edad al que los más viejos habían decidido echarle encima ese apodo por sus ojos claros y sus cabellos con tintes nórdicos que lo hacían asemejarse, muy lejanamente a mi juicio, con un actor de aventuras detectivescas. Tenía un apellido alemán y conservaba intacto, igual que yo, sus ganas de enfrentarse a diario con los delincuentes que hacían *nata* en nuestra jurisdicción. Poseía además, un excelente estado físico y no “tiraba para atrás” en ninguna circunstancia, cuando se trataba de cumplir con el deber. Ahora caminaba a veinte pasos cerca de mí, esperando también detectar a nuestro “*lanza del día*”, si era posible “con las manos en la maza”.

Sentimos una carrera que venía desde atrás y pensamos que ya estábamos frente a nuestra presa. En medio del gentío, un muchacho se abría paso como hacen los carteristas cuando huyen después de un *zarpazo*. Nos disponíamos a saltar sobre él, apenas pasara por nuestro lado. Grande fue nuestra sorpresa, no obstante, cuando reconocimos en el que corría a nuestro colega Aguilar que, jadeando, nos alcanzó a gritar:

-¡A las *piolas* (patrullas), rápido! Está quedando la *cag*...

-¿Qué pasa?-le preguntó el *Santo*, sumándose instintivamente al trote detrás de él, igual que yo.

-¡Hay un baleo, en la *peni*! Todos *rajaron* para allá.

Escuchamos en las calles vecinas las sirenas de nuestros *Chevy*, con el sonido desinflado que las caracterizaba, alejándose en dirección al sur. Uno de ellos culebreaba tratando de avanzar en un taco de semáforo y nos dio tiempo para montarnos arriba, junto a los dos colegas que lo tripulaban. El más antiguo, al lado del chofer, nos explicó en medio del bullicio que venía de la central de radio, algo de lo que ocurría: acababa de estallar un motín en el patio grande de la penitenciaría y un puñado de reos habían tomado por asalto la guardia, consiguiendo escapar hacia la calle. Sobre el baleo no se sabía demasiado. Al parecer uno de los delincuentes luego de quitar el arma de fuego a uno de los gendarmes, a tiro limpio, se había abierto camino.

No demoramos demasiado en llegar al lugar de la escena, mientras por la radio ordenaban a los que tripulábamos la patrulla cubrir el lado oriente del recinto, de espaldas a la carretera sur. El “jefe de máquina”, un inspector de apellido Yáñez que se disponía en esos días a jubilar, molesto por la suma de vehículos policiales que se apiñaban en el lugar, exclamó:

-¡Poco y nada se puede lograr con todos *apelotonados* como *milicos*!

Tenía algo de razón, aunque saltaba a la vista que los otros puntos cardinales ya los había cubierto personal de carabineros y los propios gendarmes que salían *a borbotones* desde el interior del recinto.

El *Santo* era el más intranquilo.

-Está claro que algunos ya pasaron el cerco-dijo, refiriéndose al perímetro que cerrábamos. El chofer, desde el manubrio, era de la misma opinión:

-Al parecer, la fiesta ya se acabó.

-¡Nada de eso!- chilló Aguilar, intuyendo lo que se venía encima.

-Central a *zorro* 10..., central a *zorro* 10-sonó la voz metálica de la radio ¡Éramos nosotros! El inspector cogió el parlante, mirando significativamente al detective que acababa de hacer la predicción.

-Aquí *zorro* 10-respondió, escuchando en cosa de segundos la nueva instrucción:

-Diríjase en clave 161 a Rondizzoni y calles adyacentes. Avisan presencia de algunos fugados en el lugar...

Antes de terminar la frase, el vehículo aceleraba raudo en esa dirección. El corazón volvió a palpar con violencia en nuestros pechos. Nuevamente nos convertíamos en marionetas del destino. Algunos carros atrás nuestro, enfilaban al mismo tiempo en busca de distintas posiciones, enviados también por la central de radio.

Nos detuvo otro embotellamiento de tránsito generado por la torpeza de algunos vehículos de otra institución que intentaban a toda costa alcanzar antes que nosotros el sector donde se presumía la presencia de algunos de los fugados. Era lo que llamábamos

el “celo profesional” y no tenía claro, por mi parte, si era bueno o malo para el país, pero si podía decir que constituía el “pan de cada día”, todas la veces que coincidíamos en algún operativo policial. Aguilar, sin aguantar su molestia, sacó medio cuerpo fuera del carro y le gritó un par de bravatas al automóvil que nos obstaculizaba el paso. La respuesta inmediata fue otra cantidad de improperios de mayor calibre. De alguna manera, pensábamos, había que ser bastante osado para trabarse en disputas con aquellos hombres que, concientes del poder que tenían por aquellos años, hacían llegar prontamente cualquier reclamo al jefe que tenían en la Junta de Gobierno. Un detalle no menor, para una institución que en algún momento le había pedido al mismísimo Pinochet, “absorbernos”, para “hacer desaparecer la competencia”, decían los más suspicaces. El dictador, al que no le pasaban gato por liebre, no tardó en darse cuenta de la jugada; “ya quisieron hacer lo mismo con los Bomberos”, dicen que comentó, dándole la espalda al uniformado de verde.

Cuando alcanzamos calle Rondizzoni por fin, luego de quince minutos, logramos ver las últimas carreras que se llevaban a cabo en el lugar arriba de los techos de las casas, en persecución de dos de los escapados que antes de entregarse se batieron a bastonazos con los carabineros que los habían logrado acorralar. Uno de los primeros rodó desde un segundo piso, arrastrando todavía la escoba con la cual hacía esgrima con sus aprehensores y no volvió a ponerse en pie. Lo tuvieron que sacar de ahí en una ambulancia, escoltado finalmente por los gendarmes que se hicieron cargo de él. Su compañero también había sido recapturado y nosotros, tal como maliciaba Aguilar, nos quedamos una vez más sin acción. Resultaba frustrante, aunque no sabíamos todavía a ciencia cierta cuantos reos habían conseguido fugarse. Nos fuimos enterando poco a poco de la forma en que habían ocurrido las cosas; como por ejemplo que dos

gendarmes se hallaban gravemente heridos, uno de ellos con el cuello a medio quebrar y dos costillas rotas; el otro con un proyectil de su propia arma incrustado en el estómago.

Entre los escapados que no se había recapturado estaban el *Colorado*, el *Sultán* y el *indio Mariluán*, todos ellos largamente conocidos por nosotros y por el ambiente delictual donde se jactaban de ser de los más violentos. El *Colorado*, por ejemplo, que debía su apodo a una mancha color carne que se posaba en su frente, cumplía antes de su fuga una segunda condena por homicidio calificado y en cada una de sus capturas mis colegas habían necesitado *mañosear* con él con una andanada de balazos cruzados en una y en otra dirección. Finalmente, después de una lucha a brazo partido de un cuarto de hora en medio de un cabaret nocturno donde se había asilado, fue necesario, me contó uno de los aprehensores, ponerle *esposas* en las muñecas y en los tobillos y aún así estuvo a punto de romper la ventana de uno de los carros policiales.

El *Sultán* era conocido como un asaltante poblacional despiadado. No hacía diferencia entre una víctima pobre o una adinerada. Al que se le *terciaba* en el camino sabía dejarlo *en pelota* en plena calle luego de marcarlo, “por pura maldad”, con el filo de su navaja en alguna parte del rostro. Había *afeado* con su cuchillo a unas diez víctimas sólo en el sector del Mapocho, donde solía ufanarse de sus fechorías.

El más peligroso de los tres sin embargo, sin lugar a dudas era el *indio Mariluán*. Alguien le había metido en cabeza que descendía de un famoso cacique, olvidando informarle que ese antepasado, de haber sido el suyo, era uno de los líderes araucanos que habían capitaneado las huestes mapuches que se pusieron del lado de los españoles en nuestra contienda por la independencia patria. El cacique Mariluán, para ser exacto,

en 1826, en pleno gobierno del general Freire, todavía comandaba una de las bandas de asaltantes más sanguinarias que asolaban el sur de Chile, de la mano de aquellas otras dirigidas por los odiosos Pincheira y el monstruoso realista Sinosiáin. Un triste recuerdo de traición al pueblo chileno que anhelaba repetir, a su manera, el reo fugado. Oscilaba en los 25 años y ya tenía a su haber tres homicidios horribles, una docena de *cuelgas* (asaltos callejeros), cuatro violaciones y dos robos a mano armada ¡Toda una forma de vida! Además era famoso por su fuerza hercúlea, heredada también de su probable antepasado.

A diferencia de la mayoría de sus compañeros de delito, él se había convertido en un asesino pasado los 20, “para pasar a la historia”, según le decía a sus íntimos y de alguna manera lo estaba consiguiendo ya. Aunque, para ser sincero, no resaltaba nada inteligente en su forma de actuar y sus homicidios se debían, más bien, al resultado final de “desacuerdos de borrachos” con sus propios congéneres a los que exigía un respeto que no se merecía. Otros en cambio, lo admiraban, principalmente por su osadía al momento de utilizar su navaja y por la rapidez con que la clavaba bajo la piel de sus contrincantes, sin remordimiento alguno.

Cuando se trataba de actuaciones en equipo, sin embargo, lo utilizaban únicamente como un guerrero y nunca como un líder, para lo que “no tenía cerebro”, cuchicheaban. Por eso parecía ser el hombre indicado en aquella fuga donde, a mano limpia, había quebrado casi, como ya se sabía, el cuello del único gendarme que intentó pararlo en su frenética carrera, casi al costo de su vida. De cualquier manera, había logrado escabullirse finalmente, pegado seguramente al *Colorado* y al *Sultán*, que tenían suficiente astucia como para burlar el cerco policial gigantesco que se intentó cernir en

torno a ellos. El gran Santiago, como siempre los acogía con sus brazos abiertos de prostituta ansiosa, dándoles el cobijo que necesitaban.

Nos habíamos quedado mudos, pensando en todas las direcciones posibles, luego que la central de radio pareció agotar sus *municiones* y dejó en libertad a los carros policiales para que siguieran la búsqueda por cuenta propia ¡Todo en vano! Se allanaron ese mismo día un centenar de moradas sospechosas, se *empadronaron* barrios completos y se consultó a los *micreros* y taxistas de todos los recorridos que pasaban por las calles aledañas al lugar de la fuga. Al llegar la noche, asumimos que por el momento el triunfo había sido de ellos.

Cuando regresamos a la unidad, yo, el *Santo* y Aguilar, la fría sonrisa del comisario nos aguardaba. El prefecto de la jurisdicción acababa de estar allí para reprenderlo como a un niño por la falta de resultados en el procedimiento de búsqueda. Solía ocurrir cuando las cosas iban mal. Cuando salían bien, rara vez los *mandos* se apersonaban para darnos una felicitación. Pero el jefe sabía que era un precio que se debía pagar. Probablemente él haría lo mismo cuando le tocara ascender.

En el intertanto, cuatro robos se habían sucedido dentro de las comunas de nuestro territorio policial. Los antisociales aprovechaban esas distracciones masivas para cometer toda clase de fechorías, seguros como estaban de que no podíamos repartirnos en dos y que la prioridad en ese momento era otra. A veces, incluso, muy parecido a como le pasaba a los bomberos con los avisos de falsos incendios, llamaban al cuartel alertando sobre atracos formidables, para perpetrar algún latrocinio mientras desviábamos nuestras escuálidas fuerzas ¡Pero eran también, “gajes del oficio”!

CAPITULO XIII

Antes de que acabara la primera quincena de aquel caluroso febrero, una correría interminable de atracos vino a sumarse despiadadamente a nuestros habituales dolores de cabeza. Eran delitos bien planeados y llevados a cabo con una singular maestría. Se trataba a todas luces de una banda nueva, ágil y habilosa, desconocida además totalmente por nosotros.

El primero de los asaltos afectaba a un Servicentro bencinero del sector sur de gran Santiago y sus enmascarados perpetradores actuaron a concierto de reloj, con armas de grueso calibre, pasada la medianoche de un jueves. Eran cuatro individuos rigurosamente vestidos de negro, rápidos, silenciosos, con cabelleras y rostros que cubrían atinadamente debajo de medias femeninas transparentes. Aguardaron pacientemente la hora de menor movimiento en la oscuridad. Luego, mediante amenaza

habían arrastrado a los empleados dentro de la caseta de la bencinera, obligándolos a abrir el cofre donde se acumulaban las ganancias. Antes de marcharse, no olvidaron amarrar y amordazar fuertemente a los asustados expendedores, arrancando los cables del teléfono, para impedir cualquier llamado de auxilio.

Era un tipo de atraco que por ese entonces no se conocía en el país, ¡al más puro estilo cineasta! Para colmo, los asaltados con dificultad recordaban los antecedentes que podían ayudarnos a identificar al cuarteto. Aún así, después de dos o tres entrevistas los detalles comenzaron a surgir. Uno de los hampones por ejemplo, parecía comandarlos y observaba desde la puerta, dando órdenes cortas y precisas a sus secuaces. Otro, con una musculosidad fuera de lo común, hacía las veces del “hombre fuerte” y portaba una metralleta Walther, robada probablemente al ejército. Los cuatro vestían un conjunto de chaquetas de cuero negro y pantalones del mismo color, como si hubiesen sido arrancados de una película de James Dean. Cubrían los dedos de sus manos, no con guantes, sino con “parche curita”, evitando de esta manera ser detectados a través de las huellas dactilares. La huída encerraba otro misterio: cada uno escapaba en una dirección distinta, en lo aparente al menos y no se escuchaba en el entorno ruido alguno de motores que hiciera sospechar la presencia de un automóvil propincuo...En fin, tampoco parecían estar bajo el estímulo eufórico de alguna droga “envalentadora”, como solía ocurrir con la mayoría de los asaltantes chilenos que de esta manera paleaban la evidente cobardía que los consumía.

Uno de los gasolineros, el más robusto, intentó oponer resistencia y fue levantado como una paja en presencia de sus compañeros por el sujeto de la metralleta que no tuvo dificultades para reducirlo con una sola mano.

-No era muy alto-nos explicó el trabajador, todavía prisionero del miedo-, pero tenía la fuerza de Sansón. Quise quitarme el pie que me puso encima del pecho una vez que me tuvo en el piso, pero fue como tratar de mover un yunque.

-¿Lo apuntaba con la metralleta?-le pregunté, presintiendo la respuesta:

-En ningún momento. Era como si la llevara de adorno.

-No la necesitaba-aportó otro de los gasolineros, avalando plenamente el relato de su compañero.

De alguna manera había crecido en ellos un sentimiento de admiración por sus asaltantes. Casi, podía decirse, estaban agradecidos del *modus operandi* de los hampones, porque “nunca nos humillaron”, resumió el último de los entrevistados. Eso convertía en extremadamente raro el atraco; aunque, naturalmente, el dueño de la bencinera lo veía con otros ojos:

-¡Me *pelaron* (robaron) la ganancia de cuatro días!-nos indicó, rojo de rabia. No entendía como acumulaba el dinero de tantos días...; debía ser uno de los pocos comerciantes de su género que tenía aquella mala costumbre, derivada probablemente de la pereza de ir a depositar al banco cada mañana. Ese detalle nos hizo creer que los hampones habían llegado ahí siguiendo un *dato* preciso.

Pensamos en un principio en uno de los mismos trabajadores, pero luego aquello quedó descartado cuando la propietaria de un quiosco cercano nos aseguró que durante toda la semana la gasolinera había estado bajo la vigilancia de un cuarteto de hampones que se turnaba para vigilar el lugar todo el día ¡Estaba claro! Habían constatado en terreno que el dueño del Servicentro tenía la costumbre de acumular capitales. Eso cargó la balanza en contra de aquel local.

Dos noches más tarde la central de radio nos interrumpió en nuestras pesquisas nocturnas para ponernos sobre aviso de un segundo atraco. Se trataba de otra bencinera, también del sector sur. La banda era la misma. Esta vez sin embargo, el *modus operandi* exhibía una modificación monstruosa: uno de los trabajadores, al oponer resistencia, terminó apuñalado despiadadamente en el estómago por uno de los atracadores; luego, en el colmo de la crueldad, el cuerpo herido había sido dejado amordazado como el resto de sus compañeros dentro de una especie de cuarto de herramientas de no más de dos metros cuadrados. Cuando llegamos al lugar, la desgraciada víctima acababa de ser trasladada de urgencia al hospital donde murió minutos después, como consecuencia de la abundante sangre perdida durante el encierro.

Los otros dos gasolineros estaban estupefactos. Presenciaron segundo a segundo la agonía de su compañero y agradecían al cliente que los había rescatado luego de sospechar que algo ocurría al ver el local sin sus vendedores. Igual que en el Servicentro anterior, aquí habían sustraído el capital de varios días y también se encontró más tarde un testigo en las inmediaciones que hablaba de observadores sospechosos en las jornadas previas al atraco.

El gran cambio estribaba en que, a toda vista, la pasividad inicial del cuarteto se había desvanecido. Aunque, estaba claro que el autor de la puñalada no era el maceteado de la metralleta. Así lo aclaró el testimonio irrefutable de los gasolineros:

-Era el más joven. Hablaba con un tono adolescente y parecía ser el líder del grupo-dijo uno.

-Le colgaba una gran cruz de madera en el cuello-añadió el segundo, aportando un antecedente nuevo.

¿Una cruz de madera? Habíamos conocido a delincuentes temerosos de Dios; en realidad casi todos parecían serlo, aunque no por eso dejaban de ser desalmados. Pocas veces, sin embargo, nos topábamos con hampones deseosos de llevar a un asalto la imagen del Cristo colgando de su cuello ¡Eso rompía con todo lo razonable! y hasta encerraba un lado tortuoso que no nos atrevíamos a calificar todavía.

El resto no parecía muy distinto.

-Vestían lo cuatro unas chaquetas de cuero negras-se apresuraron a hacernos saber los asaltados, esta vez sin ningún asomo de admiración-, llevaban medias de mujer en la cabeza y usaban “parche curita” en los dedos...

El resto ya lo sabíamos; hablaban poco, lo justo y necesario, como los lacónicos de Esparta y no mediaba entre ellos ningún asomo de desavenencia, ni aún en presencia del apuñalamiento.

-¡Le metió el filo hasta el *concho*!-explicó uno de los trabajadores refiriéndose a esto último, añadiendo otro antecedente novedoso:-Era una navaja *yatagán*, de largo mediano.

Estaban de moda por aquellos días. Se trataba, en realidad, de imitaciones comerciales del famoso corvo militar chileno y contenían metal suficiente como para abrir una herida de diez centímetros. “De una agresión como esa”, pensé, “sólo podía resultar la muerte” y el que la había llevado a cabo era un homicida consumado.

Cuando la opinión pública se enteró, no dejó de dedicarle algunos párrafos al acontecimiento y muy pronto se comenzó a hablar de la feroz banda que irrumpía en las bencineras con atuendos de los años sesenta, haciendo referencia expresa a las chaquetas negras que utilizaban. Aunque existían otras bandas que se habían distinguido por ese tipo de indumentaria, ninguna parecía ser tan efectiva y sanguinaria como aquella.

Las consecuencias de esta promoción en la prensa, como era predecible, fueron las medidas inmediatas que adoptaron los dueños de las expendedoras de bencina que a partir de aquel momento comenzaron con el saludable hábito de no guardar en sus locales más de la ganancia de un día. Algo bueno dentro de lo malo. A carabineros, como de costumbre, se les *cargó la mata*, obligándolos a permanecer vigilantes durante las noches en muchos de los Servicentros que solicitaron desesperados su protección luego de haber visto *sospechosos* merodeando el lugar. La mayor parte de las veces, como era lógico, se trataba de pánico escénico y nosotros, por nuestro lado, todo

lo que podíamos hacer era agilizar al máximo las pesquisas para dar con el paradero de los integrantes de la banda.

Pero el asunto siguió empeorando. Un domingo por la mañana cuando nadie lo esperaba, los de las chaquetas negras decidieron llevar a cabo otro de sus atracos; esta vez dirigido a una tienda de abarrotes de la comuna de Ñuñoa, sin importarles que se trataba de un local lleno *hasta la tuza* de clientes.

Descendieron de un taxi modelo Peugeot que estacionaron a pocos metros de la entrada, armados ahora cada uno con un arma de fuego con las que encañonaron desde la puerta a los concurrentes mientras uno de ellos, el de la metralleta, se abalanzaba sólo hacia la caja fuerte que se escondía en la oficina aladaña al mostrador. No fue necesario intimidar demasiado a los dependientes y al dueño del local, para que este abriese de par en par la hoja de acero y dejase a la vista de los delincuentes los fajos de billetes que buscaban. Las órdenes, como siempre, las daba de un modo latigante el más joven que como de costumbre portaba sobre el pecho su ostentosa cruz de madera.

Antes de retirarse, dos de ellos hicieron una pasada rápida por los bolsillos y carteras de algunos clientes echando en una bolsa improvisada todas las joyas y dinero que lograron arrebatarles. Nadie, en absoluto, osó oponer resistencia y esa fue la causa, en lo aparente, para que no hubiese violencia excesiva.

Enseguida se retiraron a tranco corto y ordenadamente subieron al taxi que los aguardaba afuera, sin chofer. En un minuto se habían perdido entre las calles aladañas.

No tardaron demasiado los primeros policías que llegaron al lugar en percatarse que se trataba de un automóvil de alquiler robado apenas una hora antes del atraco. El taxista había permanecido atado dentro de la maletera del vehículo durante toda la operación y fue liberado tres horas después en el sitio eriazo donde los carabineros encontraron el carro finalmente, abandonado.

Era a todas luces, ¡un atraco perfecto! La búsqueda de huellas dactilares nuevamente resultó infructuosa. La gran esperanza se cifraba ahora en la memoria del taxista que, por primera vez, había observado cara a cara a los delincuentes al momento de abordarlo en las cercanías de calle Pedro de Valdivia, no muy lejos de uno de los cuarteles principales de la policía uniformada. Pero el pobre hombre no recordaba gran cosa, apenas lo de una cicatriz extraña en uno de los pómulos del delincuente mas joven. No lograba describirla con claridad, ni tampoco aseguraba con certeza cuantos centímetros abarcaba en el rostro del muchacho. Sin embargo, ¡ya era algo! Sobre el resto, ni siquiera lograba memorizar el color de piel y el color de los cabellos de los cuatro hampones. El grito intimidante de uno sólo de ellos lo había vuelto sordo y ciego, aparentemente, hasta el segundo en que fue metido dentro de la maletera de su propio automóvil.

Tampoco recordaba el tenor de la conversación que los hampones sostenían, antes y después del atraco.

-Usted no me creerá, jefe-le dijo a uno de mis colegas-, pero hablaban poco y nada.

Si no hubiésemos sabido que se trataba de una de las características más arraigadas en los miembros de la banda, hubiéramos creído que aquel taxista estaba comprometido con ellos....En fin, había que seguir trabajando con lo que teníamos.

Lentamente una sospecha garrafal empezaba a dar vuelta en las cabezas de algunos; entre ellos yo. Pero no nos atrevíamos a darla por sentada; no sin una prueba substancial al menos. “La intuición siempre tiene que ir acompañada por una comprobación científica”, nos había enseñado un criminalista experimentado en la escuela de formación de oficiales y yo creía a pie juntillas en ese *dogma*, sobretodo si se trataba de inculpar a una persona de delitos graves. Así es que preferí mantenerme callado, hasta que un colega trajo la llave capaz de abrir la puerta que nos negábamos a abrir...

CAPITULO XIV

El colega Alvear nunca nos pareció un profesional sobresaliente. Era el tipo de detective que operaba sempiternamente desde un segundo o tercer plano, con una humildad que a algunos de los más viejos terminaba por irritarles. Pero nadie podía negar que fuera capaz de ensimismarse en trabajos de auscultación extremadamente minuciosos y en ocasiones cuando resurgía con una solución a la mano, muchas veces esta orillaba en la brillantez. No contaba para nada con la simpatía del comisario y de los que seguían en los mandos de la unidad, tal vez por la porfiada independencia que caracterizaba a este sabueso y su tendencia a no consultar sus puntos de vista con los más fogueados. Era casi, lo que una isla en un océano tempestuoso y eso no caía bien dentro de un medio donde el trabajo en equipo se valoraba sobremanera.

De cualquier modo, Alvear hacía llegar porfiadamente sus complicados informes a la oficina del jefe del cuartel y cuando alguno de estos merecía ser destacado,

generalmente su autor quedaba postergado y el comisario se llevaba las flores. Pero al detective parecía no importarle. Simplemente ponía el ojo en algo y se largaba a trabajar como una hormiga, solitario, en busca de la solución del acertijo criminal que le interesaba. Su segundo apellido, de origen anglosajón, quizás era la clave de su personalidad. De forma que no nos extrañó cuando calladamente, una vez más, comenzó a recoger todos los antecedentes que se relacionaban con la banda de los de las chaquetas negras y a prestar oreja a la mayor parte de nuestras conversaciones y aquellas otras de los informantes que desfilaban por las salas de interrogatorios en esos días, anotando como de costumbre cuanto podía en su apolillada libreta sacada de una novela de Simenon.

Ya no le prestábamos atención cuando se plantaba en una esquina a escucharnos o cuando, incluso, seguía a los informantes hasta la salida para preguntarles en solitario algo que despertaba su curiosidad. Algunos de ellos le respondían como al “niño bobo” de la unidad, aunque no se atrevían a faltarle el respeto. Yo tenía la sensación de que a Alvear le gustaba pasar por lerdo; era un método eternamente eficaz –ya lo había dicho yo- cuando se trataba de tirar de la lengua de los delincuentes, siempre eufóricos cada vez que un detective los hacía creerse más vivaces. Sabía que esto no era más que una argucia y sabía también que para practicarla se necesitaba de cualidades excepcionales, como por ejemplo carecer de toda vanidad y Alvear poseía esta rara virtud que contrastaba con la autosuficiencia indeseable de algunos sabuesos más experimentados.

De modo que no me extrañó que a mitad de la noche de un sábado el empecinado detective llamara a la unidad solicitando ayuda. Soltero, joven y enamorado de mi profesión, yo me mantenía todavía en el cuartel garabateando algunas letras para el

tribunal, cuando el oficial de guardia me avisó. No había en realidad, a esa hora, otro colega disponible para atender los requerimientos de Alvear, así es que sin darme cuenta me encontré hablando con él a través de la línea. Su voz sonaba extraviada en medio de un gran bullicio: música, personas que chachareaban en voz alta y el tintinear de algunas copas.

-¡Tienes que venirte corriendo a este lugar, *flaco*!-me dijo, visiblemente excitado. Yo sabía muy bien que no ingería alcohol y que por lo tanto, debía encontrarse en todos sus cabales-Súbete a lo que puedas y vienes a ayudarme a *encanar* a un *choro groso* (delincuente importante)- agregó enseguida, sin olvidarse de darme las referencias del lugar:-Estoy en el restaurante del *Nanito*; ¿lo conoces?

-Si, por supuesto-le aseguré-; ¡quien no lo conoce! Pero dime de que se...

-Acá te explico ¡No te demores!

El *tugurio* del *Nanito* era un boliche de juergas de la peor catadura. Se juntaban allí, cada fin de semana, lo más repodrido del ambiente delictual capitalino y además quedaba al otro lado de Santiago, en la inquieta comuna de Conchalí. No era el mejor lugar para un detective solitario, ni para dos ¡Solamente a Alvear se le podía ocurrir infiltrarse sin aviso de sus jefes, en semejante lugar! Sin embargo, no podía desoír su llamado. En situaciones como esa sólo restaba ¡*apechugar*!; así es que me subí prontamente a un taxi y antes de media hora me *apeaba* en la mismísima puerta del miserable local. Desde el interior emergía un bullicio descomunal, mezcla de risas, de gritos y de rancheras. Apenas abrí la puerta me recibió una andanada de humo. “Algo de

marihuana, tabaco y alcohol”, pensé, sintiendo como los olores se metían por mi nariz. Había unas ochenta personas, todas de muy feo aspecto, entre mujeres y hombres y a un lado de los baños, sumido en aquel gentío, asomaba el rostro impertérrito de Alvear.

Me saludó con un guiño y sin abrir la boca me señaló con el mentón a un sujeto que bebía unas copas, solitario, sentado a una mesa. Se hallaba extremadamente ebrio, sin lugar a dudas, pero nadie en la sala se atrevía a pasar a llevarlo. De vez en cuando agitaba la diestra y el mozo corría solícito a servirle otra vasija de vino, como si se tratara de un patrón de fundo. Vestía, sin embargo, un pantalón desgastado y una chaqueta corta con visibles roturas en las mangas; un mechón descuidado le cubría medio rostro y babeaba como un buey, mientras se tambaleaba en su silla contemplando un punto muerto sobre el mantel floreado donde a veces se desparramaba la copa que contenía el brebaje que ingería.

-¿Quién es?-pregunté en murmullo.

-¡No hay tiempo para eso!-me respondió Alvear, como si le molestara mi curiosidad.

-¡Cómo!-protesté-, ¿me hiciste recorrer medio Santiago para no responder una pregunta tan simple?

-Sólo mira atentamente su cadera derecha-me indicó él, con un susurro.

¡Diantre! Claramente se distinguía por entre los huecos de la silla, el abultamiento característico de un arma de fuego.

-Es un Ruby Extra punto treinta y ocho-me explicó mi colega, seguro de lo que afirmaba.

Muy pocos delincuentes, en esos días, portaban un revólver de esas características. Eran demasiado caros en el mercado negro y por lo general terminaban en las manos de los hampones más importantes. Eso, de alguna manera, suprimía cualquier discusión. Estaba claro que Alvear no había llegado a ese pez gordo por pura casualidad y que debía ayudarlo, callado, aprisa y preguntar después.

-¿Cómo quieres hacerlo?-inquirí.

-A la manera de los *chinganeros* (borrachos)-me dijo él, convencido de que era la única forma de sacar a ese individuo de allí sin mediar un escándalo. Estaba claro que con un método más frontal no nos habría dejado salir vivos de ahí. Así es que nos pusimos de acuerdo.

-Lo abrazamos, yo le saco el arma disimuladamente y lo cargamos afuera-propuse.

-¡Hecho!-aceptó él, como si se tratase de algo simplísimo.

De cualquier modo, me encantaba *teatralizar* el papel de un borracho y hasta me salía con cierta naturalidad. Alvear, en cambio, no tenía mucho talento para eso, pero

trataba de hacerlo lo mejor posible. Lo vi caminar al lado mío tambaleándose graciosamente, igual que yo, hasta la mesa de nuestra presa.

-¡Vaya primo!-lo saludé, con una sonrisa de oreja a oreja-, ¡la suerte nuestra de encontrarlo por acá!

Surtía efecto, sin duda, porque a nadie pareció llamarle la atención, ni siquiera cuando lo abrazamos.

-¡La *Panchita* nos mandó buscarlo y llevarlo a casa a como diera lugar!-añadí, modulando pesadamente, para hacerlo todo creíble. Noté que Alvear aprisionaba fuertemente los dos brazos del sujeto, ocasión que aproveché de echarme encima suyo para extraer lo más disimuladamente posible el Ruby. Sentí el mango de madera del arma cuando lo alcanzó mi diestra, mientras el borracho daba un *aleteo* instintivo para defenderse. Ya en ese momento Alvear lo levantaba y yo, rápidamente, traspasaba el *cañón* hasta la pretina de mi pantalón donde quedó embutido a un lado de mi revólver reglamentario. Media camisa afuera tapó sin dificultad los dos *trabucos* y enseguida empezamos la caminata, dando trastabillones hasta la salida, intentando acallar con otras frases graciosas los refunfuños del hampón.

-¡Qué cresta...!-chillaba él, afortunadamente con la lengua completamente *traposa*, como si hubiera estado emborrachándose a propósito para facilitar nuestra acción. De paso botamos una silla y un garzón nos quiso cerrar el camino. Saqué un fajo de billetes que guardaba en uno de los bolsillos del pantalón y se lo alargué torpemente:

-¡Páguese con todo, compadre!-le dije-, que mi primo no deja nada sin pagar. Guárdese el cambio.

Alcancé a distinguir la sonrisa del mesero que, seguramente, recibía con eso tres veces el valor de lo ingerido por nuestro hampón. Dentro mío semejante sacrificio me sonó a muela picada ¡Era lo que me restaba del sueldo del mes! En fin, “valía la pena”, pensé mordiéndome la lengua, cuando ya salvábamos el umbral de salida.

La suerte estaba de nuestro lado. A pocos metros esperaba un taxista, dispuesto a *desvalijar* a los borrachos que pidieran subir. Había docenas como él que se apiñaban frente a los burdeles, aguardando a sus víctimas. En Santiago *hacían nata*, desgraciadamente, los conductores de vehículos de alquiler que *reventaban* a los ebrios, a los turistas y a los afuerinos; eran una plaga antigua y lo seguirían siendo por muchos años. Tamaña sorpresa se llevó éste cuando, una vez arriba, notó que le encasquetábamos un par de *esposas* en las muñecas a nuestro prisionero en el asiento de atrás, mientras Alvear le ordenaba con un tono de voz que no admitía reclamos:

-¡Rápido, a la *trece*, en la calle Fernando Lazcano y sin chistar!

Descendimos del automóvil con nuestra presa en la comuna de San Miguel, sintiendo que las cosas habían salido a pedir de boca. Ahora, en lo que a mi concernía, sólo restaba saber si se trataba del prisionero correcto. Pero en este punto mi colega parecía estar muy seguro, de manera que apenas cruzamos la sala de recepción y sin esperar mi opinión, le pidió al oficial de guardia:

-Llame al comisario. Dígale que le tengo a un *peso pesado*.

El colega quiso preguntar, lo mismo que yo, de quien se trataba, pero otra vez la exhibición del Ruby Extra sirvió como única respuesta.

-Usted sabrá lo que hace-le advirtió el de la guardia, señalando con una mueca el reloj que marcaba las tres de la madrugada.

-Esta fiesta recién empieza-murmuró Alvear, mientras arrastraba al sujeto detenido hasta una de las salas de interrogatorios donde lo esposó a una de las sillas fijas al piso. Allí esperamos por el jefe de la unidad que llegó una hora después golpeando puertas y refunfuñando como un oso.

-¿Cuál ha sido la causa de tanto alboroto?-entró a la sala, preguntando.

-Este *caballero*- le respondió con una serenidad pasmosa mi colega, esta vez sin necesidad de exhibir el arma incautada- ¡Aquí le tenemos al *Colorado*!

-¿El *Colorado*?-chilló el comisario, incrédulo y restregando sus ojos para despertar totalmente. -¿Quién lo agarró?-inquirió enseguida, con una sonrisa que nunca le había visto, dirigiéndose a mí- ¿Fuiste tú, *flaco*?

-¡Nada de eso, jefe!-le contesté con cierta molestia. Es un trabajo de Alvear; yo sólo le cooperé en la aprehensión.

-¡Ah! Bueno..., felicitaciones, muchacho.

Y fue todo. Solía pasar en este trabajo ingrato: no siempre se reconocían los méritos de quienes lo merecían. Pero Alvear estaba demasiado feliz como para atender a eso. El mismo fue al teléfono a llamar a Montes y a Lara, cuando lo ordenó el comisario, sabiendo que esa era la antesala de una diligencia policial frenética.

Mientras tanto, el *Colorado* lentamente se recuperaba. No demoró en darse cuenta de la celada que le habían tendido.

-Buena, jefecito-le dijo a Alvear, apenas notó que era el autor de su detención-, usted dará que hablar...

No entendí si se lo decía porque auguraba en él un futuro promisorio como detective o porque estaba conciente que, aún sentado en esa silla, convenientemente engrillado, “valía su peso en oro”.

-Eso es lo que vale-le escuché comentar a Montes, cuando llegó al cuartel casi junto con Lara y oficialmente, por orden del comisario, se hacían cargo de los interrogatorios.

Ya estábamos sobre las cinco de la madrugada y como de costumbre comenzaron a desfilas las tazas de café; luego siguieron las camisas arremangadas y las salidas y entradas simulando “el jefe bueno” y el “jefe malo”, para agarrar las contradicciones del interrogado. Era una rutina desagradable y pesada donde, por lo general únicamente preguntaban los más antiguos y donde los *pollos* sólo hacíamos las veces de testigos y

ocasionalmente de “muchacho de los mandados”, para traer y llevar alguna cajetilla de cigarrillos o un vaso con agua.

En ese mar de preguntas y respuestas, el detenido era a veces un ratón asustado y otras un zorro viejo, azuzado por dos o tres focos de luces directas que permitían distinguir con suficiente claridad la más imperceptible de sus expresiones; sobretodo aquellas que podían delatar una mentira. Entonces, el puño de Montes golpeaba la mesa aladaña con la fuerza de un tigre y Lara lo calmaba, haciendo las veces de policía “bueno”. Cuando lo creía necesario, nos hacía salir a todos y se quedaba a solas con el *Colorado*, a sabiendas de que escuchábamos pegados a un muro falso con la sala vecina. Desde allí podíamos oírlo cuando con palabras amables convencía al hampón para que se soltase en un punto determinado, antes de que el “malo” de Montes regresara a arrancarle la confesión que hacía falta, “a su manera”.

A las once de la mañana, con el sol casi a mitad de camino en el cielo, los interrogatorios seguían viento en popa a ventana cerrada, iluminados todavía por aquellos focos eternos que nunca parecían apagarse dentro de la unidad policial. El humo de los cigarrillos hacía insoportable continuar y el comisario, adivinando el cansancio extremo que comenzaba a poseerme, me mandó salir.

-¡A casa, chiquillo!-me gritó, sin darme oportunidad de rebatirle-; necesito que te pegues una pestañadita y que regreses como nuevo en la tarde, cuando la verdadera acción se inicie ¿De acuerdo?

-De acuerdo, jefe.

CAPITULO XV

Regresé a la unidad a las siete de la tarde y me esperaba un remolino humano. Pasaba cada vez que se llevaba a cabo una diligencia policial descomunal y desde el primero hasta el último hombre se mostraban deseosos de colaborar. En lo que llevaba ahí había visto ese fenómeno una docena de veces, aunque esta vez la agitación parecía ser todavía mayor. Se podía sentir en el aire el nerviosismo que despertaba en todos la aproximación de una acción altamente peligrosa. Era una especie de comezón que afectaba mucho más a quienes iniciábamos nuestras carreras y nos forjábamos en aquellas experiencias que un día, a algunos, nos permitirían comandar con éxito a otra hornada de oficiales bisoños.

-El jefe que no ha pasado por esto-decía Lara en sus jergas habituales-, será un lastre para la institución en el futuro.

¡Y tenía razón! Pero en ese momento no estábamos para monsergas. El *Colorado* había “destapado una olla” muy grande. La mayor parte de sus confesiones, hechas

mientras yo dormitaba en mi casa, estaban causando revuelo. El comisario ordenó una reunión de último minuto para subdividir los “campos de acción”, como le gustaba decir, siempre de la mano de un pizarrón.

-¡Muchachos!-exclamó, ordenando con un gesto que guardáramos silencio, mientras nos apretujábamos en su pequeña oficina como sardinas en un tarro-, el *Colorado* lo ha soltado todo. Ha confesado ser el coautor de tres asaltos a mano armada, de un atraco a un empresario y de dos *choreos* livianos en Providencia ¡Nada que no maliciáramos!- recalcó, con inevitable fanfarronería. Viendo que no lo festejábamos, prosiguió con lo medular:- Ha confesado, además, ser uno de los integrantes de la famosa banda de los de las chaquetas negras y ha delatado finalmente a sus otros tres compañeros de fechorías, dándonos sus nombres y también la dirección de las *covachas* donde se esconden. Dos de los componentes, como era de esperarse, son los otros reos fugados el 6 de febrero de la penitenciaría. Como recordarán, se trata del *Sultán* y del *indio Mariluán*.

Eso estaba claro. Pero, ¿y el último componente? Como si hubiera leído en nuestras mentes la pregunta, continuó:

-El que hace las veces de líder, el “cerebro”, el que ha ideado cada uno de los asaltos de principio a fin, es una persona conocida por nosotros....-Sostuvimos la respiración. Luego vino la gran sorpresa:- ¡Se trata del *Chinchorro*!

¡No podíamos creerlo! ¡Boris Malebrán! Noté como algunos colegas que habían sido amigos del detective Escobar, se sobaban las manos a mi lado. No me gustó nada.

Los demás se mostraban abismados; excepto Alvear que, como se suponía, ya sabía algo de aquello desde el momento en que había ido tras los pasos del *Colorado* ¡Era, en el fondo, lo que nos gritaba a voces nuestra maldita intuición! ¡El hombre de la cicatriz! ¡Claro que sí! Todo encajaba perfectamente y ahora teníamos, ni más ni menos, a uno de los integrantes del grupo delatando a su jefe y al resto de sus compañeros... ¿Qué más podíamos pedir?

Corrían las 8 de la tarde y la oscuridad lentamente comenzaba a apoderarse del cuartel. Afuera, el guardia uniformado amablemente comenzaba a despachar a la gente que concurría a las oficinas, señalándoles que esa noche estaba suspendida toda atención.

-Perfecto, muchachos-continuó adentro, el comisario:-, hemos elaborado un plan de acción...

Se pegó enseguida al pizarrón, donde garabateó algunas cosas. Había dividido la dotación total de la unidad policial en cuatro grupos. Yo, rápidamente, hice que me agregaran al de Lara y Montes y a última hora convencí a Alvear para que se nos uniera. Estaba un poco reacio. “No le agradaban los fanfarrones”, me dijo con todas sus letras, recordando tal vez lo mucho que lo habían humillado aquellos dos sabuesos; pero finalmente logré desvanecer sus rencores, haciéndole ver que también tenía grandes garantías adherirnos al equipo de los más osados.

-Con los valientes está la aventura-le dije, viendo como lo entusiasmaba con eso. Además, se hallaba agradecido conmigo; sobretodo, creo yo, porque no le había

cobrado ni un peso del capital que inesperadamente había tenido que desembolsar para dejar tranquilo al garzón del restaurante de Conchalí. También le gustaba la compañía de Mujica y del *gringo* Berth, que se acaban de integrar. Ambos, eran igualmente garantía de “pantalones bien puestos”.

El “campo de acción”, estaba perfectamente dirimido. Tres grupos se encargarían de aprehender al *indio* Mariluán y al *Sultán* en los interiores de la población José María Caro, donde se encontraban. Existían razones de peso para querer ocupar a tanta gente en esa parte de la acción: la locura homicida que caracterizaba al *Sultán* en las encerronas y la fuerza hercúlea del *indio*, sin descontar la intimidante metralleta que guardaba este último, presuntamente, debajo de su almohada.

La segunda acción debería ser llevada a cabo en solitario por nuestro grupo, comandado por el imperturbable de Lara. Por razones de estrategia, todo aconsejaba que nos lanzáramos en ambas acciones a un mismo tiempo. “El hampa tiene alas”, rezaban los más antiguos y todos sabíamos lo que significaba esto y que la base de nuestra diligencia se cimentaba en la indiscutible discreción con que se había logrado capturar al *Colorado* y en el escaso tiempo que había transcurrido. La menor sospecha de una *cana* habría hecho volar como golondrinas al resto de la banda y un día desaparecido de uno de ellos después de una noche de juerga, no podía significar otra cosa que estar “componiendo la caña”. ¡Nada como para inquietarse! Alvear, en su sencillez extrema, sin duda había previsto también esa circunstancia.

El velo que ocultaba el escondite del *Chinchorro*, por fin se descorría ¡Ahora teníamos su paradero exacto! El sector de Las Rejas, donde se encontraba, esa noche se

vestiría de carreras policiales. El *Colorado* había detallado con minuciosidad admirable la casa donde se refugiaba en un pasaje estrecho de la población México, en el número 33. Se trataba de una arteria corta, de las pocas que permanecían sin pavimentar todavía, con patios pequeños y viviendas enjutas y bajas, muy parecidas a las que habían acompañado la niñez de Boris en aquella otra población donde acababa de dar muerte a su progenitor. Sin antejardín, la puerta de calle enfrentaba directamente a la vereda por el lado norte y la ventana del dormitorio miraba al pasaje.

Lara hizo estacionar los vehículos bastante lejos del lugar, en calle Pajaritos, para no despertar sospechas y mandó a una detective que parecía estudiante de secundarias, Marilyn, acompañada de Mujica que por la tez sonrosada de su rostro pasaba también por un chiquillo. Tenían que *porotear* el lugar, asegurarse si era posible de la presencia del Chinchorro en la casa y aguardar en las cercanías para vigilar si se ausentaba o no. Simularían ser una pareja de pololos, ella vestida como escolar, él como un muchacho de población. No era fácil en un sector donde todos se miraban con desconfianza, pero entre abrazos y besuqueos falsos el objetivo fue conseguido y dos horas después nos aseguraban por un *boqui toqui* (comunicador radial) que el “chorlito estaba en su nido”; sonaba ridículo, para mi gusto, pero quería decir que de alguna manera habían visto, a través de la ventana probablemente, a Boris dentro de la casa.

Así es que nos dispusimos a esperar, como estaba planeado, hasta las tres de la madrugada. A esa hora, en punto, se efectuó la comunicación entre nuestros carros y los que estaban en las cercanías de la José María Caro, para dar “inicio a la función”, que fue la frase exacta que se usó; luego otra mucho más obvia: “bote al agua”. De ahí en adelante, los dos equipos debían recorrer indistintamente las diez cuadras que nos

separaban de nuestros objetivos para ejecutar los allanamientos, si era posible, con una coincidencia de segundos. Entendíamos perfectamente que cualquier llamada telefónica, en el intertanto, podía “echar los pájaros a volar”, de modo que nada nos parecía exagerado. En tres minutos nos hallábamos en la entrada oeste del pasaje y rápidamente el jefe de grupo nos dio la señal de arranque. Cada cual sabía lo suyo y, como recalcaba Lara, lo importante era “no salirse del libreto, para que todas las piezas engranaran bien”. O sea, ajustarse al plan que, entre otras cosas contemplaba el copamiento en tres minutos de todos los puntos cardinales del patio trasero de la casa en que existía vecindad.

Se había pensado en un principio en la posibilidad de meter, antes de la operación, dos detectives en las casas que parecían el 33, pero no teníamos ninguna seguridad de que los moradores nos colaborarían y el escaso margen de tiempo con que contábamos después de la confesión del *Colorado*, no nos permitía *sondear* la identidad de los vecinos que debían ayudarnos. Terminamos, entonces, poniendo todos nuestros huevos en una sola canasta: la vivienda del lado sur donde, según un antecedente que nos facilitaron los detectives de esa jurisdicción, habitaba el familiar de un policía uniformado y debía, por lo mismo, tener una buena disposición frente al llamado de la ley..., suponíamos. Desde allí sería fácil saltar al patio del 33.

Nunca como aquella vez me quedaría tan claro que “una viga desvencijada podía echar abajo un castillo”. Parado frente a la puerta principal de la casa del *Chinchorro*, donde me habían asignado, no se me pasó por la mente que nuestro naípe pudiera desarmarse. Lo habíamos calculado todo y barajado cada una de las dificultades cuidadosamente: desde un perro porfiado, hasta un clavo atascado en los zapatos. Pero

el destino siempre juega a ganador con sus sorpresas imprevistas y eso, exactamente, ocurrió esa noche a pocos segundos de iniciada la acción.

La población parecía completamente desierta y hasta los cancerberos de cada patio parecían esta vez interesados en colaborar con el llamado de la justicia. Podía imaginarme a los moradores de aquellas casas durmiendo plácidamente en sus camas. De pronto, un zumbido ingente de voces y gritos histéricos rompió la calma de la noche como una mortaja rasgada por un cuchillo. Provenía del pasaje continuo, desde la casa de los presuntos familiares del carabinero. Algo allí había salido tremendamente mal. Por alguna razón que no atinábamos en ese momento a comprender, los moradores de aquella vivienda al ver nuestra presencia habían comenzado a chillar como cerdos en el matadero, negándose a prestarnos todo tipo de colaboración. Habían siete mujeres y metían tanto ruido como las gallinas de un gallinero ante la presencia del zorro; porque de cualquier manera hubo que abrirse paso entre ellas, avalados por un registro judicial habilitado por un juez y para hacerlo mis colegas debieron lanzarse a empujones hasta la puerta interior, para cubrir su objetivo: el patio del 33.

Mucho después entendimos que si hubiésemos pedido la colaboración de veinte vecinos en la cuadra, se nos hubiese otorgado ¡Pero no ahí, en la guarida de “un piojo resucitado”!: un *pequero* (juegos de azar callejeros) que nadie buscaba y que vivía allí rodeado de sus hermanas y de su madre, jugando a bandido, seguro de que todo ese contingente policial llegaba a su morada esa noche, a las tres de la madrugada, ¡a detenerlo a él! “¡Quien había sido el estúpido que nos acababa de hablar del parentesco con un carabinero!”), pensábamos todos, rabiosos. Pero el daño ya estaba hecho. La familia del *Jilguero*, apodo con que se le conocía al *pequero* en las calles de Estación

Central donde practicaba sus jugarretas tramposas, se encargó en pocos segundos de alertar a todo el vecindario y probablemente a toda la población, de nuestra presencia. Hubiera sido menos sonora la sirena de dos camiones de Bomberos.

El instinto nos avisó a todos los que aguardábamos frente a la puerta de calle de la casa 33, que algo había cambiado en su interior. Nada se movía aparentemente, hasta que sentimos aquel cristal rompiéndose y cayendo al suelo. Ninguna luz se encendió.

Desde la casa del *Jilguero* venía hasta nuestros oídos el alboroto que suscitaban los empujones de Montes y su gente, abriéndose paso a como diera lugar hasta el patio de la morada de Boris. Súbitamente las voces de las mujeres desaparecieron y pobló la noche una andanada ronca y fuerte de estampidos que debió retumbar aún a dos kilómetros de distancia ¡Era la Walther! ¡Nuestro segundo y más grave error! La creíamos en poder del *indio Mariluán* y por eso se había enviado un contingente tres veces mayor hasta su escondite. Pero ahí estaba la maldita arma, escupiendo proyectiles hacia los patios vecinos. Luego, medio minuto de silencio y enseguida, otro cristal rompiéndose, esta vez delante de nosotros. Era un vidrio de la ventana de calle y por allí vimos emerger la boca negra del fatídico aparato y casi de inmediato una segunda andanada, más larga esta vez, directamente hacia nuestras cabezas.

-¡Al suelo todos!- alcanzó a gritarnos Lara, desgañitándose la garganta.

Las fauces de la metralleta se inundaban de fuego, sin dejar de disparar en todas direcciones, afortunadamente con una puntería mediocre. Era una sola persona abaleando a diestra y siniestra, alocadamente, desesperadamente, aunque no lográbamos

ver la silueta del *francotirador*. Más visibles terminaban siendo los proyectiles incrustándose aparatosamente en los árboles y en las muros de la vereda de enfrente, donde nos habíamos parapetado; algunos pasaban a centímetros de nuestros cráneos, silbando con su viento de muerte característico, mientras los gritos histéricos de los habitantes de las casas colindantes llenaban de malos augurios el lugar y hacían más difícil nuestra concentración.

A media cuadra escuchamos la voz del conductor de uno de los carros policiales, dando instrucciones a los pobladores a través del parlante móvil:

-Esta es la policía...Atención, manténganse en sus casas, pegados al piso...Estamos en un operativo. No miren por las ventanas...

Me pareció muy atinado. Cualquier curioso asomándose, podía recibir un impacto de bala. El mensaje se repitió unas cinco veces; luego supusimos que el chofer llamaba a la central de radio, pidiendo refuerzos. Mientras tanto, hundidos en la tierra, cada cual buscaba refugio en las áreas más oscuras del pasaje. Sólo Mujica permanecía en una mala posición; apenas lograba cubrir su cuerpo con un tronco de árbol demasiado delgado y pudimos escuchar dos o tres impactos descascarando el tronco que lo protegía. Pero tenía algo a su favor: era el único policía que podía responder de frente la arremetida. Lo vimos empuñar con cuidado su viejo revólver Colt y percutar cuatro cargas en contra de la ventana del 33.

No tardaron en sumarse los revólveres de Montes y del *gringo* Berth, desde el patio interior de la casa, obligando al gatillador de la Walther a volver el cañón hacia los

nuevos atacantes. Dos andanadas fueron su respuesta inmediata. Del lado nuestro no había una sola arma larga; todas se habían ido con el equipo destinado a la captura del *indio Mariluán*.

No cabía duda que la Walther estaba siendo percutada por un verdadero demonio, aunque no mejoraba su puntería y algunos de los proyectiles, incluso, rebotaban dentro de la casa evidenciando una torpeza aún mayor. Cada vez que se veía obligado a mudar de cargador y de amartillar la máquina de muerte, una crujidera fuerte dejaba a la vista su inexperticia. Era algo a nuestro favor, pensamos.

Presumíamos que era el *Chinchorro* o más bien, a nadie se le pasaba por la mente que no fuera él quien protagonizaba aquella locura. Estaba claro también que era un ataque suicida y que no conseguiríamos arrancarlo vivo desde el interior de su madriguera. Aunque en esos segundos, para ser sincero, la eventualidad de la muerte, la propia o la ajena, se vuelve un sentimiento pasajero en presencia de lo que se debe hacer. Sabíamos que no sólo debíamos responder, sino también acertar con nuestros proyectiles y que cualquier otra consideración en ese instante infernal estaba fuera de lugar.

El tiempo, mientras, jugaba a su propio ritmo y no nos dimos cuenta del arribo de otras patrulleras hasta que distinguimos a cincuenta metros sus balizas encendidas, cerrando el lugar a toda posibilidad de escape. Podíamos escuchar las voces de los colegas de refuerzo provenientes de otras jurisdicciones, disponiendo un acercamiento a la zona de enfrentamiento. Nada, entretanto, parecía capaz de detener el tableteo de la Walther y comenzábamos a preguntarnos si el disparador tenía en su poder un arsenal

“de cuartel”. Cada vez que Lara me hacía una seña para aproximarnos, el cañón emergía una y otra vez como la boca de un dragón, para escupirnos el fuego diabólico de sus proyectiles que levantaban delante de nosotros una muralla impenetrable.

Ninguno de aquellos detectives sabía lo que era en esos años, del uso de chalecos antibalas ni de cascos protectores ¡Policías a la antigua! Nuestros revólveres habían pasado por las manos de dos generaciones de sabuesos, antes de llegar a las nuestras y la carga de munición extra no mediaba de seis balas por cada arma. Así es que solamente dependíamos de la experiencia de los más viejos, de lo que habíamos aprendido en la escuela y de nuestro instinto. “Pequeñas defensas, para ese tipo de situaciones”, habrían dicho los detectives del futuro, pero era lo que se tenía y nos sentíamos honrados de que así fuera.

Mujica fue el primero en resultar herido. El rebote de una esquirla en el muro de la casa que estaba atrás suyo le desgajó un trozo de carne en uno de sus hombros, pero él pareció no notarlo o si lo hizo nada amilanó su accionar y siguió disparando las escasas municiones que le restaban, de minuto en minuto, intentando dar en el blanco como quien apunta a un pato plástico en una feria de entretenimientos. Lara ya había vaciado completamente las dos cargas de su nuez y sólo quedaba yo con balas disponibles. Las había estado cuidando “como hueso santo”, esperando la mejor ocasión y le pasé de malas ganas al viejo sabueso tres de las municiones que tenía, tendidos en suelo como estábamos. En ese traspaso nos encontrábamos cuando acuchilló nuestros oídos un grito espeluznante. Era un alarido pavoroso, de hembra, largo, hiriente, rebalsante como la vida que se escapa. Hacía temblar los huesos, llenándonos de angustia. Duró lo que dura un soplo de ventisca en el desierto, quizás más de un minuto, taladrando nuestras

conciencias con el peor de los remordimientos ¡Habíamos matado a una mujer! Uno de los disparos de Mujica le acababa de horadar el cuello, asfixiándola dolorosamente hasta arrebatarle el último aliento, con un chillido agudo con tintes de resoplido agónico que de alguna manera recordaba el degüello monstruoso de un animal.

Sin acuerdo alguno saltamos hacia delante y corrimos en tropel hasta la puerta de la casa, dejando que Lara la tumbara con un empujón. La hoja de madera explotó hacia atrás en el mismo instante en que Montes botaba la puerta trasera y nos topábamos a boca de jarro, todos, con el espectáculo de muerte que nos aguardaba junto a la ventana de calle. Alguien prendió las luces y pudimos distinguir, junto a la muralla, el cuerpo de una mujer de cabellos aleonados y teñidos de amarillo que sin soltar la metralleta, temblaba como un pájaro dando los últimos estertores de la muerte ¡Era la *Lola chica*! Lo supimos instintivamente. La Walther, todavía hirviente, quemaba la piel de sus manos, abriendo yagas negras que debían haber estado allí durante gran parte de la contienda ocasionándole un profundo dolor pero sin conseguir amilanarla, casi como le había ocurrido al colega que, herido, finalmente logró impactarla.

“¡Digna rival!”, exclamé dentro mío, sin poder evitar sentirme como un canalla. Me costaba creer que aquella hembra solitaria nos había tenido en jaque más de una hora, arremetiendo como un toro contra todos aquellos policías. Nada impidió que experimentase hacia ella, en ese minuto, un profundo sentimiento de respeto y de admiración ¿Qué podía haber motivado en ese pecho de *china* semejante sacrificio?

Recordé sin quererlo a la Sargento Candelaria cogiendo el fusil del capitán muerto, su amante, para escalar el Pan de Azúcar a pecho descubierto. Aunque, no podía

olvidarme que esta vez se trataba de una delincuente y que aquella sublime acción de entrega y fanatismo no había tenido otro norte que permitir la fuga de un asesino. Era, paralelamente, el acto más cobarde que se me podía ocurrir de un delincuente. “¡Ese maldito no merecía pisar la punta del pie de aquella hembra formidable!”, pensé, inundado de ira.

Nadie dijo nada, pero todos pensaban lo mismo y a todos los ganaba la misma rabia, aún a los más viejos, bastante más curtidos que nosotros en las lides de la vida y la muerte. Uno detrás de otro pasaban por delante de la *Lola chica* tributándole a su manera un homenaje póstumo, después de comprobar que habían desaparecido los signos vitales.

-Llama a los de Homicidios-ordenó Lara a uno de los detectives que tenía más cerca-; quiero un peritaje como Dios manda. Que no haya dudas de que fue un enfrentamiento, ¡porque a nadie le gusta matar mujeres!

De pronto, alguien nos hizo recobrar los cinco sentidos. Era uno de los detectives que venían desde el patio que muy despacio, como no queriendo incomodar, dijo:

-No debe andar muy lejos...

¡Claro!, el *Chinchorro*...Debía andar todavía dando saltos y carreras por los tejados cercanos o por las calles aledañas. Para escapar del cerco, forzosamente debía haber esperado la soltura que se produjo después de la muerte de su amante. O sea, hacía muy poco. Lo comprendimos con un chispazo de luz en nuestros atolondrados cerebros. El

muy bellaco había dejado a la *Lola chica* en su lugar disparando a diestra y siniestra, para hacernos creer que se trataba de él, sólo para darse tiempo en la huída...

-¡Es cierto!-exclamó Lara-, no debe andar muy lejos. Enseguida, ordenando a dos de los detectives recién llegados que aguardasen allí el arribo de los de la *roja*, dio la orden que esperábamos:-¡Vamos de cacería, muchachos!

Se podía ver en su rostro la ira que lo inundaba, igual que al resto ¡Nadie quería dejar escapar a ese perro rabioso y cobarde! Salimos enseguida, como una tromba, repartiéndonos a la carrera en las direcciones que Lara y Montes señalaban como probables escondites, mientras los vecinos comenzaban a salir al pasaje y a las calles continuas, dando paso a los detectives que deseaban revisar sus moradas. Todos se hallaban ahora dispuestos a cooperar, hasta el mismísimo *pequero* de la casa de atrás y las siete mujeres chillonas de su familia. El delincuente tendía sus muñecas, arrepentido, para que lo esposaran, pero no había tiempo ni interés para eso y proseguimos nuestra búsqueda.

Era una batahola considerable y la voz de mando de los más viejos pronto fue sustituida por la iniciativa de cada uno. Aunque teníamos claro que debíamos ir expandiéndonos en círculo a medida que lo empadronábamos todo, en corto tiempo terminamos pesquisando cada uno por su lado, en solitario, para extender lo más posible el área de búsqueda. De esa manera, casi sin darme cuenta, me fui alejando de la población. No había que caminar demasiado por aquellos años en ese sector, para toparse con los extensos sitios eriazos que circundaban las inmediaciones de la avenida Pajaritos, de ahí hacia el poniente, hasta alcanzar el mismísimo aeropuerto de Pudahuel.

Los *peladeros* eran parte de la geografía del gran Santiago y en la noche se parecían a la boca abierta de una ballena.

Me fui metiendo en esa boca negra, sin estrellas y sin luna, casi a tientas, intentando vislumbrar en la penumbra cualquier movimiento sospechoso. De pronto me pareció ilógico pensar que podía toparme allí con el *Chinchorro* que, sin lugar a dudas, a esas alturas ya debía haberse montado arriba de un taxi en la misma Pajaritos o quizás en las inmediaciones transitadas de la población México. No tenía sentido que hubiera permanecido en los sitios eriazos propincuos... ¿Para qué?, si su intención desde un principio había sido escapar. A menos que..., el tableteo lejano de la metralleta y de los revólveres lo hubiese dejado a la deriva, escuchando y *voltejeando* como los barcos en las proximidades de un puerto...Podía ser.

En esas conversaciones internas estaba, cuando sentí detrás de mí una voz de piedra que me decía:

-¡Quédese donde está! Si mueve un dedo, lo atravieso con una bala.

Reconocí de inmediato aquella tonalidad. Sin quererlo me trajo a la mente el recuerdo inmediato del episodio del tren ¡Era Boris Malebrán!

-¡Boris!-repetí en voz alta, a manera de aseveración.

-Alguien que me conoce; alguien que me busca-dijo él, con esa ironía que le caracterizaba y que tanto me molestaba a mi en particular-¡Un *rati* fuera del gallinero!-añadió, con rabia.

Noté que mis ojos se acostumbraban cada vez más a la penumbra y lentamente pude distinguir la silueta del delincuente, con un revólver en la diestra, parado frente mío, a medida que me iba dando vuelta. Mi arma, con uno o dos proyectiles en su recámara, descansaba hacía rato dentro de la pretina de mi pantalón y no había modo de extraerla de ahí sin un movimiento brusco. Antes de lograrlo, el *Chinchorro* me habría descerrajado un tiro. Era lo que anhelaba hacer de todas maneras, intuí, pero algo lo detenía; quizás el temor de atraer con el estallido la atención de mis colegas..., aunque le sobraba tiempo allí para escapar.

-¿Quién eres?-me preguntó, invadido por una chispa de sospecha.

-Alguien que te escuchó pacientemente una vez-le respondí, manteniendo la calma-y que ayer, como hoy, estaba en desventaja...

-¡Claro que sí!-exclamó él, recordando de inmediato-; el *jefecito* del tren... ¡Tarde o temprano teníamos que encontrarnos de nuevo! Antes fue una pierna rota, ahora el *canuto* guardado al cinto ¿No estuviste disparando acaso?

-¿A tu novia?-le pregunté, a propósito.

-A esa chiquilla, si-contestó él, con visible desprecio, como si se tratara de un trapo viejo.

-¿No sabes, acaso, que ha muerto?

Guardó silencio unos segundos y enseguida retomó su discurso, sin inquietarse demasiado:

-Era su destino. Ella lo quiso. Yo sólo le pasé la Walther... ¡No le pedí que se la jugara por mí!

-Pues, se la ha jugado-le dije, con rabia mal contenida-, pero por la persona incorrecta.

-¿Me darás un sermón, *jefecito*?-inquirió, con una mueca feroz.

-Alguien debió dártelo, cuando era tiempo...Ahora es demasiado tarde-
contraataqué, decidido.

Sabía que se trataba de palabras soltadas al viento y que mi destino en aquel momento, ya estaba labrado. Pude ver como el índice de su diestra se acomodaba en el gatillo de su arma. Lo había hecho asimismo yo, mil veces, en las prácticas de tiro y no ignoraba que aquello era la señal indiscutida de que se pensaba en disparar.

Era extraño, pero no transpiraba, ni temía, ni me angustiaba. Una docena de veces me había puesto imaginariamente en aquel escenario y entendía que se trataba de una decisión tomada a conciencia...Venía de la mano con aquella profesión, envuelta en un paquete de regalo siniestro y cada detective lo debía tener asumido. “¡Y también la familia!”, me repetí, en silencio, pensando en que mis padres sabrían resistir la noticia con estoicismo sereno ¡Era algo que yo había querido!; una profesión que había amado desde pequeño y sin la cual hubiera vivido como vive el lisiado.

Pude sentir el estampido antes de que se produjera y pude distinguir, a pesar de la oscuridad, el relámpago asesino que una vez más estallaba en las pupilas de aquel hijo del crimen.

-¡Cuando gustes, *conch*...!-le grité ardiendo de ira.

Entonces, desde alguna parte, emergió una voz mucho más potente que la mía:

-¡Al suelo, *flaco*!

Me dejé caer, casi por instinto, sintiendo como dos estampidos ahuecaban el cielo sobre mi cabeza, de manera simultánea. Un ronquido agónico inundó el silencio y vi doblarse frente mío al *Chinchorro* como un junco, agarrando su pecho con fuerza, mientras los estertores de la partida lo acompañaban... ¡Era el ritmo de la muerte! ¡El mismo que había bailado, agónica, hacía unos minutos apenas, aquella chica enceguecida de amor!

A unos pocos metros la figura indemne de Alvear, sostenía todavía en una de sus manos el arma humeante que había soltado el infernal proyectil sobre mi asesino. ¡Estaba plenamente justificado! y yo lo agradecía infinitamente. Aunque me costaba creerlo, porque la muerte aquella noche había danzado a un milímetro de mi pecho y no me sería fácil olvidarlo.

CAPITULO XVI

El sumario procesal en que nos vimos envueltos Alvear y yo por la muerte del *Chinchorro* y Mujica por la de la *Lola chica*, parecía hecho para cansar al más paciente y también para despertar las dudas de cualquiera. Así eran cosas en los operativos policiales con resultado de muerte y en el fondo no nos parecía mal, si terminaba dejando las cosas claras. Lo único que incomodaba, como siempre, era que absolutamente nadie se ponía en nuestro lugar. Los jueces y los abogados, en general, venían de Saturno; ninguno de ellos podía imaginar siquiera cercanamente lo que era enfrentarse con un delincuente aguerrido. Yo estaba seguro que la inmensa mayoría de ellos, de haberles ocurrido, se habrían puesto a temblar como niños en la ducha ¡Qué fácil resultaba dar sugerencias, consejos, normas y reprimendas cuando no se había mirado nunca cara a cara a la muerte! Pero este tipo de ingratitudes, al fin de cuentas, también eran parte de la profesión y lo asumíamos calladamente.

Estaba claro aún para los más ciegos, que de no haber disparado, la *Lola chica* en un caso y el *Chinchorro* en el otro, habrían acabado asesinando a uno o varios de mis colegas y a mí. De pronto me asaltó la idea de que eso era preferible para nuestras autoridades, a juzgar por el tono inculpador de los abogados con los que me tocó lidiar durante aquellas semanas.

Tampoco contaban, aparentemente, los crímenes recientes de la banda ni su peligrosidad evidente. Ni la forma en que terminaron enfrentándose en la José María Caro los otros integrantes del grupo a mis colegas; ni siquiera la actitud enloquecida del *indio Mariluán* que había descargado dos veces el arma de puño que portaba, intentando abrirse paso entre los detectives “a bala tendida”, hiriendo gravemente a uno de los inspectores antes de caer acribillado por una rociada de metralleta. Esta vez, se trataba de un arma larga en poder de quienes debían tenerla.

El cuerpo inerte del mastodonte quedó en la puerta misma de la casa que le servía de refugio y aún moribundo se le vio gatillar por última vez la pistola que esgrimía, enviando rasante un proyectil por entre las piernas de uno de los policías que lo amagaba. Alguien dijo que antes de morir gritó algunas palabras odiosas en su lengua nativa, bravo como un Galvarino, aunque estaba muy lejos de haber encausado su vida en la dirección correcta y tras una causa noble ¡No era más que un homicida incorregible y un matón de barrio abominable!

Con el *Sultán*, que permanecía en el mismo escondite que su compañero de delito, fue muy diferente porque al ver abatido al *indio* las piernas comenzaron a temblar bajo su cintura y no tardó mucho en lanzar a manera de rendición desde adentro de la casa una de las sábanas blancas, pidiendo clemencia. Fue algo que ninguno de mis colegas dejó de respetar y el mismísimo comisario que estaba a cargo de ese operativo, hizo una seña significativa para que todos bajaran sus armas. Aún así, el hampón salió hacia la calle llorando como una Magdalena y el sentimiento de repulsión de los policías se hizo evidente. “Solía ocurrir”, decían los más viejos. El *Sultán* era esa clase de lacra que sólo

sabía mostrarse valiente, como la inmensa mayoría de los delincuentes chilenos, con las víctimas indefensas de sus delitos. Pagaría una corta condena, participaría en una segunda fuga, fallida, y finalmente recobrada su libertad asesinaría a otra persona, esta vez una dueña de casa indefensa a la que antes de matar martirizó con una salvaje violación.

Pude participar en todos los allanamientos que siguieron a las capturas; no así en la inspección rigurosa que practicó Homicidios al cadáver de Boris Malebrán, entre cuyas vestimentas rescataron la llamativa cruz de madera que colgaba de su cuello durante sus atracos. No se la había alcanzado a instalar, se olvidó o no quiso, mientras arrancaba por los sitios eriazos. Era verdaderamente un crucifijo demasiado notorio, semejante al que usaban los jesuitas en aquellas misiones que ordenaba el padre Valdivia en la Araucanía, donde nuestros aborígenes finalmente los asesinaban sin piedad. En el dorso de la madera podía leerse una sencilla inscripción: “de tu *Juaninga*”. ¡No entendía en que momento de la relación casi inexistente de ambos, la madre del *Chinchorro* le había obsequiado aquel curioso presente! Lo que estaba claro era que el crucifijo lo había acompañado sagradamente en sus latrocinios más abominables y que no lo había hecho retractarse en absoluto durante los minutos fatídicos de sus crímenes. En fin..., ahondar en aquello ahora me parecía francamente inútil.

Antes que la prensa se ocupara de ellos, alcancé a infiltrarme en las ceremonias fúnebres de Boris Malebrán y de la *Lola chica*. Creí que en el primero, en pleno Cementerio Metropolitano en el lado sur del gran Santiago, encontraría a la Estela, a cualquiera de los otros hermanos que conformaban aquella familia o a la mismísima *Juaninga*. Pero ninguno de ellos concurreó. Más aún, de no haber estado yo ahí no

hubiéramos acompañado ese féretro más de cinco personas, contadas aquellas que determinaba la ley para estos casos, porque tampoco hubo particular alguno que pagara por los gastos y como siempre el “padre Estado” tuvo que hacerse cargo...Fue un entierro lastimoso y casi Kafkiano, pero me sirvió sin embargo para darme cuenta que había cierta clase de delincuentes en nuestro país que no eran queridos ni aún en su propio medio...

Con la *Lola chica* sucedió algo muy distinto. Prácticamente toda la Matucana se vino encima sobre el cementerio de Recoleta, a “despedirla como Dios manda”; hubieron flores, cantos y llantos; en el especial el de su madre, la *Lola grande*, que mandó a los cielos una andanada de plañideras que no dejó indiferente al más frío ¡El sufrimiento de aquella pobre mujer calaba el alma! Pero no le faltaron los minutos en que, fuera de sí, disparó las más terribles imprecaciones hacia el muerto de la cruz de madera. “Si hubiera podido matarlo dos veces, o tres, a aquel cobarde”, gritaba, “¡lo hubiera hecho con gusto y con mis propias manos!”. Yo no lo dudaba. De cualquier modo no se volvió a saber de ella, ni volvieron a verla los de las tiendas comerciales donde hacía *nata* con sus fechorías; desapareció un día determinado de la población donde había vivido toda su vida con su adorada hija, para perderse quizás en que meandro de este país largo y misterioso.

El tiempo para cavilaciones, sin embargo, se hizo como siempre exiguo. Para los hombres de la prensa fue sólo un abrir y cerrar de ojos, dentro de un sistema como era el de aquellos años donde no se permitía a los reporteros hincar los dientes con demasiada profundidad en los enfrentamientos armados, aún dentro de aquellos puramente delictuales. En lo que decía relación con mis colegas y especialmente con los que nos

iniciábamos en la carrera policial, fue una dura experiencia, pero sólo una más dentro del abanico profesional que ofrecía aquella carrera matizada de ingratitudes, de peligros a la vuelta de la esquina y sobretodo, de realidades humanas increíbles. “Suficiente, como para escribir un libro”, pensé yo, “o varios”...

F I N